COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

2 TESALONICENSES

JOHN MACARTHUR

"Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual".

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

2 TESALONICENSES

JOHN MACARTHUR

"Una joya poco común que incluye los aspectos exegéticos, teológicos, y expositivos. Escrita durante más de treinta y seis años, esta hazaña monumental refleja una amplitud y profundidad de gran valor espiritual".

RICHARD MAYHUE, doctor en Teología
Vicepresidente ejecutivo, *The Master's College and Seminary*

COMENTARIO MACARTHUR DEL NUEVO TESTAMENTO

2 TESALONICENSES

JOHN MACARTHUR



PORTAVOZ

La misión de Editorial Portavoz consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The MacArthur New Testament Commentary: 2 Thessalonians* © 2002 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: Comentario MacArthur del Nuevo Testamento: 2 Tesalonicenses © 2012 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ

P.O. Box 2607

Grand Rapids, Michigan 49501 USA

Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1561-6 (rústica)

ISBN 978-0-8254-6485-0 (Kindle)

ISBN 978-0-8254-8632-6 (epub)

Realización ePub: produccioneditorial.com

Contenido

Prólogo

La predicación expositiva de todo el Nuevo Testamento sigue siendo para mí una experiencia de comunión y gratificación divinas. Mi meta siempre es tener una comunión más profunda con el Señor para entender su Palabra y, a partir de esa experiencia, explicar a su pueblo el significado del pasaje. Usando las palabras de Nehemías 8:8, me esfuerzo por “[ponerle] el sentido” al texto de modo que las personas puedan oír de verdad cómo Dios les habla y, al escucharle, puedan responderle.

Obviamente, el pueblo de Dios necesita entender a Dios y para ello necesitan conocer su Palabra de verdad (2 Ti. 2:15) y permitir que esa Palabra more abundantemente en ellos (Col. 3:16). Por tanto, el impulso dominante de mi ministerio es ayudar a que la Palabra viva de Dios se avive en su pueblo. Es una aventura estimulante.

La serie de comentarios del Nuevo Testamento refleja este objetivo de explicar y aplicar las Escrituras. Algunos comentarios son principalmente lingüísticos, otros son sobre todo teológicos, y algunos tienen un enfoque más homilético. Este es básicamente explicativo o expositivo. No es técnico en lo lingüístico pero usa la lingüística cuando parece útil para la interpretación apropiada. No es teológicamente amplio, pero se enfoca en las doctrinas principales de cada texto y su relación con todas las Escrituras. No es primariamente homilético aunque cada unidad de pensamiento se trata en general como un capítulo, con un delineamiento y flujo lógico de pensamiento. La mayoría de las verdades se ilustran y aplican con otras Escrituras. Después de establecer el contexto de un pasaje, he procurado seguir de cerca el desarrollo y razonamiento del escritor.

Mi oración es que cada lector pueda entender lo que el Espíritu Santo está diciendo por medio de esa parte de la Palabra de Dios, de forma que esa revelación pueda alojarse en la mente de los creyentes y llevarles a una mayor obediencia y fidelidad, todo para la gloria de nuestro gran Dios.

Introducción a 2 Tesalonicenses

LA CIUDAD DE TESALÓNICA

Tesalónica (antiguamente Salónica), era la ciudad más grande e importante en la provincia romana de Macedonia (al norte de la Grecia moderna). Su ubicación en la cabecera del golfo Termaico (el golfo de Salónica), un brazo del mar Egeo, la hizo un puerto marino vibrante. Se extendía sobre las colinas con vista al puerto y tenía una población cosmopolita cercana a las doscientos cincuenta mil personas que incluían griegos nativos, romanos, marineros, viajeros, comerciantes y hombres de negocios. A diferencia de Filipos, cuya población judía no era suficiente para sostener una sinagoga (cp. Hch. 16:13), la presencia judía en Tesalónica era importante e influyente (cp. Hch. 17:1, 5-9).

Tal vez la mayor ventaja de Tesalónica era su ubicación a horcajadas de la vía Egnatia, la mayor carretera de este a oeste en el imperio romano, que iba desde lo que hoy es Albania hasta Bizancio (Constantinopla, Estambul). La principal calle de Tesalónica era parte de aquella gran carretera que enlazaba a Roma con las regiones orientales del imperio. William Barclay, observando la importancia de la ubicación estratégica de Tesalónica en la vía Egnatia para el esparcimiento del evangelio, escribe:

> Es imposible exagerar la importancia de la llegada del cristianismo a Tesalónica. Si se asentaba en ella, era de esperar que se extendiera hacia el Este por la vía Egnatia hasta conquistar toda Asia [Menor], y hacia el Oeste, hasta invadir a la misma Roma… La llegada del cristianismo a Tesalónica fue clave para que llegara a ser una religión universal (*Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Clie, 2005], p. 783).

Tesalónica fue fundada por Casandro alrededor del 315 a.C. Casandro fue uno de los generales de Alejandro Magno y llegó a ser rey de Macedonia después de la muerte de Alejandro. Le dio nombre al nuevo asentamiento, construido sobre un pueblo antiguo llamado Terme (supuestamente por unas aguas termales cercanas), en honor a su esposa, medio hermana de Alejandro Magno. Cuando los romanos conquistaron Macedonia (168 a.C.) y la dividieron en cuatro repúblicas, hicieron a Tesalónica la capital de una de ellas. Y cuando toda Macedonia se convirtió en provincia romana (148 a.C.), Tesalónica fue su capital. La ciudad tuvo la sabiduría (o la suerte) de respaldar a Antonio y Octavio en su campaña exitosa contra Bruto y Casio. La recompensa fue hacerla una ciudad libre en el 42 a.C. Como tal, aunque era la sede del gobernador romano, la ciudad no estaba ocupada por tropas romanas. Permaneció una ciudad griega, a diferencia de Filipos, fuertemente influenciada por las leyes y costumbres romanas. Tesalónica, como ciudad libre, tampoco tenía que pagar ciertos impuestos. Pero lo más importante fue que a la ciudad se le concedió una gran medida de gobierno propio; su pueblo elegía sus propios magistrados, llamados politarcos ("las autoridades de la ciudad"; Hch. 17:6). Aunque alguna vez los escépticos cuestionaron el uso de ese término, varias inscripciones han verificado su exactitud.

Tesalónica es una de las pocas ciudades visitadas por Pablo cuya existencia ha sido continua desde los tiempos paulinos hasta hoy día. Según la tradición, Gayo, compañero de viaje de Pablo, fue el primer obispo de Tesalónica. Él es uno entre varios tesalonicenses mencionados en las Escrituras (Hch. 19:29; al parecer, el Gayo mencionado en Hch. 20:4 es otro). Otros tesalonicenses que ministraron con Pablo incluyen a Aristarco (Hch. 19:29; 20:4; 27:2), a Segundo (Hch. 20:4) y posiblemente a Demas (2 Ti. 4:10).

Tesalónica fue la segunda ciudad más importante del imperio bizantino, después de Constantinopla. En la ciudad ocurrió un famoso incidente en el 390 d.C., cuando el emperador Teodosio ordenó la masacre de miles de sus habitantes tras una revuelta. Por ese acto de barbarie, Ambrosio, uno de los padres de la Iglesia, le negó la comunión hasta que se arrepintió públicamente. La ciudad sobrevivió repetidos ataques a través de los siglos; de los ávaros, eslavos, árabes, búlgaros, sarracenos, normandos y turcos otomanos. Los nazis la capturaron en 1941 para luego deportar y ejecutar a la mayoría de los sesenta mil judíos que moraban en ella. Hoy día, Tesalónica sigue siendo una de las ciudades griegas más importantes, con una población cercana a los cuatrocientos mil habitantes.

FUNDACIÓN DE LA IGLESIA DE TESALÓNICA

Pablo fue por primera vez a Tesalónica en su segundo viaje misionero. Después de viajar al occidente por toda Asia Menor hasta la región conocida como Misia, el apóstol y sus acompañantes habían llegado a un callejón sin salida. El Espíritu les había prohibido predicar en la provincia de Asia (al sur de Misia) y su intento de ir hacia el norte a Bitinia también fue bloqueado. Sin otro camino para seguir, fueron a Troas, una ciudad a orillas del mar Egeo. Allí Pablo tuvo una visión de un macedonio que le imploraba ir a aquella provincia para predicar el evangelio (Hch. 16:6-10). Después de cruzar el mar Egeo, fueron a Filipos donde la predicación valiente de Pablo desató una revuelta. Como resultado, Pablo y Silas fueron apresados, golpeados y puestos en cepos en la cárcel de la ciudad. Dios los liberó milagrosamente por medio de un terremoto y de allí resultó que el carcelero creyó en Jesucristo. Los magistrados, horrorizados al darse cuenta de que habían golpeado a ciudadanos romanos sin el beneficio de un juicio (un hecho que pudo haber tenido repercusiones serias sobre la ciudad y sobre ellos), rogaron a Pablo y Silas que salieran de Filipos.

En un viaje que debió haber sido espantoso, los predicadores maltrechos recorrieron 160 kilómetros por la vía Egnatia hacia Tesalónica. Al parecer, pasaron la noche en Anfípolis y luego en Apolonia, pero no predicaron en aquellas ciudades porque no había sinagogas judías. Pablo comenzó su ministerio en Tesalónica predicando el evangelio en la sinagoga del lugar como solía hacer. Pasó tres sábados argumentando a partir del Antiguo Testamento que el Mesías debía morir y resucitar. Tal enseñanza revolucionaria contradecía la perspectiva judía prevalente del Mesías como un libertador político y militar que rescataría a Israel de sus opresores. Pablo proclamó que Jesús de Nazaret era el Mesías prometido. Como resultado de la predicación poderosa del apóstol, creyeron en el evangelio algunos judíos, un gran número de prosélitos gentiles e incluso algunas mujeres griegas de clase alta.

Es probable que Pablo se quedara en Tesalónica más que los tres sábados mencionados por Lucas (Hch. 17:2). En 1 Tesalonicenses 2:9 y 2 Tesalonicenses 3:8 Pablo recuerda a sus lectores que trabajó para sostenerse mientras estuvo en su ciudad para no serles carga. No habría necesitado hacer eso si hubiera estado tan solo dos o tres semanas, ni habría sido una carga para ellos en tan poco tiempo. Aunque muchos de los gentiles convertidos eran judíos prosélitos que asistían a la sinagoga, muchos se convirtieron directamente de su adoración pagana a los ídolos (1 Ts. 1:9) lo cual sugiere que Pablo tuvo un ministerio en Tesalónica por fuera de la sinagoga, como en Corinto (Hch. 18:4-7). El cuidado pastoral profundo que dio Pablo a los tesalonicenses conversos (cp. 1 Ts. 2:11-12) y el afecto igualmente profundo que se desarrolló entre ellos (cp. 1 Ts. 2:8; 3:6-10) sugieren una estadía más larga. El tamaño y la vitalidad de la iglesia cuando Pablo se fue sugiere que hacía tiempo que se había separado de la sinagoga. Por último, lo que es más importante, los filipenses enviaron dos veces una ayuda a Pablo durante su tiempo en Tesalónica (Fil. 4:16). No le habrían hecho el segundo envío si él hubiera estado sólo un par de semanas.

Cuando los judíos vieron el éxito de Pablo en ganar prosélitos gentiles para Cristo, el resentimiento leve se volvió una llama. Tras reunir una banda de matones en la plaza del mercado, asaltaron la casa de Jasón en busca de los predicadores cristianos. Como no los encontraron, los judíos frustrados echaron mano de Jasón y de otros cristianos y los arrastraron ante los politarcos. La acusación falsa de traición era extremadamente peligrosa ("Todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús"; Hch. 17:7), calculada para "[alborotar] al pueblo y a las autoridades de la ciudad [que oían] estas cosas" (Hch. 17:8). El pueblo y los politarcos sabían esto muy bien:

> La sola insinuación de traición contra los emperadores solía ser fatal para los acusados. Tal cosa requería que los politarcos actuaran, pues, si no lo hacían, se expondrían a la acusación de traición por haber cuidado poco el honor del emperador. Muchos hombres se habían arruinado por esa acusación con emperadores anteriores (Sir William M. Ramsay, *St. Paul the Traveller and the Roman Citizen* [San Pablo, viajero y ciudadano romano] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1975], pp. 229-230).

La amenaza para la libertad de Tesalónica era importante; si los politarcos no mantenían el orden, los romanos intervendrían.

Sin embargo, mostrando una preocupación loable por la justicia, los politarcos tan solo requirieron una promesa o compromiso de Jasón y los otros para liberarlos. Sir William Ramsay señala que "La decisión de los politarcos fue la más suave entre las prudentes, dadas las circunstancias: les pusieron una fianza para asegurar que la paz se mantuviera" (*San Pablo, viajero y ciudadano romano*, p. 230). Como Jasón y los demás perderían la fianza si los judíos se alborotaban de nuevo, Pablo y Silas se fueron de Tesalónica.

LA OCASIÓN DE 2 TESALONICENSES

Habían pasado pocos meses desde que Pablo escribió 1 Tesalonicenses. Aunque no podía visitarlos (1 Ts. 2:18), el apóstol había mantenido el contacto con la iglesia. En general, le complacía el progreso de ellos (2 Ts. 1:3-4), pero aún había asuntos que debían resolverse. En la segunda carta inspirada de Pablo, se refirió a tres temas especiales. La persecución, que había comenzado mientras Pablo estaba allí, todavía continuaba. En el capítulo 1, animó a los

tesalonicenses a permanecer firmes y fieles al Señor, a pesar de sus sufrimientos.

Pablo había instruido a los tesalonicenses sobre los últimos tiempos cuando estuvo con ellos (2 Ts. 2:5) y en 1 Tesalonicenses (4:13—5:11). Aun así, ellos seguían confundidos, temían haberse perdido el arrebatamiento y estar en el día del Señor. Aunque la severidad de la persecución por la que estaban pasando contribuía a esa creencia errónea, la principal razón de confusión provenía de los falsos maestros que enseñaban que el día del Señor había llegado. Tales engañadores afirmaban que así lo enseñaban ahora Pablo, Silas y Timoteo, e incluso falsificaron una carta supuestamente del apóstol Pablo para respaldar su afirmación. Pablo escribió el capítulo 2 para calmar los temores de los tesalonicenses, clarificar su enseñanza, y tranquilizarlos porque el día del Señor no había llegado.

Por último, el problema de ociosidad que había tratado Pablo en la primera epístola (1 Ts. 4:11-12) había empeorado. Algunos, con la expectativa del regreso del Señor en cualquier momento, habían dejado de trabajar por completo. El apóstol trató severamente a tales haraganes perezosos y también trató el asunto de la disciplina de la iglesia en el capítulo 3.

EL AUTOR DE 2 TESALONICENSES

Como lo hizo en 1 Tesalonicenses, Pablo se identificó dos veces como el autor de la epístola (1:1; 3:17). A pesar de la declaración clara del texto inspirado, algunos han cuestionado la autoría paulina de 2 Tesalonicenses. Los críticos afirman que hay contradicción en las enseñanzas escatológicas de las dos epístolas. Argumentan que mientras 1 Tesalonicenses hace hincapié en lo repentino e inesperado del regreso del Señor, 2 Tesalonicenses enseña que hay señales que lo precederán. Pero Pablo tenía en mente dos fases diferentes del regreso del Señor: En 1 Tesalonicenses, dice que el arrebatamiento llegará inesperadamente. En 2 Tesalonicenses, escrito para contrarrestar la enseñanza falsa según la cual el día del Señor ya había llegado, nos dice que un evento específico precederá aquel día. Ese evento, la llegada y presentación del anticristo, no obvia lo inesperado del día del Señor. A pesar de sus precursores, “el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche” (1 Ts. 5:2).

La afirmación de que Pablo no pudo haber escrito 2 Tesalonicenses porque él no menciona al hombre de pecado (2 Ts 2:3) en ninguna otra parte de sus escritos es igualmente injustificada. Pero, ¿por qué debería cuestionarse la veracidad de un escritor tan solo porque menciona un asunto una única vez? Además, Pablo enseñó a los tesalonicenses sobre el hombre de pecado mientras estaba aún en Tesalónica (2 Ts. 2:5). Por último, la enseñanza de Pablo sobre el hombre de pecado (el anticristo) está en armonía con la de los profetas del Antiguo Testamento y la del Señor Jesucristo (véase la explicación de este punto en el capítulo 4).

Segunda Tesalonicenses fue aceptada ampliamente por la naciente iglesia como escrito inspirado de Pablo. Además del testimonio paulino sobre la autoría de 1 Tesalonicenses (véase la Introducción a 1 Tesalonicenses), Policarpo, Justino Mártir y posiblemente la *Didajé* e Ignacio afirmaron que Pablo escribió 2 Tesalonicenses.

Como ocurre con 1 Tesalonicenses, el estilo y el vocabulario de 2 Tesalonicenses son consecuentes con los otros escritos paulinos inspirados.

FECHA Y LUGAR DE ESCRITURA DE 2 TESALONICENSES

Segunda Tesalonicenses se escribió desde Corinto, pocos meses después de 1 Tesalonicenses (véase la explicación de la fecha en que se escribió 1 Tesalonicenses en la Introducción de *1 Tesalonicenses,* Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]).

BOSQUEJO

I. Saludo (1:1-2)

II. Consuelo en la persecución (1:3-12)

A. Aliento (1:3-4)

B. Exhortación (1:5-12)

III. Corrección del error profético (2:1-17)

A. Crisis (2:1-2)

B. Corrección (2:3-12)

C. Consuelo (2:13-17)

IV. Exhortaciones prácticas (3:1-15)

A. Con respecto a la oración (3:1-5)

B. Con respecto a la vida indisciplinada (3:6-15)

V. Bendición (3:16-18)

1. Una iglesia para enorgullecerse

Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás; tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. (1:1-5)

Las iglesias se sienten orgullosas de muchas cosas: su gran membresía o asistencia, el tamaño de sus terrenos, el diseño de sus edificios, su riqueza, su música, la posición social de sus miembros, la prominencia de su pastor, su peso político, su influencia en la comunidad o su celo por una causa teológica particular. Otros celebran su creatividad y libertad de las formas tradicionales de adoración: cambian la teología por la psicología, los coros y los órganos por bandas de rock y remplazan los sermones con obras de teatro, musicales y otras formas de entretenimiento, en un esfuerzo por crear una atmósfera inofensiva, no amenazante, para los incrédulos y cristianos nominales de sus congregaciones. Se han convertido en los modelos de iglesia que muchos buscan emular. (Para un crítica del movimiento de crecimiento en la iglesia contemporánea, véase John MacArthur, *Avergonzados del evangelio* [Grand Rapids: Portavoz, 2001]).

Si juzgáramos a la iglesia de Tesalónica según las normas superficiales mencionadas anteriormente, tendría muy poco de elogiable. No tenía edificios (el templo cristiano más antiguo que se conoce data del siglo III d.C.), programas, artistas o publicaciones. No era una iglesia grande o rica (la mayoría de los primeros cristianos eran de clase social baja; cp. 1 Co. 1:26); la congregación carecía de influencia política y social (a los cristianos se les denominaba parias despreciables en la sociedad romana); ni tenían un pastor famoso (los nombres de los ancianos ni se mencionan). No podían ofrecer a los posibles conversos el ambiente cómodo, entretenido y no amenazante de las iglesias modernas "fáciles de usar"; tan solo "persecuciones y tribulaciones" (1:4). Aun así, eran una iglesia a la que el apóstol Pablo podía escribir: "Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno… nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios" (2 Ts. 1:3-4). Los primeros versículos de esta epístola nos dan varias razones por las que Pablo se sentía tan contento y agradecido por esta iglesia.

Aunque **Pablo** mencionó en su saludo a sus colaboradores amados (**Silvano y Timoteo**), él fue el único autor de la epístola. Los tres estaban juntos en el momento de escribir la carta, como lo estuvieron cuando fundaron la iglesia (Hch. 17:4; cp. 16:1-3). (Para mayor información sobre la fundación de la iglesia de Tesalónica, véase la Introducción). Habían estado en Corinto por algún tiempo, pues estaban allí cuando se escribió 1 Tesalonicenses, varios meses antes (1 Ts. 1:1).

Solo en las epístolas a los tesalonicenses **Pablo** no añadió un título a su nombre (tal como "apóstol" o "siervo"). Evidentemente, estos creyentes no cuestionaban su autoridad apostólica. En la primera epístola, Pablo aludió a los ataques contra él que venían de fuera de la iglesia (2:14-16; cp. Hch. 17:5-10), pero al parecer nadie en la iglesia había cuestionado su autoridad o integridad. Esta ausencia del título formal usual da a la introducción un tono más entrañable e íntimo que encaja mejor con esta carta de ánimo.

Silvano, conocido en Hechos por el nombre de Silas, era el compañero fiel de Pablo en el ministerio. Igual que el apóstol, era judío con ciudadanía romana (Hch. 16:37); así que, también como Pablo, tenía un nombre judío (arameo), Silas, y uno romano **Silvano**. El hecho de que fuera escogido para tomar la decisión del concilio de Jerusalén sobre los creyentes de Antioquía (Hch. 15:27) confirma su posición como uno de los "principales entre los hermanos" (Hch. 15:22). Hechos 15:32 indica que era profeta, por lo tanto, era predicador del evangelio. Se hizo compañero misionero de Pablo después de que el apóstol se separó de Bernabé por motivo de Juan Marcos (Hch. 15:40) y estuvo con Pablo en la cárcel de Filipos, donde fue testigo de la conversión impresionante del carcelero tras el terremoto (Hch. 16:19-34). Ministró con Pablo en muchos otros lugares, inclusive Berea (Hch. 17:10) y Corinto (Hch. 18:5; 2 Co. 1:19). Después, se volvió amanuense de Pedro y probablemente llevó 1 Pedro a sus lectores (1 P. 5:12).

Timoteo era el protegido de Pablo y su hijo amado en la fe (2 Ti. 1:2; cp. 1 Ti. 1:18). Timoteo era oriundo de Listra, una ciudad de Asia Menor, y era hijo y nieto de mujeres judías creyentes (2 Ti. 1:5), pero de padre gentil (Hch. 16:1). Pablo conoció a Timoteo durante su segundo viaje misionero y le impresionó lo suficiente para agregarlo al equipo misionero (Hch. 16:1-3). Aunque Timoteo era más joven que Pablo o Silas (cp. 2 Ti. 4:12), pronto se convirtió en el colaborador más valioso de Pablo. La confianza de Pablo en Timoteo era tan grande que solía enviarlo a menudo como

su emisario y representante (1 Ts. 3:2; Hch. 19:22; 1 Co. 4:17; 16:10; Fil. 2:19-24; 1 Ti. 1:3). Pablo le escribió dos epístolas inspiradas y lo mencionó en ocho más.

Como indicamos en la Introducción, Tesalónica era una ciudad con doscientas cincuenta mil personas y era la capital de Macedonia (la región norte de Grecia). Al ser un bullicioso puerto marítimo, ubicado junto a una carretera romana importante, conocida como la Vía Egnatia, la ciudad era un centro muy activo de comercio y negocios.

Pablo y sus compañeros fundaron la **iglesia** en el segundo viaje misionero del apóstol (Hch. 17:1-9). Su éxito en evangelizar la ciudad (Hch. 17:4) encolerizó a los judíos incrédulos y éstos provocaron una revuelta que forzó la salida del equipo misionero (Hch. 17:10, 14). Después de parar en Berea y en Atenas, Pablo logró llegar a Corinto, desde donde escribió su primera carta. Pocos meses después escribió esta carta, impulsado por un nuevo informe sobre la situación de Tesalónica.

Aunque se desconoce la fuente del informe, su contenido puede deducirse de los asuntos tratados en esta epístola. Primero, el informe debe haber indicado la intensificación de la persecución, lo cual llevó a Pablo a exhortarlos a perseverar (1:4-10). Segundo, a pesar de la enseñanza de Pablo en la primera carta (4:3—5:11), supo que los tesalonicenses aún estaban confundidos sobre el arrebatamiento y el día del Señor. Los falsos maestros habían causado la confusión cuando produjeron una carta falsa —supuestamente de Pablo— con la que reforzaron su afirmación según la cual el día del Señor ya había llegado (2:1-2). En respuesta, Pablo reiteró que el día del Señor no había llegado porque sus precursores no habían aparecido (2:3-12). Por último, había información sobre algunos que, creyendo que Jesús volvería muy pronto, habían dejado de trabajar y estaban viviendo a costa del resto de la congregación. Pablo los reprendió severamente por su inutilidad y les instruyó a trabajar y proveer para sus necesidades propias (3:6-15).

Aunque esos asuntos eran serios y debían tratarse apropiadamente, Pablo no los escribió en tono autoritativo. Por ejemplo, cuando concluía la carta, Pablo les dio la siguiente responsabilidad: “Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence” (3:14). Con todo, inmediatamente bajó el tono de esa exhortación instándolos: “Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano” (3:15). El tono amable y amoroso de Pablo en esta epístola sugiere que los asuntos informados necesitaban clarificación y corrección, pero no amenazaban la vida y el testimonio de la iglesia.

Esos asuntos tampoco le privaban a Pablo de estar muy agradecido por el carácter espiritual fuerte de la iglesia. En realidad, era una iglesia por la cual sentirse orgulloso, por cinco razones: la conversión genuina, la fe creciente, el amor abundante, la esperanza que perseveraba y una actitud digna del reino.

CONVERSIÓN GENUINA

en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. (1:1*b*-2)

La palabra clave **en** enfatiza la vida eterna de los creyentes con el **Padre y el Señor Jesucristo**. El saludo simple de Pablo identifica que la iglesia es regenerada. Es el mismo saludo que usó el apóstol en su primera carta, salvo la adición del pronombre posesivo **nuestro**, con el cual enfatiza que **Dios** es el **Padre** de los creyentes (cp. 1 Ts. 1:3; 3:11, 13; Ro. 1:7; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Gá. 1:3-4; Ef. 1:2; Fil. 1:2; 4:20; Col. 1:2; 2 Ts. 2:16; Flm. 3). Pero aunque Pablo habla frecuentemente de los creyentes en Cristo, solo aquí y en el versículo 1 de la primera carta los describe **en Dios Padre**. Sin embargo, es un recordatorio apropiado del cuidado del Padre por una iglesia que sufre persecución severa.

La verdad según la cual los cristianos están **en** unión personal, espiritual y eterna con **Dios** es única al cristianismo; los adherentes de otras religiones no hablan de estar **en** su dios. Pero la Biblia enseña que quienes depositaron su fe en Cristo se hicieron “participantes de la naturaleza divina” (2 P. 1:4) y comparten la vida eterna con Dios a través de la identificación con su Hijo. Pablo escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20; cp. Jn. 14:23; Ro. 6:11; 8:1; 12:5; 16:7, 9-10; 1 Co. 1:2; 6:17; 15:22; 2 Co. 5:17; Ef. 1:1-3; 2:10; Fil. 1:1; Col. 1:2; 3:3; 2 P. 1:4). De esa unión fluyen la **gracia y** la **paz**. Esas dos palabras maravillosas resumen el evangelio; **gracia** es el favor inmerecido del Padre al pecador, y **paz** es el resultado de ese favor. No es de sorprenderse que aparezcan en los saludos de todas las epístolas paulinas.

El hecho de que Pablo pusiera al **Señor** Jesucristo junto a **Dios Padre** es una afirmación de su deidad y completa igualdad con Él. Si no fuera cierto, Pablo habría necesitado explicar cómo están unidos los creyentes tanto con Cristo como con el Padre. Además, si Jesús no es Dios, necesitaría explicar cómo el Padre y Él son la fuente de la **gracia** y la **paz**.

A diferencia de la iglesia muerta de Sardis (Ap. 3:1-6) o de la tibieza nauseabunda de la iglesia de Laodicea (Ap. 3:14-22), la iglesia de Tesalónica tenía una conversión genuina, como lo prueba 2:13-14:

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo.

FE CRECIENTE

Debemos siempre dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo, (1:3*a*)

Opheilō (**Debemos**) se refiere a una obligación, deuda o responsabilidad profundas. Pablo no tenía otra opción sino **siempre dar gracias a Dios por** los tesalonicenses; se sentía obligado a hacerlo. Dios recibía con todo derecho la gratitud del apóstol, pues solo por su gracia los tesalonicenses eran lo que eran.

La mayor razón de Pablo para agradecer no era el tamaño de la congregación, tampoco sus edificios, presupuesto o popularidad. El apóstol alabó a Dios más que todo porque la **fe** de los tesalonicenses estaba **creciendo**. *Huperauxanō* (**va creciendo**) es una palabra compuesta intensa y podría traducirse: "creció sin medida" o "creciendo más allá de lo esperado". La alegría de Pablo era profundamente satisfactoria porque, aunque confiaba en que la fe de ellos era auténtica y estaba en crecimiento (véase la explicación de 1 Ts. 1:3 en el capítulo 1 de *1 Tesalonicenses,* Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]), él oraba por que Dios le permitiera completar lo que faltaba en la fe de ellos (1 Ts. 3:10). El informe de Timoteo (1 Ts. 3:2, 6) reveló que la oración de Pablo por los tesalonicenses había tenido respuesta.

No solo había crecido la fe de ellos a pesar de la persecución que estaban sufriendo, sino también por causa de ella. La persecución destruye la fe falsa. Jesús dijo: "Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza" (Mt. 13:20-21). Por otra parte, la fe verdadera es indestructible porque el Señor Jesucristo no permitirá su destrucción. A Pedro advirtió: "Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo" (Lc. 22:31). Pero, aunque la fe de Pedro iba a ser sacudida con severidad (cp. Mt. 26:69-75), no sería destruida porque, como continuó diciendo Jesús: "Yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos" (Lc. 22:32; cp. Jn. 21:18-19). Pedro, reflexionando tal vez sobre su propia experiencia, escribió después:

En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque perecedero se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo (1 P. 1:6-7).

Después de que Job soportara sufrimientos inenarrables, él reafirmó su fe en Dios:

Job respondió entonces al SEÑOR. Le dijo: "Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes. '¿Quién es éste —has preguntado—, que sin conocimiento oscurece mi consejo?'. Reconozco que he hablado de cosas que no alcanzo a comprender, de cosas demasiado maravillosas que me son desconocidas. 'Ahora escúchame, que voy a hablar —dijiste—; yo te cuestionaré, y tú me responderás'. De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos. Por tanto, me retracto de lo que he dicho, y me arrepiento en polvo y ceniza" (Job 42:1-6, NVI).

En Romanos 8:35-39, Pablo expresó la imposibilidad completa de que aun el sufrimiento más severo pudiera destruir la fe salvadora auténtica:

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

La persecución fortalece la fe de los creyentes porque los acerca a Dios. Al enfrentar una prueba difícil y dolorosa, Pablo le rogó tres veces al Señor que se la quitara (2 Co. 12:8). Los problemas, la angustia, el dolor y el sufrimiento

llevan a quienes tienen fe a una dependencia mayor en el Señor. Esto incrementa su conocimiento de Él, lo cual, a su vez, incrementa la capacidad de confiar en Él. Por eso, el salmista podía declarar confiadamente: “Antes de sufrir anduve descarriado, pero ahora obedezco tu palabra… Me hizo bien haber sido afligido, porque así llegué a conocer tus decretos… SEÑOR, yo sé que tus juicios son justos, y que con justa razón me afliges” (Sal. 119:67, 71, 75, NVI).

La idea blasfema sugerida por algunos de que los cristianos necesitan perdonar a Dios por permitirles sufrir no capta la idea. Según esa perspectiva, los creyentes sufren porque, aunque Dios es bien intencionado, es incapaz de superar todas las contingencias de la vida. Nada podría estar más alejado de la verdad. Por las razones antes citadas, el sufrimiento es parte del plan sabio, amoroso, perfecto y soberano de Dios para sus hijos; “padecen según la voluntad de Dios” (1 P. 4:19). Santiago escribió: “Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna” (Stg. 1:2-4). Pedro recordó a los creyentes sufrientes: “Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca” (1 P. 5:10).

La fe creciente de los tesalonicenses frente a la persecución, afirmaba su conversión auténtica.

AMOR ABUNDANTE

y el amor de todos y cada uno de vosotros abunda para con los demás; (1:3*b*)

Como había ocurrido con la fe, Pablo elogió a la iglesia por su **amor** en la primera epístola (1 Ts. 1:3; 4:9-10). Aun así, eso no impidió que él orara pidiendo que “el Señor [los hiciera] crecer y abundar en amor unos para con otros y para con todos” (1 Ts. 3:12). Para gran alegría de Pablo, el informe de Timoteo indicaba que **el amor de todos** los creyentes **para con los demás** estaba ganando fuerza, como una planta saludable. El amor impregnaba a toda la congregación, a pesar de la persecución.

El amor, no como un sentimentalismo difuso o un sentimiento emocional, sino como servicio presto y en sacrificio, es una marca de los creyentes verdaderos. En Juan 13:34-35 Jesús dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. Pablo escribió a los romanos: “Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Ro. 5:5). En 1 Tesalonicenses 4:9 Pablo recordó a los tesalonicenses: “Acerca del amor fraternal no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis aprendido de Dios que os améis unos a otros”. Juan afirmó: “El que ama a su hermano, permanece en la luz, y en él no hay tropiezo” (1 Jn. 2:10).

La fe creciente en Dios y el amor por el prójimo son elementos esenciales de la naturaleza redimida (2 Co. 8:7; Gá. 5:6; Ef. 1:15; 6:23). Para la inmensa alegría y satisfacción de Pablo, estas cosas eran evidentes en la iglesia de Tesalónica.

ESPERANZA QUE PERSEVERA

tanto, que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones que soportáis. (1:4)

Pablo los elogió en 1 Tesalonicenses 1:3 por ser fuertes en la esperanza, cuando les escribió sobre su “constancia en la esperanza en [el] Señor Jesucristo”. Aun así, como ocurría con la fe y el amor de ellos, Pablo deseaba que su esperanza aumentara. Por ello expresó su preocupación en la primera carta (3:3-5) porque las aflicciones pudieran provocar la pérdida de la esperanza en los tesalonicenses. El informe de Timoteo —que estaban firmes en medio de la persecución tormentosa— era otra oración respondida para Pablo.

La frase enfática **nosotros mismos** introduce un matiz sutil en el texto. Sin duda, los cristianos humildes estaban abrumados por los elogios de Pablo en la primera epístola (cp. 1 Ts. 1:8). Probablemente se sentían indignos del afecto de tan grande y noble apóstol y pueden haberse sentido incómodos por aceptar el papel de iglesia modelo. De modo que Pablo y sus compañeros, a sabiendas que los tesalonicenses nunca lo harían por sí mismos (cp. Pr. 27:2; 2 Co. 10:18), se hicieron cargo de gloriarse **de** ellos **en las iglesias de Dios**. Más aún, eran Pablo, Silas y Timoteo —tres líderes importantes en la naciente iglesia— quienes expresaban ese orgullo porque los animaba mucho el crecimiento espiritual de los tesalonicenses y la ausencia de problemas importantes en la congregación. Irónicamente, Pablo escribió con orgullo de los tesalonicenses desde Corinto, donde estaba la iglesia con más problemas y más inmadura espiritualmente entre todas las iglesias de Pablo.

Específicamente, Pablo, Silas y Timoteo estaban agradecidos por la **paciencia y fe en todas** las **persecuciones y**

tribulaciones que los tesalonicenses soportaban. La **paciencia** (*hupomonē*) no es la aquiescencia estoica y resignada, sino la valiente y la que soporta las tribulaciones. La palabra literalmente habla de “permanecer” o mantener la esperanza bajo la dificultad. No es una espera parca sino una esperanza alegre. Como ocurre en Romanos 3:3, Gálatas 5:22 y Tito 2:10, *pistis* (**fe**) tiene el sentido de “fidelidad”. Pablo estaba agradecido y orgulloso de la permanencia de la iglesia en fidelidad al Señor, a pesar de las **persecuciones** (la hostilidad de los enemigos del evangelio) y las **aflicciones** (sufrimiento resultante de la persecución) que soportaban. Se negaron a renunciar a su fe, a dejar enfriar su amor o a abandonar su esperanza.

ACTITUD DIGNA DEL REINO

Esto es demostración del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. (1:5)

En contraste con la atmósfera centrada en el hombre que inunda hoy día a las iglesias, esta iglesia joven solo tenía una perspectiva teocéntrica. En lugar de consumirse en felicidad personal, realización, comodidad, éxito o prosperidad, ellos vivían de acuerdo con el mandamiento de Jesús sobre buscar “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mt. 6:33). Tal perspectiva les permitía soportar con éxito la persecución inevitable y se convertía en fidelidad audaz.

La actitud digna del reino era **demostración del justo juicio de Dios**. *Endeigma* (**demostración**) se refiere a evidencia o prueba; el **justo juicio de Dios** a sus amonestados, **para que** se les considerara **dignos del reino de Dios, por el cual asimismo** padecían (cp. He. 12:10). La amonestación de Dios a los suyos probaba que eran sus hijos, porque Dios “trata [a los creyentes] como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si [los] deja sin disciplina… entonces [son] bastardos, y no hijos” (He. 12:7-8). Por supuesto, los padecimientos no eran la base de la salvación de los tesalonicenses sino la evidencia de esta. Dios, a través de su purga, amonestación y purificación en las vidas de ellos, los preparó para ser **tenidos por dignos del reino de Dios**, porque “[era] necesario que a través de muchas tribulaciones [entraran] en el reino de Dios” (Hch. 14:22; cp. 1 Ts. 2:12; 1 P. 5:10).

Los creyentes pueden enfrentar las pruebas con alegría, sabiendo que Dios los está preparando para la gloria eterna. Leon Morris observa con mucha agudeza lo siguiente:

> El Nuevo Testamento no ve el sufrimiento de la misma manera que las personas modernas. Para nosotros es algo malo en esencia, algo a evitar a toda costa. Si bien el Nuevo Testamento no pasa por alto este aspecto del sufrimiento, tampoco pierde de vista que en la buena providencia de Dios el sufrimiento suele ser el medio para obrar su propósito eterno, que se desarrolla en las cualidades de carácter de los sufrientes. Enseña lecciones valiosas. No se piensa que el sufrimiento sea algo evitable para el cristiano. Para él es inevitable. Está predestinado a ello (1 Ts. 3:3). Debe vivir su vida y desarrollar su carácter en un mundo dominado por ideas no cristianas. Su fe no es algo frágil, para tenerla en una especie de lana o algodón espiritual, aislada de todos los golpes. Es robusta. Debe manifestarse en los fuegos de las tribulaciones y en el horno de la aflicción. Y no solo debe manifestarse allí; debe formarse en tales situaciones, en cualquier parte y a cualquier precio. El sufrimiento, una vez llegamos a considerarlo desde esta perspectiva, no debe verse como evidencia de que Dios nos ha olvidado, sino evidencia de que Dios está con nosotros. Pablo puede alegrarse porque cumplía en su carne lo que faltaba “de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia” (Col. 1:24). Ese sufrimiento es un prueba real de la presencia de Dios (*The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], pp. 197-198).

De nuevo, Dios nunca evalúa una iglesia basándose en sus características externas (cp. 1 S. 16:7). No le impresionan los nuevos empaquetamientos del evangelio para hacerlo más agradable a los incrédulos. Tampoco son razones para alardear delante de Dios las complejas puestas en escena de los servicios de adoración, la consciencia política, la prominencia social o el tamaño. La iglesia que nos hace sentir orgullosos es aquella donde los conversos auténticos ven crecer su fe y su amor, su esperanza permanece a pesar de la persecución y su enfoque sigue estando únicamente en el reino de Dios.

2. La venganza del Señor Jesús

Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros). (1:6-10)

La segunda venida del Señor Jesucristo es el clímax de la historia. Aunque Él está ahora en el cielo, habiendo sido exaltado a la diestra de Dios desde su ascensión, desde allá oficia como el Sumo Sacerdote fiel por su pueblo y regresará un día a la tierra en gloria completa (cp. Mt. 24:30; 25:31; Hch. 1:11; 1 Ts. 1:10; Ap. 1:7; 19:11-21; 22:20).

El regreso del Señor Jesucristo para establecer su reino es un tema vital en las Escrituras:

> Este componente crucial de las Escrituras lleva la historia entera a la consumación ordenada por Dios. La historia redentora está controlada por Dios, de tal manera que culmine en su gloria eterna. La historia redentora terminará con la misma precisión y exactitud con la que comenzó. Las verdades de la escatología no son vagas ni confusas; como tampoco tienen poca importancia. Como en cualquier libro, la manera en que la historia termina es la parte más crucial y conmovedora; así también con la Biblia. Las Escrituras indican varias características específicas del fin planificado por Dios.
>
> En el Antiguo Testamento, hay una mención repetida de un reino terrenal gobernado por el Mesías, el Señor y Salvador, que vendrá a reinar. Este reino está asociado a la salvación de Israel, la salvación de los gentiles, la renovación de la tierra de los efectos de la maldición y la resurrección corporal del pueblo de Dios que ha muerto. Finalmente, el Antiguo Testamento predice que habrá una disolución del universo y la creación de un cielo nuevo y una tierra nueva, el cual será el estado eterno de los justos, y un infierno final para los impíos.
>
> En el Nuevo Testamento, estas características son aclaradas y ampliadas. El Rey fue rechazado y ejecutado, pero Él prometió regresar en gloria, trayendo juicio, resurrección y su reino para todos los que creen. Una cantidad enorme de gentiles de toda nación será incluida entre los redimidos. Israel será salvado injertado en la raíz de bendición de la cual había sido temporalmente cortado.
>
> El reino prometido a Israel será disfrutado, con el Señor Salvador reinando en el trono, en la tierra renovada. Él ejercerá su poder sobre el mundo entero, habiendo retomado su debida autoridad, y recibiendo el honor y adoración que le corresponde. Después de este reino vendrá la disolución de la creación renovada, pero aún manchada por el pecado, y la creación subsiguiente de un cielo nuevo y una tierra nueva; los cuales serán el estado eterno, separado para siempre de los impíos en el infierno (John MacArthur, *Biblia de estudio MacArthur* [Grand Rapids: Portavoz, 2004], p. xii).

Hay varios motivos más para el regreso de Cristo. La iglesia es su esposa y Él debe regresar para llevarla a la fiesta de bodas. El Rey verdadero tampoco permitirá que el usurpador, Satanás, gobierne el mundo para siempre; Cristo regresará a retomar lo que le pertenece por derecho. La humillación de Cristo en su primera venida también exige que regrese en gloria; la última vez que el mundo lo vea no puede ser como la víctima que muere en la cruz.

El regreso de Jesucristo es, por tanto, el clímax de la historia de la redención y lleva a su culminación el propósito de Dios. Pablo recordó a los tesalonicenses esta gran esperanza para animarlos a permanecer firmes, a pesar de la persecución severa que estaban afrontando. Su esperanza —como la de todos los cristianos en sufrimiento— era que Jesús regresara y les proporcionara alivio.

La gloria de nuestro Señor está oculta actualmente, y la mayoría de las personas cree que está muerto (cp. Hch. 25:19). Ni siquiera los creyentes experimentan la plenitud de su presencia gloriosa porque, como escribe Pedro: "A [Cristo] amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso" (1 P. 1:8). Pero viene el día en que Él se revelará, tanto a los creyentes como a los incrédulos.

Cuando Pablo se refirió a la Segunda Venida en relación con los creyentes, eligió la palabra *parousia* ("presencia";

“venida”). Para los creyentes, el regreso de Cristo es la presencia de Aquel a quien conocen y con quien tienen una relación eterna. Lo conocen como está revelado en las profecías del Antiguo Testamento, los registros en los Evangelios neotestamentarios y la explicación de su vida, muerte y resurrección en las epístolas. Pero en el versículo 7, donde Pablo escribió que **se** manifestará **el Señor Jesucristo**, usó una palabra diferente: *apokalupsis* (“revelación”; “manifestación”; “desvelamiento”). Tal palabra, que tiene la idea de manifestar lo que estaba secreto u oculto previamente (cp. Ro. 2:5; 16:25; 1 Co. 14:6; 2 Co. 12:1, 7; Gá. 1:12; Ef. 3:3), ve el regreso de Cristo en relación con los incrédulos. Quien ha estado oculto será revelado en toda su gloria soberana a un mundo que no le conoce ni le adora. Él se revelará como Juez (v. 8). Este será el día del Señor (véase la explicación en el capítulo 12 de *1 Tesalonicenses*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]).

En su primera venida, la realidad de su deidad estaba oculta; aunque Jesús era Dios encarnado, estaba velado en la carne humana. Como resultado, “en el mundo estaba, y el mundo por Él fue hecho; pero el mundo no le conoció” (Jn. 1:10). Pero no habrá escape a la realidad de quién es Jesús en su segunda venida, porque todo el mundo verá “al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mt. 24:30). A lo largo de toda la historia ha habido (y continuará habiendo) falsos cristos (cp. Mt. 24:24). Pero nada pueden hacer que esté siquiera remotamente cercano a la gloria *shekinah* deslumbrante a manifestarse cuando Cristo regrese.

Pablo describe el *apokalupsis* del Señor Jesucristo usando tres frases preposicionales. Primero, **desde el cielo**. Tal como Jesús ascendió visible y corporalmente al cielo, regresará visiblemente y corporalmente del cielo a la tierra:

> *Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hch. 1:9-11).*

Habiendo Jesús ascendido al cielo, ahora “se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos” (He. 8:1; cp. 1:3; 10:12; 12:2; Hch. 2:33; 7:55-56; Ro. 8:34; Ef. 1:20; Col. 3:1; 1 P. 3:22). Desde esa posición exaltada de poder y honor, Jesús intercede por su pueblo (Ro. 8:34; cp. Is. 53:12; He. 7:25; 9:24; 1 Jn. 2:1) y regresará un día desde su trono celestial para juzgar a sus enemigos (Mt. 16:27; Hch. 10:42; 17:31; Ro. 2:16; 2 Ti. 4:1).

Jesús no regresará solo en el día del Señor, lo hará **con los ángeles de su poder**. Los **ángeles** son instrumentos por medio de los cuales se delega el poder del Hijo para cumplir sus propósitos; juicio, en este caso.

Los ángeles solían aparecer con Dios en el Antiguo Testamento. En una referencia probable al momento de la entrega de la ley en el Monte Sinaí, Moisés declaró que el Señor “vino de Sinaí… de entre diez millares de santos, con la ley de fuego a su mano derecha” (Dt. 33:2; cp. Hch. 7:53; Gá. 3:19; He. 2:2). En el Salmo 68:17 David escribió: “Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares [lenguaje poético para denotar una multitud grande e incontable]; el Señor viene del Sinaí a su santuario”. En el Salmo 89:5-7 el salmista afirmó:

> *Los cielos, SEÑOR, celebran tus maravillas, y tu fidelidad la asamblea de los santos. ¿Quién en los cielos es comparable al SEÑOR? ¿Quién como él entre los seres celestiales? Dios es muy temido en la asamblea de los santos; grande y portentoso sobre cuantos lo rodean (NVI).*

El Nuevo Testamento revela que los ángeles acompañarán a Jesús cuando regrese, tal como se predijo en Mateo 16:27: “Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces recompensará a cada persona según lo que haya hecho”. En otra descripción de la Segunda Venida, dijo Jesús: “El Hijo del Hombre [vendrá] en su gloria, y todos los santos ángeles con él” (Mt. 25:31; cp. Mr. 8:38). Cuando Jesús regrese, “enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (Mt. 24:31). Los ángeles no solo reunirán a los elegidos para bendición, sino a los incrédulos para juicio:

> *Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes… Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes (Mt. 13:41-42, 49-50).*

Por último, cuando el Señor Jesucristo regrese del cielo con los santos ángeles, lo hará **en llama de fuego**. El **fuego** descrito aquí es el fuego del juicio (como en Is. 66:16; Mt. 3:12; 13:30; He. 10:27; 2 P. 3:7, 10). Es el fuego que Moisés vio cuando “el ángel del SEÑOR se le apareció entre las llamas de una zarza ardiente. Moisés notó que la zarza estaba envuelta en llamas, pero que no se consumía” (Éx. 3:2, NVI). Cuando Dios apareció para dar la ley a Israel, “el monte estaba cubierto de humo, porque el SEÑOR había descendido sobre él en medio de fuego. Era tanto el humo que salía

del monte, que parecía un horno; todo el monte se sacudía violentamente" (Éx. 19:18, NVI; cp. Dt. 4:33; 5:4, 24-26; 18:16). El **fuego** del juicio de Dios está tan asociado con la naturaleza de Dios que las Escrituras declaran: "El SEÑOR su Dios es fuego consumidor" (Dt. 4:24, NVI; cp. 9:3; He. 12:29).

Estas tres frases modificadoras aportan una confirmación impresionante sobre la deidad de nuestro Señor Jesucristo. Él regresará **desde el cielo**, donde está sentado en el trono de Dios (Ap. 3:21). Regresará con los mismos **ángeles de su poder** que solo atienden y sirven a Dios; sus ángeles. Por último, Jesucristo regresará **en** la misma **llama de fuego** que marcó la presencia del juicio glorioso de Dios. Al asociar con el Hijo las realidades características del Padre, el apóstol afirma su deidad en cuanto a la segunda persona de la Trinidad.

La descripción paulina de la naturaleza doble del regreso de Cristo —alivio, descanso, renovación y paz para los creyentes; retribución, juicio, castigo y venganza para los incrédulos— no era una enseñanza nueva. Cristo, Dios, enseñó que su segunda venida impactaría a los creyentes e incrédulos de maneras diferentes. Él declaró: "De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujir de dientes" (Mt. 13:40-42). Por otro lado, cuando el Señor regrese, "enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro" (Mt. 24:31).

El regreso de Cristo producirá entonces dos resultados radicalmente diferentes. Como el librito descrito en Apocalipsis 10:9-10, los resultados serán dulces y amargos:

> *Y fui al ángel, diciéndole que me diese el librito. Y él me dijo: Toma, y cómelo; y te amargará el vientre, pero en tu boca será dulce como la miel. Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre.*

Para los incrédulos, la Segunda Venida traerá retribución amarga; para los creyentes, reposo dulce.

RETRIBUCIÓN

Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan… para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, (1:6, 8-9)

Ekdikēsis (**retribución**), cuyo significado es "dar castigo completo", se traduce de diversas maneras como "justicia", "castigo", "retribución", "venganza" y "vindicación". Esteban dijo en su defensa ante el sanedrín: "Y al ver [Moisés] a uno que era maltratado, lo defendió, e hiriendo al egipcio, vengó [*ekdikēsis*] al oprimido" (Hch. 7:24). Tal como Moisés retribuyó al egipcio por maltratar a su conciudadano israelita, Dios también dará **retribución** a quienes lo rechazan y maltratan a su pueblo.

Sin embargo, la **retribución** de Dios no es como la pasión rebelde, hostil, egoísta y pecaminosa que provoca las represalias de unas personas contra otras, pues "¿será injusto Dios que da castigo?" (Ro. 3:5). Pero como los humanos pecadores no son santos ni justos perfectos, ni omniscientes, no pueden hacer juicios perfectos. Por eso, Dios se reserva la venganza para sí. En el Sermón del Monte, Jesús prohibió la venganza personal (Mt. 5:38-48), y en Romanos 12:19 Pablo escribió: "No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor" (cp. Dt. 32:35; Is. 66:15-16; He. 10:30).

La Biblia enseña repetidas veces que Dios llevará retribución a los pecadores. Los salmos imprecatorios (7; 35; 40; 55; 58—59; 69; 79; 109; 137; 139; 144), presuponen e incluso exaltan la retribución de Dios. Con lenguaje fuerte, incluso chocante, los salmistas claman a Dios por venganza sobre sus enemigos:

> *Se alegrará el justo cuando viere la venganza;*
>
> *sus pies lavará en la sangre del impío (Sal. 58:10).*
>
> *Ciertamente Dios herirá la cabeza de sus enemigos,*
>
> *la testa cabelluda del que camina en sus pecados (Sal. 68:21).*
>
> *Pon maldad sobre su maldad,*
>
> *y no entren en tu justicia (Sal. 69:27).*

Señor, haz que sientan nuestros vecinos,

siete veces y en carne propia,

el oprobio que han lanzado contra ti (Sal. 79:12, NVI).

No tenga quien le haga misericordia,

ni haya quien tenga compasión de sus huérfanos (Sal. 109:12).

Dichoso el que tomare y estrellare tus niños

contra la peña (Sal. 137:9).

¿Acaso no aborrezco, Señor, a los que te odian,

y abomino a los que te rechazan?

El odio que les tengo es un odio implacable;

¡los cuento entre mis enemigos! (Sal. 139:21-22, NVI)

Esos llamados a la venganza justa de Dios sobre sus enemigos perturban a algunos, como señala John Wenham:

> Al comienzo de este año [1962], catorce grupos de estudio observaron los salmos del Antiguo Testamento y concluyeron que ochenta y cuatro de ellos "no eran adecuados para que los cristianos los cantaran"; y J. C. Wansey, compilador de la colección útil de pasajes del Nuevo Testamento para cánticos en las congregaciones titulada *A New Testament Psalter* [Salterio del Nuevo Testamento], comentó: "Estos salmos y parte de muchos otros están llenos de celos tribales, amenazas y maldiciones sangrientas, gemidos y lamentos, que son chocantes y una pérdida de tiempo para Dios y el hombre. Los salmos del Nuevo Testamento son cristianos de principio a fin". Pero echar por la borda la mitad del Salterio es un recurso dudoso porque, como señala C. S. Lewis, los pasajes severos y los suaves están irremediablemente mezclados, y no es posible ignorar solamente las secciones desagradables (*The Goodness of God* [La bondad de Dios] [Downers Grove: InterVarsity, 1975], p. 149).

Pero el lenguaje imprecatorio no está restringido a los Salmos. Jeremías, cuando Dios le advirtió que los hombres de su pueblo lo buscaban para matarlo (Jer. 11:18, 21), oró: "Pero tú, SEÑOR Todopoderoso, que juzgas con justicia, que pruebas los sentimientos y la mente, ¡déjame ver cómo te vengas de ellos, porque en tus manos he puesto mi causa!" (11:20, NVI). En respuesta, Dios le prometió: "He aquí que yo los castigaré; los jóvenes morirán a espada, sus hijos y sus hijas morirán de hambre, y no quedará remanente de ellos, pues yo traeré mal sobre los varones de Anatot, el año de su castigo" (Jer. 11:22-23).

Después, en una oración con palabras más fuertes, Jeremías clamó:

> *¡SEÑOR, préstame atención! ¡Escucha a los que me acusan! ¿Acaso el bien se paga con el mal? ¡Pues ellos me han cavado una fosa! Recuerda que me presenté ante ti para interceder por ellos, para apartar de ellos tu ira. Por eso, entrega ahora sus hijos al hambre; abandónalos a merced de la espada. Que sus esposas se queden viudas y sin hijos; que sus maridos mueran asesinados, y que sus jóvenes caigan en combate a filo de espada. ¡Que se oigan los gritos desde sus casas, cuando de repente mandes contra ellos una banda de asaltantes! Han cavado una fosa para atraparme, y han puesto trampas a mi paso. Pero tú, SEÑOR, conoces todos sus planes para matarme. ¡No perdones su iniquidad, ni borres de tu presencia sus pecados! ¡Que caigan derribados ante ti! ¡Enfréntate a ellos en el momento de tu ira! (Jer. 18:19-23, NVI).*

En Jeremías 19:3-9 Dios respondió la oración del profeta:

> *Haré venir tal calamidad sobre este lugar, que a todo el que se entere le zumbarán los oídos. Porque ellos me han abandonado. Han profanado este lugar, quemando en él incienso a otros dioses que no conocían ni ellos ni sus antepasados ni los reyes de Judá. Además, han llenado de sangre inocente este lugar. Han construido santuarios paganos en honor de Baal, para quemar a sus hijos en el fuego como holocaustos a Baal, cosa que yo jamás les ordené ni mencioné, ni jamás me pasó por la mente. Por eso vendrán días en que este lugar ya no se llamará Tofet, ni Valle de Ben Hinón, sino Valle de la Matanza —afirma el SEÑOR—. En este lugar anularé los planes de Judá y de Jerusalén, y los haré caer a filo de espada delante de sus enemigos, es decir, a manos de los que atentan contra su vida, y dejaré sus cadáveres a las aves del cielo y a las bestias de la tierra, para que les sirvan de comida. Convertiré a esta ciudad en un lugar desolado y en objeto de burla. Todo el que pase por ella quedará*

atónito y se burlará de todas sus heridas. Ante el angustioso asedio que les impondrán los enemigos que atentan contra ustedes, haré que se coman la carne de sus propios hijos e hijas, y que se devoren entre sí (NVI).

Algunos, prestando oídos a la falsa dicotomía de la teología liberal entre el Dios supuestamente duro y cruel del Antiguo Testamento y el Jesús amoroso, amable y manso del Nuevo Testamento, pueden sentirse tentados a rechazar semejante lenguaje tan fuerte y decir que es poco característico de Jesús. Pero Jesús y los escritores del Nuevo Testamento usaron un lenguaje igual de fuerte. Pablo escribió a Timoteo: "Alejandro el calderero me ha causado muchos males; el Señor le pague conforme a sus hechos" (2 Ti. 4:14), mientras que en Apocalipsis 6:10 los mártires de la tribulación claman: "¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?". En Mateo 3:12, Juan el Bautista dijo de Jesús: "Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará". En contraste con el cliché popular evangélico, Jesús tiene un plan horrible para las vidas de quienes lo rechazan.

En la parábola de los labradores malvados (Lc. 20:9-19), donde se retrata el juicio de Dios sobre quienes rechazan a su Hijo, Jesús declaró:

¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará su viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre! Pero él, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo? Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará (Lc. 20:15-18).

En Mateo 23:13-36, Jesús denunció a los escribas y fariseos y declaró que se condenarán en el infierno (v. 33). Prometió a Corazín y Betsaida un juicio más temible que el de Tiro y Sidón (Mt. 11:20-22), cuya destrucción decretó Dios en el Antiguo Testamento (cp. Ez. 26—28). Amenazó a Capernaúm con un juicio más estricto que la malvada ciudad de Sodoma (Mt. 11:24). Jesús declaró de quienes hacen pecar a los creyentes: "Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos que creen en mí, mejor le fuera si se le atase una piedra de molino al cuello, y se le arrojase en el mar" (Mr. 9:42). En Marcos 14:21 Jesús pronunció su propia maldición sobre Judas Iscariote: "A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido".

Jesús se refirió a los eventos que rodearán su segunda venida como "días de retribución" (Lc. 21:22), cuando dirá a quienes lo rechazaron: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles… E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna" (Mt. 25:41, 46). En Juan 5:29, enseñó que en algún momento habrá resurrección para juicio de los incrédulos. Ningún pasaje fuera de Apocalipsis retrata tan aguda y poderosamente la retribución que espera a los pecadores como lo hace este último libro del Nuevo Testamento.

Entonces, no hay contradicción entre Dios Padre y Jesús Hijo, o entre los dos Testamentos, con respecto a la venganza de Dios; Jesús y los apóstoles la reiteraron con fuerza. El asunto de la retribución divina lleva a tres preguntas: ¿Por qué dará Jesús retribución? ¿A quién retribuirá? ¿Cómo retribuirá?

¿POR QUÉ?

Porque es justo delante de Dios pagar (1:6*a*)

Toda cultura, no importa cuáles sean sus leyes, ética o moral, castiga a sus delincuentes. Las personas tienen un sentido de justicia, incluida la pena de muerte, porque están hechas a imagen de Dios. Lo que es verdad imperfecta en el reino humano es verdad perfecta en el reino de Dios. Cuando Pablo escribió que **es justo**, adecuado y apropiado que Dios pagara con retribución a quienes violan su ley (así como es justo que Dios recompense a los creyentes con el reino; v. 5), estaba declarando una verdad obvia. De hecho, la palabra que se traduce *retribución* en el versículo 8 está relacionada con una palabra que significa "justo" o "recto". La retribución de Dios no es una venganza nimia o un frenesí emocional; Dios no alcanza cierto nivel de exasperación o frustración, pierde el control o explota con rabia contra los malhechores. Su retribución es el castigo justo, controlado y calmado, impuesto por el Juez perfectamente justo, a quienes violaron por voluntad propia su ley perfecta. No es posible que Dios sea injusto, porque "el Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Gn. 18:25).

Isaías 45:20-25 ilustra cómo lidia Dios con quienes lo rechazan:

"Reúnanse, fugitivos de las naciones; congréguense y vengan. Ignorantes son los que cargan ídolos de madera y oran a dioses que no pueden salvar. Declaren y presenten sus pruebas, deliberen juntos. ¿Quién predijo esto hace tiempo, quién lo declaró desde tiempos antiguos? ¿Acaso no lo hice yo, el SEÑOR? Fuera de mí no hay otro

> *Dios; Dios justo y Salvador, no hay ningún otro fuera de mí. Vuelvan a mí y sean salvos, todos los confines de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay ningún otro. He jurado por mí mismo, con integridad he pronunciado una palabra irrevocable: Ante mí se doblará toda rodilla, y por mí jurará toda lengua. Ellos dirán de mí: 'Sólo en el SEÑOR están la justicia y el poder'". Todos los que contra él se enfurecieron ante él comparecerán y quedarán avergonzados. Pero toda la descendencia de Israel será vindicada y exaltada en el SEÑOR (NVI).*

De hecho, Dios convoca a las personas ante su trono y les exige saber por qué no deberían ser castigados por violar su ley y rechazar su mandato de arrepentirse y buscar el perdón de su gracia (Is. 55:6-7). Por supuesto, nadie puede ofrecer una razón viable para no haberlo hecho. Por eso, el juicio de Dios es justo y los pecadores reciben una condena justa por rechazarlo.

Ezequiel 33:17-20 también declara que Dios es justo cuando condena a los pecadores arrepentidos:

> *Luego dirán los hijos de tu pueblo: No es recto el camino del Señor; el camino de ellos es el que no es recto. Cuando el justo se apartare de su justicia, e hiciere iniquidad, morirá por ello. Y cuando el impío se apartare de su impiedad, e hiciere según el derecho y la justicia, vivirá por ello. Y dijisteis: No es recto el camino del Señor. Yo os juzgaré, oh casa de Israel, a cada uno conforme a sus caminos.*

Dios no puede ser injusto al retribuir a los pecadores, porque el Todopoderoso "en juicio y en multitud de justicia no afligirá" (Job 37:23); Él es "grande en consejo, y magnífico en hechos; [sus] ojos están abiertos sobre todos los caminos de los hijos de los hombres, para dar a cada uno según sus caminos, y según el fruto de sus obras" (Jer. 32:19).

Cuando el Señor Jesucristo se vengue de quienes lo rechazaron, actuará en armonía perfecta con la justicia pura de Dios, porque Él es "Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea" (Ap. 19:11). Quienes acusan al Dios santo de ser injusto son injustos ellos mismos. Él ha dado su ley a su pueblo para que la obedezca y juzgará a quienes no la cumplan. La verdad es que Dios no sería justo si no lo hiciera.

Antapodidōmi (**pagar**) quiere decir "devolver" o "recompensar". Es una palabra compuesta y fuerte que conlleva la idea de un pago completo, total. El Dios que dijo: "Mía es la venganza y la retribución" (Dt. 32:35), va a **pagar** justamente a los pecadores por violar su ley.

En Lucas 13 hay un incidente que ilustra ese principio. Algunas personas "le contaban acerca de los galileos cuya sangre Pilato había mezclado con los sacrificios de ellos" (v. 1). Al parecer, Pilato había decidido ejecutar algunos judíos rebeldes en un momento muy inoportuno (cuando estaban ofreciendo sacrificios). Naturalmente, ese acto provocó la ira de los judíos; por eso hacen el comentario a Jesús. Pero su respuesta los sorprendió. En lugar de compadecerse de ellos o de exponer por qué pasan cosas malas a las personas buenas, advirtió con solemnidad:

> *¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron tales cosas, eran más pecadores que todos los galileos? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente. O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre en Siloé, y los mató, ¿pensáis que eran más culpables que todos los hombres que habitan en Jerusalén? Os digo: No; antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente (vv. 2-5).*

El destino de las víctimas era exactamente el que merecían los pecadores: el juicio divino. Todos los pecadores merecen la muerte y el infierno; por eso, Jesús advirtió dos veces a sus oyentes que sufrirían un destino semejante a menos que se arrepintieran. La amenaza de venganza, retribución y juicio no solamente es justa, también sirve para disuadir, es un obstáculo en el camino al infierno. Quienes ignoran el obstáculo se quedan sin excusas (Ro. 1:18-20).

¿A QUIÉN?

a los que os atribulan… a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; (1:6*c*, 8*b*)

Los que atribulan a los creyentes abarcan una categoría amplia e incluye a todos los que atacan al pueblo de Dios. En Génesis 12:3 Dios prometió a Abraham lo siguiente: "A los que te maldijeren maldeciré"; mientras en Zacarías 2:8 advierte: "El que [toca al pueblo de Dios], toca a la niña de su ojo". Quienes atribulan al pueblo de Dios, le ponen un dedo en su ojo. Jesús advirtió en Mateo 18:6-10:

> *Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo! Por*

tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti; mejor te es entrar con un solo ojo en la vida, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego. Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos.

Pablo, por medio de dos frases, describe a quienes enfrentan la retribución de Dios. Primero los describe como aquellos **que no conocieron a Dios** (cp. Jue. 2:10; 1 S. 2:12; Job 18:21; Sal. 9:17; Jer. 2:8; 9:3, 6; 10:25; Os. 4:1, 6; 5:4; Jn. 7:28; 8:54-55; Gá. 4:8; 1 Ts. 4:5; 1 Jn. 4:8); esto es, no tienen relación personal con Él (cp. Jn. 17:3; Ef. 2:12; 4:17-18; Tit. 1:16). Pueden conocer los hechos sobre Él, incluso imaginar que le sirven al perseguir a su pueblo (cp. Jn. 16:2), pero en realidad están "sin Cristo… sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Ef. 2:12).

La razón por la cual no conocen a Dios no es ignorancia, sino la maldad que les hace suprimir la verdad que conocen:

Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido (Ro. 1:18-21).

Dios ha colocado el conocimiento de Él alrededor de cada persona y dentro de ella, de modo que nadie tiene excusa (Ro. 1:20-21). Ha escrito su ley en cada corazón y en cada conciencia (Ro. 2:14-15). De hecho, como consecuencia de sus corazones entenebrecidos por el pecado, los incrédulos "Profesando ser sabios, se hicieron necios y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro. 1:22-23). A pesar de la evidencia abundante alrededor de ellos (y dentro de ellos) que debiera llevar a las personas al conocimiento verdadero de Dios, ellas se niegan a creer. El universo estará repleto de ignorantes voluntarios. Las últimas palabras que oirán quienes rechazan a Dios serán las del pronunciamiento aterrorizador y escalofriante del Señor Jesucristo: "Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad" (Mt. 7:23).

Pablo continúa definiendo a quienes enfrentarán la retribución de Dios como los que no **obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo**. Esta descripción intensifica su culpa. Rechazar el conocimiento innato de Dios es condenatorio; rechazar abiertamente **el evangelio** es incurrir en juicio severo. El infierno más caliente, el castigo más severo, está reservado para quienes no **obedecen al evangelio**. En Lucas 12:47-48 Jesús enseñó que hay variedad de grados en el castigo:

Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no se preparó, ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes. Mas el que sin conocerla hizo cosas dignas de azotes, será azotado poco; porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá.

El escritor de Hebreos declara con claridad que rechazar el evangelio intensifica la culpa de los incrédulos:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo! (He. 10:26-31).

Mientras la salvación es un don para ser recibido, **el evangelio** es un mandato para obedecer. Pablo declaró: "Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hch. 17:30; cp. 26:20). Por esa razón, Pablo escribió que su misión apostólica era "la obediencia a la fe en todas las naciones por amor [del nombre de Jesús]" (Ro. 1:5; cp. 15:18; 16:19, 26; 1 P. 1:22). Por lo tanto, quienes permanecen en desobediencia al mandato de Dios de creer en el evangelio enfrentarán su retribución.

Este juicio no lo hace Dios porque esté enojado con los incrédulos por haber herido a sus hijos, sino porque los perseguidores no reconocieron al Señor Jesucristo ni abrazaron el evangelio. Específicamente, este juicio del día del Señor llega en dos fases para los impíos: Primero, en el final de la tribulación de siete años (Ap. 19:11-21); segundo, al final del reino milenario (Ap. 20:7-10). Entonces, el destino de todos los impíos de todas las épocas será el juicio en el

gran trono blanco y la sentencia eterna en el lago de fuego (Ap. 20:11-15).

¿CÓMO?

con tribulación… los cuales sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, (1:6*b*, 9)

Dios pagará como corresponde a los incrédulos desobedientes que **con tribulación** afligen a su pueblo. *Thlipsis* (**tribulación**) puede significar “aflicción”, “angustia”, “circunstancias difíciles” o “sufrimiento”. En este pasaje, Pablo la definió específicamente como la **pena de eterna perdición**. Aiōnios (**eterna**), en la abrumadora mayoría de sus usos neotestamentarios, se refiere a las cosas de duración ilimitada, como Dios (Ro. 16:26), el Espíritu Santo (He. 9:14), el cielo (Lc. 16:9), la salvación (He. 5:9), la redención (He. 9:12), el pacto (He. 13:20), el evangelio (Ap. 14:6), el reino de Dios (2 P. 1:11) el infierno (Mt. 18:8; 25:41, 46; He. 6:2; Jud. 7) y, con más frecuencia, la vida eterna (Mt. 19:16, 29; 25:46; Mr. 10:17, 30; Lc. 10:5; 18:18, 30; Jn. 3:15-16, 36; 4:14, 36; 5:24, 39; 6:27, 40, 47, 54, 68; 10:28; 12:25, 50; 17:2-3; Hch. 13:46, 48; Ro. 2:7; 5:21; 6:22-23; Gá. 6:8; 1 Ti. 1:16; 6:12; Tit. 1:2; 3:7; 1 Jn. 1:2; 2:25; 3:15; 5:11, 13, 20: Jud. 21). Como todas las cosas anteriormente mencionadas, la **perdición** de los impíos no tendrá fin, durará para siempre.

Olethros (**perdición**) no se refiere a la aniquilación sino a la ruina. No significa cesación de la existencia sino la pérdida de todo lo que hace valiosa la existencia (cp. 1 Ti. 6:9). Los perdidos no dejarán de existir, sino que experimentarán para siempre la inutilidad, desesperanza, vacuidad y falta de significado de la vida; la cual no tendrá valor, no será digna, no tendrá logros, propósitos, metas o esperanzas. Estarán arruinados para siempre; “pasarán a una noche en la que no amanezcan las mañanas” (Leon Morris, *The Epistles of Paul to the Thessalonians* [Las epístolas de Pablo a los tesalonicenses], Tyndale New Testament Commentaries [Comentarios Tyndale del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1976], p. 120).

Dos condiciones bajo las cuales los perdidos cumplirán su condena eterna refuerzan el horror de su castigo: Primera, estarán para siempre **excluidos de la presencia del Señor** (cp. Mt. 7:23; 25:41; Lc. 13:27; Ap. 22:15). Hay un gran abismo entre el reino eterno de los benditos y el de los malditos (cp. Lc. 16:26) que los separa de todo lo que representa la presencia de Dios. Y como “toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces” (Stg. 1:17), no habrá vestigio de bondad en el infierno.

Los perdidos también cumplirán la condena eterna **excluidos de la gloria de su poder**. Jesús describió el infierno como un lugar de oscuridad (Mt. 8:12; 22:13; 25:30; cp. 2 P. 2:4; Jud. 13), cortado de la muestra visible de la majestad y el esplendor de Dios. No habrá alivio de los horrores del infierno; nada de la presencia gloriosa de Dios para llevarles un asomo de belleza, deleite, alegría o paz. Los perdidos compartirán el infierno con el diablo y sus ángeles; “allí será el lloro y el crujir de dientes” (Mt. 8:12; 13:42, 50; 22:13; 24:51; 25:30; Lc. 13:28), donde “el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo de día ni de noche” (Ap. 14:11). Aun así, las palabras no pueden expresar adecuadamente la miseria de esta realidad.

REPOSO

Porque es justo delante de Dios… a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros… cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros). (1:6*a*, 7*a-b*, 10)

Cristo no solamente regresará para retribuir a los incrédulos, sino también para dar **reposo** a los creyentes. *Anesis* (**reposo**) expresa la idea de relajación, soltura, calma, libertad, refresco, restauración y descanso. La Biblia promete tres clases de descanso para los creyentes. Primero, está el descanso que brinda la salvación. En Mateo 11:28-29, Jesús prometió: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”. La salvación ofrece descanso de la carga abrumadora del pecado. El escritor de Hebreos describió el descanso de la salvación:

> *Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas. Procuremos, pues, entrar en aquel reposo, para que ninguno caiga en semejante ejemplo de desobediencia (He. 4:9-11).*

Pero el descanso de la salvación no es de lo que se habla en este pasaje. Pablo tenía en mente otras dos clases de descanso que se consideran en las Escrituras. Además del descanso de salvación, la Biblia promete el descanso milenario. Cuando Jesús regrese, al final de la tribulación de siete años (Ap. 19:11—20:7), establecerá su reino terrenal,

donde sus súbditos disfrutarán descanso y paz. En Hechos 3:19-21, Pedro habla del descanso milenario:

> *Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo.*

El paraíso será restaurado y, de alguna forma, el mundo será como Dios quería que fuera originalmente. La autoridad de Jesucristo será absoluta, y se ajustarán cuentas con los rebeldes instantáneamente y de manera devastadora (Sal. 2:8-9; Ap. 12:5; 19:15).

El descanso final prometido en las Escrituras es el descanso eterno al que entra el redimido cuando muere. En la presencia de Dios, los creyentes encontrarán descanso para siempre —del pecado, de la tentación, de las pruebas, de los dolores y de cualquier forma de sufrimiento— porque "enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Ap. 21:4).

Como ocurrió con el asunto de la retribución, el asunto del descanso y el reposo plantea tres preguntas: ¿por qué?, ¿a quién?, ¿cómo?

¿POR QUÉ?

Porque es justo delante de Dios… daros reposo (1:6*a*, 7*b*)

Tal como la justicia de Dios exige que Él retribuya a los incrédulos, así también **es justo delante de Dios** dar **reposo** a los redimidos. Juan escribió: "Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Jn. 1:9). ¿Por qué? Porque Jesús pagó por nuestro pecados en la cruz, sufriendo el justo juicio de Dios en nuestro lugar (cp. Is. 53:4-6, 12; 2 Co. 5:21; 1 P. 2:24). Dios es "justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús" (Ro. 3:26). A. W. Tozer escribió lo siguiente sobre la pregunta de cómo un Dios justo puede ser misericordioso y perdonar a los pecadores:

> [La] solución al problema de cómo Dios puede ser justo y aun así justificar al injusto está en la doctrina cristiana de la redención: a través de la obra expiatoria de Cristo, la justicia no se viola, sino que se satisface cuando Dios perdona al pecador. La teología de la redención enseña que la misericordia no se hace efectiva para el hombre hasta que la justicia ha hecho su trabajo. La pena justa por el pecado se pagó cuando Cristo, nuestro sustituto, murió en la cruz. Sin embargo, aunque esto no puede sonar muy agradable a oídos del hombre natural, siempre ha sido dulce al oído de la fe (*El conocimiento del Dios santo* [Miami: Vida, 1996], p. 94 del original en inglés).

La pena debida por el pecado la ha pagado el Cordero de Dios; la justicia divina se ha satisfecho por su muerte en lugar de los pecadores; el descanso eterno de los creyentes está asegurado.

Aunque el descanso final de los creyentes sigue siendo futuro, no quiere ello decir que no vayan a disfrutar del alivio de la aflicción en esta vida. Pedro escribió: "El Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca" (1 P. 5:10). Los creyentes pueden "[tener] por sumo gozo cuando [se hallen] en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de [su] fe produce paciencia… para que [sean] perfectos y cabales, sin que [les] falte cosa alguna" (Stg. 1:2-4). Pablo podía decir con júbilo en medio de las pruebas más severas: "Por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co. 12:10). En Romanos 8:18 escribió: "Tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse"; y en 2 Corintios 4:17 añadió: "Esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria".

¿A QUIÉN?

a vosotros que sois atribulados… con nosotros (1:7*a*-*b*)

Dios promete descanso eterno a todos los creyentes, porque todos los creyentes pueden esperar tribulaciones. Pablo escribió a Timoteo: "Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Ti. 3:12; cp. Hch. 14:22). Sufrir por Cristo es una marca del cristianismo verdadero; aquellos sin fe genuina, no sobrevivirán la persecución (Mt. 13:20-21). El descanso eterno viene de quienes calcularon el costo de seguir a Cristo y tomaron voluntariamente sus cruces para seguirlo (Lc. 9:23). Son el rebaño pequeño escogido por el Padre para darles el reino

(Lc. 13:32).

¿CÓMO?

cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron (por cuanto nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros). (1:10)

Cuando Él **venga** ocurrirán dos cosas que darán reposo a los creyentes. Primera, **en aquel día** Cristo será **glorificado en sus santos**. Viene un día en que Dios se glorificará a través de los creyentes de un modo nunca antes visto. Los creyentes en esta lista están llamados a hacer manifiesta la gloria de habitar en Cristo, haciendo "todo para la gloria de Dios" (1 Co. 10:31; cp. Fil. 1:11). Deben obedecer el mandato de Jesús: "Alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt. 5:16). En esta vida, los creyentes solo pueden hacer esto de manera imperfecta, pero cuando Cristo regrese, "transformará el cuerpo de la humillación [de los creyentes], para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:21; cp. 1 Jn. 3:2). Entonces serán vasos puros a través de los cuales brilla la gloria de Dios.

Esta es la manifestación gloriosa de los creyentes sobre la cual escribió Pablo en Romanos 8:18-19: "Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios". Esta glorificación será la redención final y completa de todos los creyentes vivos cuando Jesucristo venga en gloria. Eso requiere una explicación. Algunos creyentes estarán en condición glorificada, habiendo sido arrebatados antes de la tribulación. Ellos habrán estado en el cielo desde entonces, en el lugar preparado para ellos (Jn. 14:1-3), en la gloria de la resurrección, disfrutando sus recompensas y la comunión con su Señor. Regresarán con Cristo (Ap. 19:14) a la tierra para el milenio, se unirán a los santos vivos en la tierra, quienes recibirán el reino terrenal del Salvador. Al parecer, en el momento del regreso de Cristo, los santos de la tribulación y los santos del Antiguo Testamento, cuyos espíritus han estado con el Señor, resucitarán y recibirán la glorificación completa para unirse a quienes descienden del cielo. Esta es la resurrección aludida por Daniel:

> *En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad (Dn. 12:1-3).*

Todos los creyentes vivos que entren al reino verán a los santos glorificados.

Segunda, los creyentes serán **admirados en todos los que creyeron**. Puesto que solo los creyentes entran al reino, como el juicio de las ovejas y las cabras lo deja claro (cp. Mt. 25:31-46; Ap. 20:6), los redimidos se maravillarán con la gloria de Cristo, revelada completamente en los santos resucitados.

Para evitar el miedo de los tesalonicenses a haberse perdido el reposo que Cristo brindaría cuando regresara, Pablo les recordó que ellos estarían entre los santos glorificados **por cuanto** el **testimonio** de Pablo y sus colegas había **sido creído**. Como los tesalonicenses habían **creído** la predicación del evangelio de Pablo, Silas y Timoteo, nunca enfrentarán la retribución, pero sí experimentarán el reposo bendito de la gloria que espera a los redimidos.

3. Orar por lo correcto

Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo. (1:11-12)

Entre los movimientos religiosos más inusuales del mundo están las "sectas del cargamento" del sur del Pacífico. Aunque sus orígenes datan del siglo XIX, experimentaron un resurgimiento en popularidad durante la Segunda Guerra Mundial. Como parte de la campaña de isla en isla contra las fuerzas japonesas, los estadounidenses solían usar islas remotas como depósitos de provisiones y bases aéreas. La variedad deslumbrante de aparatos modernos que llevaban con ellos, como aviones, "jeeps", armas modernas, refrigeradores, radios, herramientas poderosas e incluso encendedores de cigarrillos que producían fuego mágicamente, les parecía sobrenatural a los isleños. Como resultado, algunos de ellos concluyeron que los hombres blancos debían ser dioses que provenían del cielo con todas estas cosas maravillosas.

Con el tiempo, las bases en la isla fueron abandonadas cuando los combates se acercaron aún más a las islas de origen japonés. Pero para los miembros de la tribu, la vida cambió por completo por la relación con "los dioses del cargamento" y la abundancia materialista que llevaban. Edificaron santuarios para los dioses del cargamento, crearon réplicas perfectas de aviones, torres de control y hangares; veneraban además reliquias santas como encendedores de cigarrillos, cámaras, gafas, plumas de escribir, tuercas y tornillos. Con la esperanza vana de hacer volver a los dioses del cargamento, los caciques "pronunciaban frases mágicas como 'Roger… cambio y corto… la pista está libre, puedes aterrizar… adelante" (Ted Daniels, "John Frum: Cargo and Catastrophe" [John Frum: Cargamento y catástrofe] [http://www.channel.com/mpr/current/63-frum.html], vol. 3, no. 6, octubre de 1997). Las sectas del cargamento todavía prosperan hoy con fuerza, la más conocida es la secta de John Frum (posiblemente John "Frum" America [N.T.: Juego de palabra para John *de* Estados Unidos], cuya sede central está en la isla de Tanna en Vanuatu (antiguamente las Nuevas Hébridas). Los seguidores de las sectas del cargamento están tan intensamente consumidos por el materialismo que a los misioneros les resulta difícil evangelizarlos; están interesados en el cargamento, no en el evangelio.

Increíblemente, las sectas del cargamento tienen un paralelismo con algunos sectores del cristianismo contemporáneo: el movimiento conocido con varios nombres, como Palabra de Fe, Confesión Positiva, Nómbrelo y Pídalo, y el Evangelio de la Prosperidad o de la Salud y Riqueza. En efecto, el movimiento de la Palabra de Fe es una secta del cargamento occidental, en la cual se enseña que Dios entrega productos tangibles y consumibles bajo demanda. Sus proponentes, sin sonrojo alguno, enseñan que la oración es un medio para la gratificación personal; una herramienta para obtener casas, autos, ropa y otros cargamentos. El dios del movimiento de la Palabra de Fe es poco más que un genio de la lámpara utilitario que existe para conceder los deseos materiales de sus seguidores.

Aunque los cristianos tal vez no lleguen a los extremos de las sectas del cargamento o el movimiento de la Palabra de Fe, pueden orar por cosas equivocadas. Sus oraciones suelen ser superficiales, miopes, mal dirigidas y egoístas. Oran por salud, riqueza, felicidad, consuelo, éxito, casa, trabajo, esposo o esposa, un ascenso o un aumento salarial. Aunque tales cosas no son necesariamente malas, no estaban entre las prioridades en las listas de Jesús (Mt. 6:25-34) o Pablo (Fil. 4:11-12, 19). El problema de orar por las cosas erróneas se agrava cuando los creyentes oran por la razón equivocada. Santiago advirtió: "Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites" (Stg. 4:3).

La esencia de la oración no es exigir cosas a Dios, sino oír para discernir su voluntad. Cuanto más profunda se vuelve la vida de oración de los creyentes, más se alinean con la voluntad de Dios revelada en las Escrituras y menos se inclinan a pedir cosas triviales. Cuando aprenden a desear lo que Él desea, a amar lo que Él ama y a odiar lo que Él odia, oran así: "Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra" (Mt. 6:9-10).

Los versículos 11-12 no registran una de las muchas oraciones encontradas en las epístolas paulinas; más bien, son una explicación general de cómo oraba él habitualmente. El pasaje muestra que él oraba por las cosas correctas con los motivos correctos. También revela que para Pablo la oración no era un ritual o una rutina, sino un estilo de vida. Bajo la superficie de su enseñanza, predicación, planificación, escritos, exhortación, disciplina, viajes y sufrimientos, estaba el nivel más profundo de la vida espiritual de Pablo. Tales actividades exigían su atención constante pero, al mismo tiempo,

estaba en comunión ininterrumpida con Dios. El ejemplo de Pablo demuestra que la oración es la preocupación continua de quienes conocen a Dios íntimamente.

La vida espiritual del apóstol se podría asemejar a un volcán. Bajo la delgada corteza exterior de su vida, había un corazón que ardía apasionado por Dios. Con frecuencia, el calor volcánico de su corazón hacía que brotaran erupciones de oración a través de la capa de las actividades rutinarias y superficiales. Este pasaje describe esas erupciones; estos dos versículos revelan el corazón encendido y apasionado de un hombre hacia Dios.

Esta breve sección sobre la oración sigue en secuencia lógica a la explicación de Pablo sobre el regreso de Cristo en los versículos 5-10. La Segunda Venida no solo es la esperanza futura del creyente, también tiene implicaciones prácticas en el presente. Pedro ilustró este principio en 2 Pedro 3, cuando después de una explicación escatológica (vv. 3-10), continuó con exhortaciones sobre la vida práctica: "Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir!… Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz" (vv. 11, 14). El apóstol Juan recordó a los creyentes en 1 Jn. 3:3 que "aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro". La esperanza en el regreso de Cristo no solo afecta nuestra comprensión del futuro, sino nuestra vida presente.

Hay tres características importantes en este breve informe sobre la oración de Pablo: el recurso de la oración, las peticiones de Pablo por los tesalonicenses y la razón o meta de sus oraciones por ellos.

EL RECURSO

Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, (1:11*a*)

Pablo entendió que una de las responsabilidades principales de un pastor fiel es orar **siempre por** su rebaño y llegar con ello al recurso divino del poder y propósito de Dios (Hch. 6:4). Aunque el tiempo que puede pasar un pastor enseñando a su pueblo está limitado a las reuniones, él puede orar por ellos constantemente. **Por lo cual** las oraciones del apóstol por los creyentes eran para que crecieran espiritualmente. Por eso, sus oraciones no carecían de propósito, no se acomodaban a generalidades sin significado, eran directas y al grano. No es de sorprender que este tipo de oración inunde las epístolas paulinas (cp. Ro. 1:9-10; 2 Co. 13:7, 9; Ef. 1:15-17; 3:14-21; Fil. 1:4, 9-11; Col. 1:3, 9-11; 1 Ts. 1:2; 3:10-13; 5:23; 2 Ti. 1:3; Flm. 4, 6).

Pablo pidió al Señor por la madurez de su pueblo porque entendía que la santificación, como la justificación, solo llega por la gracia soberana de Dios, aunque no sin la obediencia humana. De modo que sus epístolas están llenas de mandamientos, prohibiciones y exhortaciones. Los propósitos soberanos de Dios, la oración y la obediencia, son elementos necesarios de la santificación. Esta paradoja aparente presenta el asunto más profundo de la relación entre la oración y la soberanía de Dios.

La pregunta básica es esta: Si Dios controla todo lo que ocurre, ¿por qué oramos? Esta pregunta es semejante a otras que surgen inevitablemente cuando la infinitud de Dios interactúa con la finitud de los seres humanos. Por ejemplo, Dios inspiró cada palabra de la Biblia (2 Ti. 3:16). Aun así, no la dictó (como supuestamente le fue dictado el Corán a Mahoma); usó las personalidades, experiencias de vida y vocabulario de los autores humanos de las Escrituras. La Biblia fue escrita por "los santos hombres de Dios [que] hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo" (2 P. 1:21). Para la mente humana finita, también es difícil entender que Jesucristo es completamente Dios y completamente humano; que es al tiempo "nuestro Dios y Salvador" (2 P. 1:1; cp. Tit. 2:13) y "Jesucristo hombre" (1 Ti. 2:5).

La perspectiva bíblica y confiada sobre la soberanía de Dios no excluye la oración. Cualquier perspectiva teológica que diga otra cosa es sencillamente mala teología. Y cualquier perspectiva que despoje a los creyentes de la pasión por la oración es cristianismo desobediente.

La Biblia afirma con fuerza la soberanía de Dios. Job, humillado por la reprensión de Dios, declaró: "Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti" (Job 42:2). En una de las declaraciones más claras y directas sobre la soberanía de Dios en las Escrituras, David escribió: "El SEÑOR ha establecido su trono en el cielo; su reinado domina sobre todos" (Sal. 103:19, NVI). Proverbios 16:33 señala que "las suertes se echan sobre la mesa, pero el veredicto proviene del SEÑOR". En Isaías 46:9-11, Dios declaró:

> *Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero; que llamo desde el oriente al ave, y de tierra lejana al varón de mi consejo. Yo hablé, y lo haré venir; lo he pensado, y también lo haré.*

El Señor Jesucristo, escribió Pablo a Timoteo, es "el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores"

(1 Ti. 6:15; cp. Sal. 22:28; 47:2, 7; 95:3; Dn. 7:13-14; Mal. 1:14; Mt. 28:18; Ap. 17:14; 19:16).

Pero la Biblia también enseña que la soberanía de Dios no niega la responsabilidad humana. Cuando el pueblo de Israel reconoció su pecado por haber pedido un rey, dijo a Samuel: “Ora al SEÑOR tu Dios por nosotros, tus siervos, para que no nos quite la vida. A todos nuestros pecados hemos añadido la maldad de pedirle un rey” (1 S. 12:19, NVI). Calmando sus miedos, “No teman —replicó Samuel—… Por amor a su gran nombre, el SEÑOR no rechazará a su pueblo; de hecho él se ha dignado hacerlos a ustedes su propio pueblo” (vv. 20, 22, NVI). Samuel tranquilizó al pueblo asustado diciéndole que Dios no lo olvidaría por causa de su plan soberano para la nación. Pero Samuel continuó diciendo: “En cuanto a mí, que el SEÑOR me libre de pecar contra él dejando de orar por ustedes. Yo seguiré enseñándoles el camino bueno y recto” (v. 23, NVI). Aunque Samuel entendía que la elección soberana y divina de Israel era irrevocable (cp. Ro. 11:29), también reconocía su responsabilidad de orar por el pueblo e instruirlo en la verdad divina. Las oraciones de Samuel no solo expresaban su afirmación de la voluntad de Dios, también se convertían en parte del medio por el cual Dios efectuaba su plan soberano.

Daniel entendió de la profecía de Jeremías que la cautividad en Babilonia duraría setenta años (Dn. 9:2). Sin embargo, eso no evitó que él orara con elocuencia a Dios para que restaurara a Israel de la cautividad (Dn. 9:3-19). La oración de Daniel expresaba el clamor de su corazón porque Dios hiciera su voluntad (cp. Mt. 6:10). Saber que Dios escogió soberanamente a quienes serían salvos (Ro. 9:16, 18, 24) no detuvo a Pablo de exclamar: “Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación” (Ro. 10:1). En Lucas 22:31, Jesús advirtió a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”. Aunque el Señor sabía que era imposible que Pedro perdiera la salvación, le dijo: “Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (v. 32). Si Jesús, el Dios soberano en carne humana, oró para que se cumpliera el plan soberano de Dios, ¿cómo pueden hacer menos los creyentes? La ilustración final viene del último capítulo de la Biblia. Aunque el regreso de Jesucristo es una promesa de Dios y es un asunto importante en Apocalipsis, Juan clamó: “Ven, Señor Jesús” (Ap. 22:20).

La oración no solo alinea el corazón con el plan soberano de Dios; además, Él también usa la oración para llevar a cabo su plan, como lo dijo Santiago: “La oración eficaz del justo puede mucho” (Stg. 5:16). Esto es paralelo con la elección de Dios para salvar a una persona, pero usando el testimonio de alguien fiel para obrar esa salvación. Una demostración sorprendente de la interacción entre la oración y la soberanía de Dios viene de la vida del piadoso rey Ezequías de Judá. Después de ser informado por Isaías el profeta de que moriría por una enfermedad (2 R. 20:1), Ezequías pidió a Dios que le perdonara la vida (vv. 2-3). En respuesta, Dios extendió la vida del rey por quince años (vv. 4-6). Aunque esto no era necesariamente beneficioso para el rey, Dios lo ajustó perfectamente a sus propósitos (vv. 12-17). Tal incidente demuestra que la comprensión apropiada de la soberanía de Dios no lleva a la resignación pasiva, sino a la petición activa; así, puede que Dios la oiga y altere el curso de los eventos, sin alterar su propósito soberano. De hecho, la realidad sorprendente e incomprensible de tal providencia es que siempre fue la voluntad de Dios.

LAS PETICIONES

para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, (1:11*b*-*d*)

Sabiendo que la oración se ajusta armoniosamente con la voluntad soberana de Dios para hacer que se cumplan los fines espirituales que Él desea, Pablo enumeró tres peticiones específicas por los tesalonicenses: dignidad, cumplimiento y poder.

DIGNIDAD

para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, (1:11*b*)

Esta petición completa abarca todo el espectro del carácter cristiano. Pablo pedía que Dios permitiera que los tesalonicenses honraran el nombre de Cristo. La frase íntima **nuestro Dios** recuerda a sus lectores que Dios no es un tirano indiferente y distante, sino un Padre cariñoso y tierno. *Axioō* (tener **por dignos**) también puede traducirse “hacer dignos”. Cualquier sentido es apropiado aquí, porque Dios hace dignos a quienes tiene por dignos. Como siempre ocurre en las epístolas del Nuevo Testamento, el **llamamiento** en perspectiva aquí es el llamado irresistible que resulta infaliblemente en la salvación (cp. 2:14; Ro. 1:6-7; 8:28, 30; 9:24; 11:29; 1 Co. 1:2, 9, 24, 26; 7:17-18, 20-22, 24; Gá. 1:6, 15; 5:8; Ef. 1:18; 4:1, 4; Col. 3:15; 1 Ts. 2:12; 4:7; 5:24; 1 Ti. 6:12; 2 Ti. 1:9; He. 3:1; 9:15; Stg. 2:7; 1 P. 1:15; 2:9, 21; 3:9; 5:10; 2 P. 1:3, 10; Jud. 1). Los teólogos se refieren a este llamado como el llamamiento eficaz o de salvación, en contraposición al llamado general, que es una invitación abierta a la salvación (cp. Mt. 22:14). Jesús se refirió a este cuando dijo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere” (Jn. 6:44). El llamado eficaz de Dios activa en el tiempo su elección de los redimidos en la eternidad; Él nos “llamó con llamamiento santo… según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9).

Dios toma a los pecadores, dignos solamente de la muerte (Ro. 1:32), y los hace **dignos** de su reino impartiéndoles la justicia de Cristo (2 Co. 5:21). Pero Pablo oró para que los tesalonicenses también demostraran ser **dignos** en la práctica, por medio de la santificación del Espíritu Santo; que anduvieran “como es digno de Dios, que [los] llamó a su reino y gloria” (1 Ts. 2:12; cp. Ef. 4:1; Col. 1:10). A medida que los cristianos se hacen más semejantes a Jesucristo, se hacen más merecedores de llevar su nombre. Una forma importante en que Dios hace a los creyentes más **dignos de su llamamiento** es a través del sufrimiento (1:5).

Tristemente, como es el caso en toda iglesia, algunos entre los tesalonicenses no caminaban como era digno. A éstos Pablo los reprendió en el capítulo 3 de esta epístola:

> *Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros.*
>
> *Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno (3:6, 11).*

Eran como los judíos, a quienes Pablo escribió: “El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros” (Ro. 2:24). Aunque fueron dignificados eternamente porque Cristo les impartió su justicia, sus vidas desobedientes los hacían indignos de ser llamados cristianos.

La Biblia menciona varios componentes de caminar con dignidad. Caminar con dignidad es caminar en el Espíritu Santo (Ro. 8:4; Gá. 5:16, 25), en humildad (Ef. 4:2), pureza (Ro. 13:13; Ef. 5:3), contentamiento (1 Co. 7:17), fe (2 Co. 5:7), justicia (Ef. 2:10), unidad (Ef. 4:3; Fil. 1:27), mansedumbre (Ef. 4:2), paciencia (Col. 1:11), amor (Ef. 5:2), gozo (Col. 1:11), agradecimiento (Col. 1:12), luz (Ef. 5:8-9), conocimiento (Col. 1:10), sabiduría (Ef. 5:15), verdad (3 Jn. 3-4) y llevar fruto (Col. 1:10). En resumen, “el que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6), porque tal cosa agrada a Dios (1 Ts. 4:1). Pablo oró para que Dios les permitiera manifestar las virtudes espirituales que los harían dignos de ser llamados cristianos.

CUMPLIMIENTO

y cumpla todo propósito de bondad (1:11*c*)

Pablo también oró para que Dios cumpliera **todo propósito** noble y justo de sus corazones. *Plēroō* (**cumpla**) también podría traducirse “complete” o “alcance”; *eudokia* (**propósito**) podría traducirse “deseo” o “elección”. Pablo pidió que el Señor cumpliera todos los anhelos **de bondad** de ellos (cp. Ro. 7:14-25; 15:14; Gá. 5:22; Ef. 5:9). El apóstol sabía que esta oración era consecuente con la voluntad de Dios, pues solo Dios es bueno (Mr. 10:18). Su definición de qué es bueno y bueno para su pueblo es la acción inevitable que Él toma en respuesta a esta oración.

En el Salmo 21:2-3, David escribió: “Le has concedido el deseo de su corazón, y no le negaste la petición de sus labios. Porque le has salido al encuentro con bendiciones de bien; corona de oro fino has puesto sobre su cabeza”. Dios dio a David lo que él le pedía porque vio que lo que pedía era bueno. Para reforzar ese principio, David escribió en el Salmo 37:4: “Deléitate en el SEÑOR, y él te concederá los deseos de tu corazón” (NVI). Como quienes se deleitan en Dios desean lo que Dios desea, Él les concederá sus peticiones. Quienes hacen suya la agenda de Dios pueden exclamar, junto con David, confiadamente: “El SEÑOR cumplirá en mí su propósito” (Sal. 138:8, NVI). El Señor Jesucristo prometió: “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho” (Jn. 15:7; cp. v. 16) y Juan escribió: “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Jn. 5:14-15). En contraste, a quienes tienen agendas egoístas Santiago advierte lo siguiente: “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Stg. 4:3).

Dios, lejos de ser un aguafiestas, es generoso y misericordioso. En el Salmo 107:9 el salmista escribió que Dios “sacia al alma menesterosa, y llena de bien al alma hambrienta”. De igual forma, dijo David con alegría: “Abres tu mano, y colmas de bendición a todo ser viviente” (Sal. 145:16; cp. 104:28), e Isaías añadió: “El SEÑOR los espera, para tenerles piedad” (Is. 30:18, NVI). Aquellos cuyos deseos están sintonizados con la voluntad de Dios pueden decir con Moisés: “De mañana sácianos de tu misericordia, y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días” (Sal. 90:14).

PODER

y toda obra de fe con su poder, (1:11*d*)

El verbo *cumplir* en la frase anterior también gobierna esta frase. La petición final de Pablo por los tesalonicenses era que Dios completara la **obra de fe** que había comenzado en ellos (1 Ts. 1:3) **con su poder**. Nadie enseñó con más

claridad que Pablo que la salvación es por la sola fe, completamente aparte de las obras humanas (cp. Ro. 3:20-30; 4:4-5; 5:1; Gá. 2:16; 3:8, 11-14, 24; Fil. 3:9). Pero Pablo también sabía que la fe salvadora genuina obra de manera inevitable para producir fruto espiritual (cp. Ef. 2:10; Tit. 2:7, 14; 3:1, 8, 14); una verdad que Santiago declaró con fuerza:

> *Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras. Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ¿No ves que la fe actuó juntamente con sus obras, y que la fe se perfeccionó por las obras? Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios. Vosotros veis, pues, que el hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe. Asimismo también Rahab la ramera, ¿no fue justificada por obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta (Stg. 2:14-26).*

Pablo sabía que la fe de los tesalonicenses era auténtica porque producía tales obras (1 Ts. 1:3; véase la explicación de este versículo en el capítulo 1 de *1 Tesalonicenses,* Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]). Sin embargo, él quería que la **obra de fe** de ellos incrementara en **poder**, para que hubiera más acciones justas. Él buscaba para ellos lo que quería para los filipenses: que estuvieran “llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios” (Fil. 1:11). Esto ocurre solamente a través de la llenura del Espíritu Santo (Ef. 3:16; cp. Zac. 4:6) y de la abundancia de la Palabra en las personas (Col. 3:16).

LA RAZÓN

para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo. (1:12)

El propósito final de la oración de Pablo no era para ellos, sino para que **el nombre** del **Señor Jesucristo** fuera **glorificado** en sus vidas. La frase **el nombre de nuestro Señor**, recordatorio de la conocida frase del Antiguo Testamento *el nombre de Jehová* (cp. Gn. 4:26; Éx. 33:19; Dt. 511; Is. 42:8), identifica claramente y sin equívocos a Jesús como Yahvé (Jehová) del Antiguo Testamento. Glorificar el **nombre** del **Señor** quiere decir honrar y exaltar todo lo que Él es.

Hacerlo debe ser el deseo más profundo de su pueblo. Al final de la magnífica oración de Daniel por la restauración de Israel de la cautividad, él exclamó: “Oye, Señor; oh Señor, perdona; presta oído, Señor, y hazlo; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío; porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo” (Dn. 9:19). La preocupación más grande de Daniel no era la miseria de su pueblo, sino la reputación de su Dios. La preocupación de Pablo era que quienes llevaran el nombre de Dios lo honraran; que lo hicieran “todo para la gloria de Dios” (1 Co. 10:31). Jesús instruyó a los creyentes: “Alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt. 5:16). Pablo describió a Tito y quienes le acompañaban como “gloria de Cristo” (2 Co. 8:23).

Cuando los creyentes glorifican al Señor Jesucristo, ellos a su vez son glorificados **en Él**. Pablo estaba considerando aquí la gloria eterna y la honra temporal. En 1 Samuel 2:30 se expresa este mismo principio espiritual: “Yo, el SEÑOR, Dios de Israel, lo afirmo. Yo honro a los que me honran” (NVI). En Juan 12:26 Jesús prometió: “Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará”. Cristo honrará a quienes lo honran con su vida.

Pablo cerró este pasaje recordando a sus lectores que la capacidad para glorificar a Jesucristo sólo viene a través de **la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo**. Como la salvación, todo en la vida cristiana viene por **gracia**: el favor inmerecido de Dios (cp. Gá. 3:3). Gramáticamente, es posible traducir esta frase final así: “nuestro Dios y Señor Jesucristo”, lo cual indicaría que Pablo solo está considerando aquí a la segunda persona de la Trinidad. Las dos traducciones afirman la deidad de Cristo; o se le llama Dios o se le pone en pie de igualdad con el Padre.

Orar por las cosas correctas está inseparablemente ligado con llevar una vida santa. John Owen, el piadoso puritano, dijo: “Quien ora como debe se comportará en la vida como ora” (*The Grace and Duty of Being Spiritually Minded* [La gracia y el deber de tener mentalidad espiritual] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1977], p. 59). La dedicación que tal oración debe generar en la vida del creyente se ilustra con una de las organizaciones más legendarias en la historia de Estados Unidos: el Pony Express:

El Pony Express era una compañía privada de servicio postal rápido que llevaba el correo por medio de un relevo organizado de jinetes a caballo. El punto de comienzo occidental era St. Joseph, Missouri, y la terminal occidental estaba en Sacramento, California. El costo de enviar una carta por el Pony Express era 2.50 dólares por onza. Si el clima y los caballos resistían y a los indios los mantenían a raya, la carta hacía todo el recorrido de dos mil millas en diez veloces días, como sucedió con el informe del discurso inaugural de Lincoln.

Puede sorprendernos que el Pony Express solo estuviera funcionando desde el 3 de abril de 1860 hasta el 18 de noviembre de 1861, solo diecisiete meses. Cuando se completó la línea de telégrafo entre las dos ciudades, ese servicio ya no fue necesario.

Ser jinete para el Pony Express era un trabajo duro. Se esperaba que el jinete recorriera entre setenta y cinco y cien millas diarias, y que cambiara de caballo cada quince o veinticinco millas. Aparte del correo, su único equipaje contenía unas pocas provisiones que incluían un poco de harina, sémola de maíz y tocino. En caso de peligro, también tenía un paquete médico con trementina, bórax y crémor tártaro. Para viajar más ligeros e incrementar la velocidad de movilidad durante los ataques de los indios, los hombres iban siempre en mangas de camisa, incluso durante el severo tiempo de invierno.

¿Cómo se encontraban los voluntarios para este trabajo tan peligroso? Un periódico de San Francisco en 1860 imprimió este anuncio para el Pony Express: “Se buscan: Hombres jóvenes, flacos, enjutos, no mayores de 18 años. Deben ser jinetes expertos, dispuestos a arriesgarse [a muerte] todos los días. Preferiblemente huérfanos”.

Tales eran los hechos ciertos del servicio requerido, pero al Pony Express *nunca* le faltaron jinetes…

Como el Pony Express, servir a Dios no es un trabajo para quienes tienen interés casual. Es un servicio costoso. Él pide su vida. Pide que el servicio a Él se vuelva una prioridad, no un pasatiempo (Donald S. Whitney, *Disciplines for the Christian Life* [Disciplinas para la vida cristiana] [Colorado Springs: NavPress, 1991], pp. 109-110. Cursivas en el original).

4. ¿Cómo estar preparado para los últimos tiempos?—Primera parte: Recuerde lo que ya sabe

Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca. Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? (2:1-5)

La historia humana ha tenido su buena porción de líderes malvados. El primer siglo vio emperadores romanos crueles, como el loco Nerón de los días paulinos o Domiciano, el emperador paranoico de los últimos años de Juan. El siglo XX fue testigo de una hueste de dictadores perversos, como los notorios Hitler y Stalin. La historia de la religión también ha estado plagada de falsos cristos, falsos maestros, líderes de sectas, swamis, gurús y otros numerosos charlatanes y lobos disfrazados de ovejas.

Pero viene uno que los superará a todos, tanto en el alcance de su poder como en su maldad. Será el hombre más diabólico, malvado y poderoso que jamás haya caminado sobre la faz de la tierra. En las Escrituras se le conoce por muchos nombres: “Gog en tierra de Magog, príncipe soberano de Mesec y Tubal” (Ez. 38:2); el cuerno pequeño de Daniel 7:8, 24; 8:9; el “príncipe que ha de venir” (Dn. 9:26); el rey que hace lo que le place (Dn. 11:36), el pastor necio y despreciable (Zac. 11:15-17); la bestia (Ap. 11:7; 13:1; 14:9; 19:20; etc.). En este capítulo, Pablo lo describe como “el hombre de pecado”, “el hijo de perdición” (v. 3), “inicuo” (v. 8) y aquel “cuyo advenimiento es por obra de Satanás” (v. 9). Pero se le conoce mejor como el *anticristo* (1 Jn. 2:18). *Antichristos* (“anticristo”) es una palabra griega compuesta, formada por la preposición *anti* y el sustantivo *Christos*. *Anti* puede significar “contra” y “en lugar de”. Los dos significados son apropiados para el anticristo, porque el anticristo se opondrá al Cristo verdadero y buscará usurpar su lugar.

Todo el que se oponga a Cristo y su obra manifiesta el espíritu del anticristo. Juan escribió: “Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo” (1 Jn. 2:22; cp. 4:3; 2 Jn. 7). Por eso Juan podía escribir que “han surgido muchos anticristos” (1 Jn. 2:18). El anticristo final será la culminación de todos los anticristos anteriores a él (1 Jn. 2:18); será la consumación y manifestación última del espíritu del anticristo.

El espíritu del anticristo ha estado obrando desde la caída de la humanidad y la promesa divina de un hombre que heriría la cabeza de Satanás y redimiría al hombre del pecado y de la muerte (Gn. 3:14-15). Desde entonces, Satanás se ha opuesto al plan redentor de Dios y ha intentado malograr la obra del Redentor. Génesis 6 registra que el mundo estaba hasta tal punto bajo su control que cuando Dios vio la maldad sin atenuaciones, ahogó a todo el mundo y salvó solamente a Noé, junto con los siete miembros de su familia. Después, buscando destruir la línea de la promesa mesiánica, Satanás incitó a los egipcios para que intentaran matar a todos los niños hebreos (Éx. 1). Unos seiscientos años después, la familia del Mesías se redujo a un hijo único (cp. 2 Cr. 21—22), pero Satanás no pudo extinguirla. Amán, herramienta de Satanás, tampoco tuvo éxito en su intento de masacrar al pueblo judío, unos cuatrocientos años después (Est. 3). Dios los salvó por la valentía y la sabiduría de Ester y Mardoqueo (Est. 4—9). Estos son tan solo unos cuantos esfuerzos de Satanás por malograr la obra redentora de Cristo, el Mesías.

Después del nacimiento del Mesías, Satanás, habiendo fracasado en la destrucción de sus antepasados, redobló sus esfuerzos inútiles por eliminarlo. El intento bárbaro por parte de Herodes, para matar al Señor Jesús masacrando a los niños de Belén, falló cuando Él y sus padres escaparon a Egipto (Mt. 2:7-18). En un intento por matar a Jesús, por medio de sus propios conciudadanos, Satanás incitó a la multitud en la sinagoga para lanzarlo por una peña (Lc. 4:28-30), pero no tuvieron éxito porque Jesús desapareció. La tentación de Satanás a Cristo (Mt. 4:1-11) y su intento por usar a Pedro para mantener a Cristo alejado de la cruz (Mt. 16:21-23) también fracasaron. Incluso cuando judíos y romanos cooperaron (aunque los romanos lo hicieron con renuencia) para matar a Jesús, solo estaban haciendo la voluntad de Dios. La satisfacción de Satanás fue breve por causa de la resurrección (Hch 2:22-24).

Desde entonces, por toda la historia, Satanás ha inspirado el odio hacia el pueblo del Mesías, los judíos, por medio de

quienes vendrá la salvación (Ap. 7:4-10; 14:1-5) y para quienes esta llegará (Ro. 11:25-27). La persecución, opresión y asesinato en masa que soportaron, culminaron con el Holocausto ejecutado por los nazis a mitad del siglo XX. La animosidad islámica y el deseo de obliterar a los judíos es la evidencia más reciente del odio de Satanás al propósito de Dios por redimir a los judíos y hacer de su Hijo el Rey de ellos. Pero el anticristo será el peor perseguidor de todos los judíos, en su intento por frustrar el cumplimiento de la promesa de Dios sobre dar salvación y un reino a Israel. Después de posar como el protector de ellos durante la primera mitad de la tribulación, el anticristo romperá su pacto con ellos (Dn. 9:27). Entonces desatará una persecución sin parangón en la historia; una en la que se verá la erradicación de dos tercios de los judíos (Zac. 13:8). Para los propósitos pastorales, este hombre de maldad inexpresable es el tema de Pablo en el segundo capítulo de esta carta.

El apóstol escribió esta sección para tratar la pérdida de esperanza y gozo en los tesalonicenses por la confusión sobre los últimos tiempos. Ya les había dado instrucciones explícitas sobre el arrebatamiento (1 Ts. 4:13-18) y el día del Señor (1 Ts. 5:1-11). Aun así, pocos meses después, estaban de nuevo confundidos, temiendo haberse perdido el arrebatamiento y estar en el día del Señor. Sabían que el día del Señor es el juicio final de Dios sobre el mundo pecaminoso (véase la explicación del día del Señor en el capítulo 12 de *1 Tesalonicenses,* Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids, Portavoz, 2012]). Al parecer, aun con la corrección del apóstol en la primera carta, la intensidad de la persecución que soportaban los hizo incapaces de descartar la posibilidad de que el día del Señor ya hubiera llegado. También fueron asaltados directamente por el engaño de algunos falsos maestros. Jugando con su confusión, engañaban a los creyentes haciéndoles creer que Pablo en realidad había enseñado que el día del Señor ya había venido y, para respaldar esa enseñanza, buscaron demostrarlo con una carta falsa que pretendían atribuir al apóstol. En la primera carta, Pablo les había explicado por qué no podían estar en el día del Señor (este es para los incrédulos; cp. 1 Ts. 5:4-9). Aquí, reconociendo que, debido a los esfuerzos de los falsos maestros, la verdad aún no prevalecía, añadió evidencia fuerte para demostrar que no estaban en el día del Señor: el anticristo no había aparecido y su venida se daría justo antes de la llegada de aquel día.

La llegada inminente del anticristo era de conocimiento común entre los primeros cristianos. Los lectores de Juan habían oído "que el anticristo viene" (1 Jn. 2:18) y, como ya se había dicho, Pablo también enseñó esto a los tesalonicenses (2:5). Los creyentes ya estaban experimentando la persecución de sus precursores, los que manifestaban el espíritu del anticristo.

Además de la enseñanza de Pablo, los tesalonicenses sabían que el anticristo final se había profetizado en el Antiguo Testamento (p. ej., Dn. 7, 9, 11) y predicho en las enseñanzas del Señor Jesús (Mt. 24:15-31).

El archienemigo final del Salvador aparece en Daniel 7:8, donde se le describe como "cuerno pequeño" que surge de la oscuridad a un lugar de prominencia. En el mismo versículo se dice que "tenía ojos como de hombre", para indicar su inteligencia, y "una boca que hablaba grandes cosas", una referencia a sus capacidades oratorias y a su orgullo arrogante. El versículo 21 revela su hostilidad incansable contra el pueblo de Dios; el profeta lo vio haciendo "guerra contra los santos" y venciéndolos. El versículo 23 anota que su reino "será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará". El versículo 25 lo describe como un blasfemo que "hablará palabras contra el Altísimo". También "pensará en cambiar los tiempos y la ley", remplazando las ceremonias y observancias religiosas del mundo por unas nuevas en honor a sí mismo e introducirá una moralidad de inspiración satánica.

Pero la opresión del anticristo estará limitada a un "tiempo, y tiempos, y medio tiempo" (v. 25; cp. 9:27; Ap. 11:2-3; 12:14; 13:5), los últimos tres años y medio de la tribulación, cuando su reino de terror esté en todo su apogeo. Después de eso, "se sentará el Juez, y le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin" (v. 26) y "el reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, [será] dado al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno, y todos los dominios le servirán y obedecerán" (v. 27).

Daniel 8:23 describe al anticristo como "altivo". La expresión hebrea significa literalmente que tiene cara feroz, indicando que intimidará a las personas para que se le sometan. Ese versículo también dice que será "entendido en enigmas" (cp. v. 25, donde también se habla de su sagacidad y engaños); el anticristo será un engañador, como Satanás, su maestro maligno (Gn. 3:13; 2 Co. 11:3; Ap. 12:9; 20:2-3, 8, 10). El versículo 24 indica que el anticristo derivará su poder de Satanás (cp. Ap. 13:2). El versículo 25 añade que "en su corazón se engrandecerá", lo que habla otra vez de su orgullo arrogante; que "sin aviso destruirá a muchos", para indicar que será despiadado; que incluso "se levantará contra el Príncipe de los príncipes", lo que revela que será un blasfemador del Señor Jesucristo (cp. Dn. 7:25); y que "será quebrantado, aunque no por mano humana", lo cua indica que Dios lo juzgará y destruirá (cp. Dn. 7:26).

En la profecía de las setenta semanas de Daniel (9:24-27), el anticristo es el "príncipe que ha de venir" (v. 26). "Por otra semana [él] confirmará el pacto con muchos [Israel]" (v. 27), la semana setenta de años en la profecía de Daniel; el período de siete años de tribulación. Él aparentará ser el benefactor y protector de Israel. Sin embargo, "a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador" (v. 27). A mitad de camino en la tribulación, el anticristo se mostrará como realmente es. Se volverá contra el pueblo judío y

cometerá la profanación que Jesús llamó “la abominación desoladora” (Mt. 24:15). Este será el comienzo de la “gran tribulación” (Mt. 24:21). Pero su reino tendrá vida corta (tres años y medio), durará solo “hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador” (v. 27). Como lo indica Daniel 7:26, Dios destruirá al anticristo y a su reino. Apocalipsis 19:11ss, describe esa destrucción con el regreso del Señor Jesucristo.

Daniel da más detalles de la carrera del anticristo en el capítulo 11. Lo describe como un rey despiadado, orgulloso y arrogante, que “hará su voluntad” (v. 36). Daniel lo describe como un blasfemo sin paralelo en la historia humana que se “engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas” (v. 36). Y “del Dios de sus padres no hará caso… porque sobre todo se engrandecerá” (v. 37); al final, se establecerá como objeto de adoración. El hecho de no mostrar interés en el “amor de las mujeres” podría significar que será homosexual; al menos será célibe en cuanto a las mujeres. Debido a esto, junto con muchas otras características, como su poder e influencia en el mundo, su poder ecuménico sin parangón, la afirmación de gobernar en lugar de Cristo y buscar la adoración, algunos creen que tiene que tratarse de un papa. Pero, una vez más, Daniel enfatiza que Dios lo juzgará; él “llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude” (v. 45).

Este anticristo final, como las Escrituras lo describen, aún está por aparecer en el escenario mundial. Y como debe aparecer antes del inicio del día del Señor, el temor de los tesalonicenses de que ya estaban presentes en aquel tiempo de juicio horrible no tenía fundamento. Basándose en esa verdad, Pablo les ruega con urgencia que comprendan los eventos alrededor de la Segunda Venida. El apóstol se centra ahora en ese tema; la partícula *de* (**pero**) determina una transición del informe de la oración en 1:11-12 al asunto doctrinal de la epístola.

A diferencia de muchas enseñanzas contemporáneas sobre escatología, los motivos de Pablo no eran sensacionalistas, sino pastorales. Su meta no era gratificar la curiosidad sobre los últimos tiempos, sino consolar a los cristianos confundidos. Por eso, limitaba su instrucción a lo necesario para corregir el error que les estaba quitando el gozo, la esperanza y la paz. Y lo hizo con ternura, bondad y paciencia. Con humildad llamó a los tesalonicenses **hermanos** y usó el término amable *erōtaō* (**rogamos**), un verbo que significa “suplicar”, “implorar” y “solicitar”. Pablo, en vez de hablarles con intolerancia autoritaria o dominante, corrigió con amabilidad a quienes estaban luchando contra este error.

La lucha, como Pablo lo indica una vez más (cp. 1 Ts. 4:13—5:11), se dio porque estaban confundidos con respecto **a la venida** del **Señor Jesucristo** y la **reunión** de los creyentes **con Él**. Aunque Pablo usó las dos expresiones, en realidad tenía en mente un evento, no dos. La sintaxis griega usa solo un artículo para los dos sustantivos, dejando claro que se están considerando dos elementos complementarios de un solo acontecimiento. Esta es la sexta mención en las dos cartas a la venida de Cristo (cp. 1 Ts. 1:10; 2:19; 3:13; 4:15; 5:23). Entre los múltiples aspectos de la *parousia* (**venida**) **de nuestro Señor Jesucristo**, Pablo se centró específicamente en el primer acontecimiento: la **reunión** de los creyentes **con Él** en el arrebatamiento (1 Ts. 4:13-18). Se centró en ese suceso porque, como ya indicamos, los tesalonicenses confundidos esperaban alivio (1:7), pero en lugar de ello estaban sufriendo una persecución severa. Por eso creían haberse perdido el arrebatamiento y estar en el día del Señor.

En el versículo 2, Pablo expresó su preocupación de **que** los tesalonicenses **no** se dejaran **mover fácilmente de** su **modo de pensar, ni** se conturbaran**, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera** de Pablo y sus compañeros, **en el sentido de que el día del Señor está cerca**. **Espíritu** probablemente se refiera a un falso profeta que supuestamente recibió revelación divina (cp. 1 Jn. 4:1-3). **Palabra** se refiere a un sermón o enseñanza, y **carta** a una autoridad escrita sobre esta doctrina. Tomadas en conjunto, estas palabras indican la forma extensiva y cuidadosa en que se presentaba esta enseñanza falsa; tenían todas las marcas de autenticidad: revelación divina, proclamación y la autoridad de los escritos apostólicos. Es importante resaltar que el miedo de los tesalonicenses indica que Pablo les había enseñado que el arrebatamiento de la iglesia precede la ira final de Dios, donde se incluyen la tribulación y el día del Señor (1 Ts. 5:2-5; cp. Ap. 3:10). Si les hubiera enseñado que iban a pasar por esos períodos de juicio, se estarían regocijando porque estar en medio de ellos significaba que la venida del Señor estaba cerca. Claramente, Pablo les había enseñado que serían llevados antes de la llegada de estos tiempos, por eso su confusión cuando sentían que estaban en ellos.

En realidad, los falsos maestros habían ido a Tesalónica con enseñanzas que aumentaban la confusión de la iglesia a fin de minimizar la gloria de la venida de Cristo por los creyentes, y destruir su esperanza y alegría, además de generar desconfianza en el amor, gracia y bondad de Dios para con sus santos. Lo que aumenta su confusión era que esta enseñanza parecía tener sanción apostólica. Parecía haberse recibido de modo sobrenatural, a través de la revelación de Dios, por medio de un **espíritu** (palabra profética), predicada como **palabra** de Dios, y lo más convincente de todo: escrito en una **carta** apostólica auténtica. Supuestamente, todo eso era de Pablo y autorizado por sus compañeros Silas y Timoteo (**nuestra**). Tales falsificaciones y suplantaciones de los documentos apostólicos (pseudoepigrafía) continuaron existiendo en la historia temprana de la iglesia cristiana, elaboradas y usadas para engañar a muchos en los siglos siguientes. Por eso, Pablo tuvo especial cuidado de verificar la autenticidad apostólica de esta carta, terminándola con su puño y letra propia y distintiva (3:17; cp. Gá. 6:11).

Esta enseñanza falsa sobre el arrebatamiento y el día del Señor tuvo un impacto devastador en los ya nerviosos tesalonicenses, como lo revela la terminología gráfica y fuerte de Pablo. Habiéndose convencido de que el día del Señor había llegado, se dejaron **mover fácilmente de** su **modo de pensar** y estaban conturbados. **Mover** traduce una forma del verbo *saleuō*, que describe una caña sacudida por el viento (Mt. 11:7), la conmoción de las potencias de los cielos en los tiempos finales (Mt. 24:29), el temblor del edificio cuando vino el Espíritu Santo (Hch. 4:31), el sacudón de los cimientos de la cárcel de Filipos durante el terremoto (Hch. 16:26) y el alboroto de las multitudes de Berea por parte de los judíos incrédulos (Hch. 17:13). *Nous* (**modo de pensar**) quiere decir literalmente “mente”, mientras que *throeō* (**conturbéis**) se traduce *turbéis* en sus únicos usos en otras partes del Nuevo Testamento (Mt. 24:6; Mr. 13:7). Aquellos jóvenes creyentes habían soltado las amarras de su mente y estaban a la deriva en un mar agitado de ansiedad y miedo; su fe, esperanza y gozo estaban devastados por el engaño.

Para acabar con la confusión de los tesalonicenses, Pablo necesitaba refutar las mentiras de los falsos maestros. Y para disipar los miedos de los tesalonicenses, necesitaba corregir su mala comprensión del día del Señor. El apóstol logró los dos objetivos tan solo con probar que el día del Señor no había llegado. Su punto incontrovertible era que Dios ha fijado en el futuro un acontecimiento inequívoco que debe ocurrir previo a la llegada del día del Señor. Tal acontecimiento aún no ha ocurrido. Pablo elaboró esa verdad con una exhortación a los tesalonicenses sobre estar listos para el final de los tiempos, no dejándose engañar ni permitiéndose ser olvidadizos, ignorantes, incrédulos, inseguros o débiles.

NO DEJARSE ENGAÑAR

Nadie os engañe en ninguna manera; (2:3*a*)

El engaño lleva fácilmente a la ansiedad y al miedo, y sin duda ese era el caso con los tesalonicenses. Como ya dijimos, cuando los falsos maestros los engañaron haciéndoles creer que estaban en el día del Señor, se llenaron de pánico. Desdichadamente, el engaño en la iglesia es usual e incluye charlatanes incontables que han conturbado a muchos, a lo largo de los siglos, con predicciones falsas sobre el regreso del Señor. Jesús advirtió sobre tales engañadores: “Mirad que nadie os engañe” (Mt. 24:4; Mr. 13:5; cp. Lc. 21:8).

La iglesia enfrenta la amenaza constante del engaño porque “Satanás se disfraza como ángel de luz… también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia” (2 Co. 11:14-15). Para evitar ser engañado por este aluvión constante de mentiras demoníacas, los creyentes “ya no [deben ser] niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Ef. 4:14). Deben estar alerta con aquellos que adulteran la Palabra de Dios (2 Co. 4:2), quienes “engañan los corazones de los ingenuos” (Ro. 16:18), sabiendo que a medida que se acerca el regreso de Cristo, “los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados” (2 Ti. 3:13) y que ya “muchos engañadores han salido por el mundo” (2 Jn. 7; cp. 1 Jn. 2:26; 3:7).

El mandato de Pablo es una prohibición fuerte. El verbo compuesto *exapataō* (**engañe**), una forma fortalecida del verbo *apataō*, significa “engañar completamente” o “hacer creer”. El apóstol también usó una negación doble (*mē tis*; *mēdena*) para decir en efecto: “No permitan que nadie, por ningún medio o método, los lleve por algún mal camino”. En realidad, no había excusa para que los tesalonicenses fueran tan crédulos, a pesar de la carta falsa aparentemente convincente. Debieron haberse dado cuenta de que Pablo, de repente, no contradiría por carta lo que hacía poco les había enseñado en persona y en su primera epístola. La credibilidad de los tesalonicenses era una reacción emocional al estrés de su situación. Sin embargo, la verdad no se determina solamente por las emociones o circunstancias sino por las Escrituras. Los creyentes deben permitir que la verdad y la teología bíblicas se eleven sobre todas las situaciones.

Caer en engaños sobre la Segunda Venida tiene serias consecuencias prácticas, por lo que es esencial entender la verdad sobre el regreso de Jesucristo. Tal conocimiento es importante porque produce responsabilidad. Habiendo descrito la destrucción cataclísmica de los cielos y la tierra, Pedro exhortó así a sus lectores: “Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir…! Por lo cual, oh amados, estando en espera de estas cosas, procurad con diligencia ser hallados por él sin mancha e irreprensibles, en paz” (2 P. 3:11, 14). El apóstol Juan también escribió sobre el efecto purificador de la perspectiva apropiada sobre el regreso de Cristo: “Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es. Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Jn. 3:2-3).

La esperanza correcta en el regreso del Señor no solamente produce responsabilidad y pureza, sino también gozo. El temor de los tesalonicenses a estar experimentando los horrores del día del Señor les había robado la alegría. El mismo miedo también les había robado la esperanza en la promesa del Señor sobre guardarlos “de la hora de la prueba que ha de venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra” (Ap. 3:10). Para evitar perder la pureza y el gozo de la esperanza verdadera, ellos necesitaban recordar las verdades que Pablo les había enseñado.

NO SER OLVIDADIZOS

porque no vendrá sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. ¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? (2:3*b*-5)

Este punto está estrechamente ligado al primero, pues olvidar la verdad hace a los creyentes vulnerables al engaño. La clave para esta sección está en la última frase: "**¿No os acordáis que cuando yo estaba todavía con vosotros, os decía esto?**". El tiempo imperfecto del verbo griego (señalando la acción repetida en el tiempo pasado) traducido **decía** indica que la enseñanza sobre los acontecimientos de los últimos tiempos fue un tema continuo durante el ministerio de Pablo en Tesalónica. Por lo tanto, lo que el apóstol escribió en esta sección no era nuevo para la iglesia; tan solo reiteró lo que ya les había enseñado (cp. 2 P. 1:12-15). El hecho de que él enseñara la verdad profética en los pocos meses que estuvo con los nuevos creyentes de Tesalónica muestra que la escatología bíblica, incluyendo la sucesión de acontecimientos, no carece de importancia, según creen algunos, sino que es fundamental para la fe cristiana. Como ya indicamos antes, su propósito no era sensacionalista sino práctico; si los tesalonicenses hubieran recordado la enseñanza paulina, no habrían perdido su gozo y esperanza.

Los tesalonicenses habían olvidado lo que Pablo les dijo cuando estaba allí, que el día del Señor **no vendrá sin que antes venga la apostasía**. De todos los precursores del día del Señor (p. ej., Jl. 2:31; 3:14; Mal. 4:5), Pablo escogió **la apostasía**. Por supuesto, no estaba determinando una fecha postribulacional para el arrebatamiento (véase la explicación de 1 Ts. 4:13-18 en el capítulo 11 y 1 Ts. 5:1 en el capítulo 12 de *1 Tesalonicenses*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]); no dijo a sus lectores que vivirían para experimentar **la apostasía** y la manifestación del hombre de pecado. La idea de Pablo era tan solo que **la apostasía** precedería el día del Señor; y como no había ocurrido todavía, el día del Señor no podía haber llegado.

El significado básico de **apostasía** es "revuelta" o "rebelión". Su único otro uso en el Nuevo Testamento se refiere a abandonar la ley de Moisés (Hch. 21:21). La Septuaginta, la traducción griega del Antiguo Testamento, usa tres veces la palabra para expresar la rebelión contra Dios (Jos. 22:22; 2 Cr. 29:19; Jer. 2:19). Así, pues, la palabra señala el abandono deliberado de una posición religiosa que tenían antes.

Pablo no se refería aquí a la apostasía en sentido general (abandono de la verdad del evangelio). Siempre ha habido iglesias apóstatas, como Laodicea (Ap. 3:14-22), e individuos apóstatas (He. 10:25-31; 2 P. 2:20-22). Como esta apostasía generalizada siempre está presente, no puede significar un período de tiempo particular. Por lo tanto, no puede ser el evento específico que Pablo tenía en mente.

La apostasía alcanzará su apogeo en los últimos tiempos:

> *También debes saber esto: que en los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita… mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados (2 Ti. 3:1-5, 13; cp. 1 Ti. 4:1; 2 P. 3:3-4; Jud. 17-18).*

Pero la apostasía aumentada del final de los tiempos, como la apostasía que ha plagado la iglesia a lo largo de toda su historia, no es el acontecimiento específico que Pablo tenía en mente.

El apóstol tampoco tenía en mente la apostasía durante la tribulación, de la cual advirtió Jesús: "Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará… Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos" (Mt. 24:11-12, 24).

El uso que Pablo hace del artículo definido revela que él no tenía en mente una tendencia o flujo general, sino un acto de apostasía identificable o específico. **La apostasía** será un hecho blasfemo de magnitud sin precedentes. El apóstol identificó la apostasía mencionando el personaje clave ligado a esta: **el hombre de pecado**. Entender quién es este personaje clave es prerrequisito para identificar **la apostasía**. *Anomia* (**de pecado**) significa literalmente "sin ley" (cp. 1 Jn. 3:4). Esa persona será un consumado fuera de la ley; un pecador blasfemo que vivirá en desafío constante a la ley de Dios. Su influencia será la mayor entre todos los miles de millones de pecadores sin ley, malos e impíos, de la historia humana. Incluso en los últimos tiempos, cuando "habrá tanta maldad" (Mt. 24:12), este líder estimulado por Satanás se erigirá como alguien cuyo liderazgo malvado, depravado y sin ley, se extenderá por todo el mundo con una influencia jamás vista.

El tiempo aoristo del verbo traducido **manifieste** señala un tiempo definido en que aparecerá este personaje. Implica que era conocido y estaba presente con anterioridad, pero su acto de apostasía revelará su identidad verdaderamente malvada; dejará todas las pretensiones, y su maldad antes oculta se revelará por completo. Dios y el Señor Jesús no habrán aparecido como sus enemigos hasta el tiempo en que él **se manifieste**.

El título **hombre de pecado** se ha identificado con diferentes individuos que incluyen a Antíoco Epífanes, Calígula, Nerón y, en el último siglo, Hitler, Stalin y otros. Pero la asociación cercana del **hombre de pecado** con el día del Señor descarta a personajes históricos; de otra forma, el día del Señor podría haber llegado hacía siglos. El **hombre de pecado** no puede ser Satanás, porque al primero se le distingue del segundo en el versículo 9. Tampoco puede ser la referencia a un principio del mal, porque el texto lo identifica específicamente como un **hombre**. No puede ser otro que el anticristo final.

Aún más, Pablo describió al **hombre de pecado** como el **hijo de perdición**. La expresión **hijo de** es un término hebraico para indicar asociación cercana o de alguna clase, tal como un hijo comparte la naturaleza de su padre. El anticristo estará tan entregado a la **perdición** de todo lo relacionado con el propósito y el plan de Dios que podría llamarse la personificación de la **perdición**. Sin embargo, él pertenece a la **perdición** (*apōleia*; "ruina", no "aniquilación"), como aquel que irá a ella. Su destino es el castigo y el juicio; es basura humana para el basurero del infierno.

Solo un individuo más en las Escrituras comparte la distinción dudosa de llamarse **hijo de perdición**: Judas (Jn. 17:12; la RVR-60 traduce la misma frase griega "aquel que nació para perderse"). Así, el título está reservado para las dos personas más viles de la historia humana, controladas por Satanás (Jn. 13:2; Ap. 13:2) y culpables de los actos de apostasía más abyectos. Judas vivió y ministró íntimamente con el Hijo de Dios encarnado por más de tres años; un privilegio concedido solo a once personas más. Sin embargo, después de observar la vida sin pecado de Jesús, de oír su sabiduría, experimentar su poder divino y amor misericordioso, Judas lo traicionó. De modo sorprendente, era tanto un **hijo de perdición** que la gloria de Cristo que suavizó a los otros once, endureció a Judas.

Por muy monstruosa que fuera esa apostasía, palidece en comparación con la futura que cometerá el anticristo. Judas traicionó al Hijo de Dios; el anticristo se proclamará a sí mismo Dios. Judas profanó el templo con el dinero recibido por traicionar a Cristo (Mt. 27:5); el anticristo profanará el templo cometiendo la abominación desoladora (Mt. 24:15). Al parecer, Judas, sin influenciar a otros, se desvió; fue un desastre solitario y trágico (Hch. 1:18-19); el anticristo desviará al mundo para perdición (Ap. 13:5-8).

Después de hacerse pasar inicialmente como amigo de la religión (cp. Ap. 17:13), el anticristo revelará de pronto su naturaleza verdadera cuando blasfema a Dios y **se** oponga **y se** levante **contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto** (cp. Ap. 13:15-16). El anticristo, impulsado por Satanás y ayudado por el falso profeta, tendrá un poder inmenso para exigir con éxito que el mundo le adore (cp. Ap. 13:1-17). Satanás, que siempre ha anhelado recibir adoración (cp. Is. 14:13-14), cumplirá indirectamente ese propósito por medio de la adoración dada al anticristo. El anticristo se exaltará sentándose **en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios**. **El templo**, el símbolo de la presencia de Dios, es el lugar más adecuado para que Satanás orqueste el acto último de blasfemia: un hombre impío **haciéndose pasar por Dios**. Esta apostasía, a la cual se refiere Pablo aquí y que Jesús llamó abominación desoladora (Mt. 24:15) haciendo referencia a la profecía de Daniel, ocurrirá en la mitad de la tribulación (Dn. 9:27). Esto iniciará el juicio de Dios sobre el mundo por medio del reino de terror del anticristo durante la segunda mitad de la tribulación. Al final de ese período de tres años y medio, Cristo regresará en gloria para destruir el reino del anticristo y toda impiedad. El Señor Jesús lo lanzará al lago de fuego con su falso profeta (Ap. 19:11-21).

La idea de Pablo es clara. **La apostasía**, la deificación blasfema del anticristo de sí mismo y su profanación del templo, es un evento único e inequívoco que precede el día del Señor. Como claramente esto no ha ocurrido, el día del Señor no puede haber llegado, pero nunca llegará para los creyentes.

No debemos temer el juicio de ese día. Los creyentes "no están en la oscuridad para que ese día los sorprenda como un ladrón" (1 Ts. 5:4). Estamos esperando que Cristo regrese del cielo (1 Ts. 1:10) y nos reúna con Él (2 Ts. 2:1; cp. Jn. 14:1-3). Buscamos al Cristo verdadero, no al anticristo. Solo quienes son olvidadizos o están engañados se arriesgan a perder la esperanza confiada y el gozo expectante del regreso de Cristo antes del día del Señor.

5. ¿Cómo estar preparado para los últimos tiempos?—Segunda parte: Sea fuerte y valiente

Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia. Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra. Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra. (2:6-17)

Una característica distintiva de la falsa doctrina es su ataque a la persona y obra del Señor Jesucristo. A lo largo de toda la historia, los místicos, racionalistas, legalistas, iniciadores de sectas y otros herejes han atacado la deidad de Cristo, su humanidad y la eficacia y la suficiencia singulares de su obra de salvación. La definición reformada de salvación por la sola gracia, por medio de la sola fe, solamente en Cristo, se afirmó contra el trasfondo de ataques a la soteriología bíblica. Al parecer, Satanás no dedica sus esfuerzos personales a tentar individuos cristianos, sino a concebir sistemas de religión falsos, en los cuales se enseñan mentiras sobre Cristo (1 Jn. 2:22; 4:3; 2 Jn. 7). “Se disfraza como ángel de luz” (2 Co. 11:14). Sus doctrinas de demonios engañan a millones y millones, manteniéndolos alejados del evangelio vivificador del Señor Jesucristo.

Está por venir una religión satánica falsa que dominará el mundo como no lo ha hecho otra en la historia (cp. Ap. 17). Su objeto de adoración será la persona más poderosa, malvada y engañadora que haya vivido alguna vez: el hombre de pecado, el anticristo. Él será la culminación de la guerra larga de Satanás contra Dios, la manifestación final y más malévola del espíritu del anticristo (1 Jn. 4:3). Igual que su maestro maligno, el anticristo se disfrazará “como ángel de luz” y engañará a todo el mundo perdido (Ap. 12:9; 13:14).

Como indicamos en el capítulo anterior, Pablo escribió acerca del anticristo, lo llamó “hombre de pecado” e “hijo de perdición”, porque los tesalonicenses habían sido engañados por la mentira de que sus temores eran ciertos: que se habían perdido el arrebatamiento y estaban en el juicio del día del Señor. Buscando corregir este error, Pablo les insta a recordar lo que les había enseñado con anterioridad, dándoles la tranquilidad de que el día del Señor no había llegado. Su argumento era simple e irrefutable: el anticristo no había aparecido y su aparición es el precursor necesario para el día del Señor. Él debe aparecer y cometer el acto final de apostasía, la abominación desoladora, antes de la llegada del día del Señor.

Pablo dio seis exhortaciones específicas para no tener miedo a los últimos tiempos. Los creyentes no deben dejarse engañar, ni ser olvidadizos, ignorantes, incrédulos, inseguros o débiles. En el capítulo anterior hablamos sobre las dos primeras exhortaciones; en este capítulo trataremos las cuatro últimas.

NO SER IGNORANTES

Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron (2:6-10*b*)

Habiendo explicado el acto de apostasía por el cual el anticristo mostrará quién es él en realidad, Pablo examina con detenimiento a este personaje. Menciona cuatro aspectos en la carrera del anticristo: su revelación, destrucción, poder e influencia.

SU REVELACIÓN

Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio. Y entonces se manifestará aquel inicuo, (2:6-8*a*)

Como lo indica la frase **Y ahora vosotros sabéis**, los tesalonicenses entendían la fuerza que **detiene** al anticristo en la actualidad porque Pablo se lo había dicho cuando estaba con ellos. Por lo tanto, no lo repitió aquí (situación que ha llevado a especulaciones interminables sobre a qué se refería). El verbo griego traducido **detiene** (*katechō*; "contener", "sujetar", "refrenar") aparece en el texto como participio neutro, llevando a los comentaristas a sugerir numerosas opciones para identificar esa fuerza retenedora.

Algunos creen que la predicación del evangelio mantiene controlado al anticristo. En algún momento, argumentan ellos, el evangelio será completamente proclamado (cp. Mt. 24:14) y la contención será quitada. Otras sugerencias incluyen que es retenido por la nación de Israel, por la supuesta atadura de los creyentes a Satanás, por la influencia de la iglesia como sal y luz del mundo (cp. Mt. 5:13-14), por el gobierno humano (cp. Ro. 13:1-4), por el principio general de la ley y la moralidad en el mundo, por el Imperio Romano, e incluso el arcángel Miguel (cp. Dn. 10:21).

Pero ninguna de estas opciones es satisfactoria. El problema más importante con todas ellas (excepto la última) es que son fuerzas humanas. Los humanos predican el evangelio, los humanos componen la nación de Israel, los humanos intentan atar a Satanás, los humanos forman parte la iglesia, los humanos dirigen los gobiernos humanos, los humanos concuerdan en los principios de la ley y la moralidad y los humanos componen el Imperio Romano. Pero el poder humano, el ingenio y las instituciones no pueden detener el poder sobrenatural de Satanás que busca liberar al anticristo. Y el único ser sobrenatural en la lista, Miguel, no tiene el poder para detener a Satanás (Jud. 9). La elección más lógica entre las opciones, la iglesia, ni siquiera ha sido capaz de controlar alguna vez el mal humano. Puede que así sea en algún grado en la vida de sus miembros, pero el mundo exterior continúa volviéndose cada vez peor; situación que caracterizará especialmente los últimos tiempos (2 Ti. 3:13). Si ningún poder humano o angélico puede detener el propósito de Satanás para su anticristo, solo queda el poder de Dios para contenerlo.

Y Dios lo detiene **a fin de que a su debido tiempo se manifieste**. Satanás, por supuesto, no quiere operar en el tiempo de Dios. Si pudiera, habría revelado al anticristo mucho antes que ahora. Anhela la aparición del falso mesías, por medio de quien gobernará la tierra. Pero nada —ni siquiera los propósitos del infierno— opera independiente del tiempo soberano de Dios. Job confesó: "Yo conozco que todo lo puedes, y que no hay pensamiento que se esconda de ti" (Job 42:2). En Isaías 46:10, Dios declara: "Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero". Por lo tanto, el hombre de pecado no aparecerá hasta el **tiempo** predeterminado por Dios.

Dios no permitirá que el anticristo **se manifieste** hasta que todos los redimidos, a quienes Él escogió para salvación en el pasado eterno (2:13; cp. Mt. 25:34; Ef. 1:4; 2 Ti. 1:9; Ap. 13:8; 17:8), se reúnan en el reino (cp. Ro. 11:25). El mal no sobrepasará los límites que tiene decretados divinamente. El Mesías verdadero se reveló "cuando vino el cumplimiento del tiempo [y] Dios envió a su Hijo" (Gá. 4:4); el último falso mesías también **se** manifestara en el tiempo perfecto de Dios.

Aunque el anticristo puede ser detenido, el mal no se detendrá; de hecho, **ya está en acción el misterio de la iniquidad**. *Mustērion* (**misterio**) describe algo "que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos" (Ro. 16:25) y no puede conocerse a menos que Dios lo revele. El carácter verdadero de **la iniquidad** ya está en obra (cp. 1 Jn. 3:4); y "ahora han surgido muchos anticristos" (1 Jn. 2:18; cp. 4:3). El mal, las mentiras, la hipocresía, la inmoralidad, y la falsa religión impregnan el mundo y se hacen cada vez peores, de modo que cada generación es más perversa que la anterior (2 Ti. 3:13), pero la manifestación final del pecado aún está por venir. Cuando se quite la contención y el anticristo aparezca, el carácter verdadero del mal se manifestará. Debe notarse que no es solamente el hombre de pecado quien se revelará; Dios también liberará los demonios que han estado atados en el infierno para que inunden la tierra (Ap. 9:1-19).

Es importante el cambio en género del participio neutro, traducido "lo que lo detiene" en el versículo 6, al participio masculino traducido "**quien… lo detiene**". La fuerza divina y soberana que detiene en la actualidad al anticristo la ejerce una persona: el Espíritu Santo (cp. Jn. 14:26; 15:26; 16:13, donde Jesús usa el pronombre masculino con el sustantivo neutro traducido "Espíritu"). Solo Él tiene el poder sobrenatural para controlar a Satanás. El Espíritu Santo siempre ha luchado contra la maldad en el mundo. Cuando Dios se dirigió a la generación impía prediluviana, declaró: "No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre" (Gn. 6:3). Esteban lanzó esta punzante reprensión a los líderes

de Israel: "¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros" (Hch. 7:51). El Espíritu Santo también se opone al mal convenciendo "al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Jn. 16:8). Él continuará su obra de retención hasta la mitad de la tribulación. Por lo tanto, la cesación de la obra de retención del Espíritu Santo no se puede identificar con el arrebatamiento de la iglesia que ocurre tres años y medio antes, precediendo la tribulación.

La frase **quitado de en medio** no debe interpretarse en el sentido que el Espíritu será quitado del mundo. Eso es imposible, pues es omnipresente. Tampoco podría salvarse nadie en la tribulación (cp. Ap. 7:14) si no fuera por su obra regeneradora (Jn. 3:3-8; Tit. 3:5). La frase no se refiere a la remoción del Espíritu Santo en el mundo, sino a la cesación de su obra de retención.

William Hendriksen resume acertadamente la enseñanza de Pablo sobre este asunto:

> En consecuencia, el sentido de todo el pasaje (los versículos 6 y 7) parece ser este: Satanás, aunque es perfectamente consciente del hecho de que él no puede encarnarse, también quisiera imitar a la segunda persona de la Trinidad en este aspecto tanto como le sea posible. Anhela un hombre sobre el que tendrá el control completo, y quien hará su voluntad tan cabalmente como Jesús lo hizo con la voluntad del Padre. Tendrá que ser un hombre de talentos extraordinarios. Pero hasta ahora el diablo ha visto frustrado su intento de poner en marcha su plan. Siempre hay algo o alguien que "detiene" al hombre de pecado engañador. Por supuesto, esto ocurre bajo la dirección de Dios. Por tanto, por ahora, *lo peor* que puede hacer Satanás es promover el espíritu de pecado. Pero esto no lo satisface. Es como si él y su hombre de pecado aguardaran el tiempo oportuno. En el momento decretado divinamente ("a su debido tiempo"), cuando, en castigo por la decisión del ser humano de cooperar con este espíritu, el "quien" y el "lo que" que ahora detiene a Satanás será retirado, él comenzará a ejecutar sus planes (*New Testament Commentary: Exposition of Thessalonians, Timothy and Titus* [Comentario del Nuevo Testamento: Exposición de tesalonicenses, Timoteo y Tito] [Grand Rapids: Baker, 1981], pp. 182-183. Cursivas en el original).

Romanos 1:18-25 nos da un ejemplo histórico claro y repetido sobre la retirada de la contención para que el pecado se desate:

> *Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.*

Las tres declaraciones según las cuales "Dios los entregó" (vv. 24, 26, 28) describen la retirada de la contención divina y el diluvio de inmoralidad, homosexualidad y pensamiento y comportamiento pervertido que ahoga a quienes así son juzgados (cp. Sal. 81:11-12; Pr. 1:23-31; Os. 4:17).

Por tercera vez en este pasaje (cp. vv. 3, 6), Pablo indica que **se manifestará aquel inicuo** cuando el Espíritu cese de retener. El anticristo expondrá las profundidades de su naturaleza maligna profanando el templo y proclamando ser Dios. Los juicios de Dios, cuyo comienzo será en la primera mitad de la tribulación, se intensificarán dramáticamente cuando el día del Señor llegue con toda su furia de juicio (cp. Ap. 4—19). Pero el reino de terror del anticristo tendrá una vida corta.

SU DESTRUCCIÓN

a quien el Señor matará con el espíritu de su boca, y destruirá con el resplandor de su venida; (2:8*b*)

Tal como el anticristo se revelará en el tiempo señalado por Dios, el tiempo de su destrucción también está ordenado divinamente. En la cima de su poder, cuando parezca invencible, llegará a su fin. Daniel 7:26 dice: "Le quitarán su dominio para que sea destruido y arruinado hasta el fin". Daniel 11:45 dice que "llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude". Apocalipsis 17:11 declara que el anticristo "va a la perdición" y esa perdición está descrita gráficamente en Apocalipsis 19:20: "Y la bestia fue apresada, y con ella el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con

las cuales había engañado a los que recibieron la marca de la bestia, y habían adorado su imagen. Estos dos fueron lanzados vivos dentro de un lago de fuego que arde con azufre”.

El gobernante más poderoso e infernal en la historia humana será aplastado sin esfuerzo; **el Señor** lo **matará con el** mero **espíritu de su boca**. El término **matará** no quiere decir que el Señor dará muerte al anticristo (la NVI lo traduce “derrocará”), pues Apocalipsis 19:20 dice que aún estará vivo cuando sea arrojado al lago de fuego. Robert L. Thomas explica:

> Algunos creen que hay una discrepancia entre el destino de estos dos [la bestia (el anticristo) y el falso profeta] y el del hombre de pecado de 2 Ts. 2:8… pero la armonización de los dos relatos sobre el regreso de Cristo es muy fácil. El verbo *anelei*, “matará”, usado por Pablo [en 2 Ts. 2:8] no significa necesariamente muerte física. También puede referirse a la relegación al lago de fuego porque la fuerza literal de… *anaireō* [la raíz de *anelei*] es “terminaré con” (*Revelation 8—22: An Exgetical Commentary* [Apocalipsis 8—22: Un comentario exegético] [Chicago: Moody, 1995], p. 397).

El concepto según el cual el Señor destruirá a sus enemigos **con el espíritu de su boca** se deriva del Antiguo Testamento. Isaías 11:4 dice que el Señor “herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío”. Isaías 30:33 añade: “Porque Tofet está preparada desde hace tiempo; está dispuesta incluso para el rey. Se ha hecho una pira de fuego profunda y ancha, con abundancia de fuego y leña; el soplo del SEÑOR la encenderá como un torrente de azufre ardiente” (NVI; cp. Os. 6:5). Apocalipsis usa una imagen similar, de una espada saliendo de la boca del Señor para destruir a sus enemigos (1:16; 2:16; 19:15, 21).

La declaración paralela **y destruirá con el resplandor de su venida** añade una dimensión ligeramente diferente sobre la destrucción del anticristo. *Katargeō* (**destruirá**) significa literalmente “hacer inoperante”, “abolir” o “hacer inefectivo”. El Señor no solo **matará** (derrocará) al anticristo, también **destruirá** su imperio. Cristo aniquilará tanto al hombre como a su empresa **con el resplandor de su venida**, una referencia a la manifestación visible de Cristo en su segunda venida (Ap. 19:11-21).

De modo que el anticristo gobernará desde la mitad de la tribulación hasta el regreso de Cristo; 1260 días (Ap. 12:6) o 42 meses (Ap. 13:5), los dos son iguales a tres años y medio (cp. Dn. 9:27). Durante ese reino breve, que acabará tan repentinamente, ejercerá un poder sin paralelo en la historia humana.

SU PODER

inicuo cuyo advenimiento es por obra de Satanás, con gran poder y señales y prodigios mentirosos, y con todo engaño de iniquidad (2:9-10*a*)

El gran poder del anticristo no será suyo, sino **por obra de Satanás**. *Energeia* (**obra**), la raíz de la palabra española “energía”, describe el poder en acción. Usualmente se refiere al poder de Dios (p. ej., Ef. 1:19; 3:7; Fil. 3:21; Col. 1:29; 2:12), pero aquí describe el poder de Satanás. El **poder y señales y prodigios mentirosos** del anticristo no serán solamente trucos engañosos, como falsificar su propia muerte y resurrección (Ap. 13:3, 12, 14; 17:8, 11), sino manifestaciones reales del poder sobrenatural de Satanás. **Poder** (milagros; cp. Mt. 7:22; 11:20-21, 23, etc.) se refiere a hechos sobrenaturales; las **señales** apuntan a quien las realiza; **prodigios** describe los resultados sorprendentes. Los milagros del anticristo revelarán su poder sobrenatural y crearán asombro, impacto y estupefacción. *Pseudos* (**mentirosos**) modifica los tres términos; los milagros, señales y prodigios del anticristo son **mentirosos**, no en el sentido de ser falsificaciones, sino en el de llevar a conclusiones falsas sobre quién es él. Harán que la gente crea la mentira que él es un ser divino y le adorarán. Juan vio que los seguidores engañados del anticristo “adoraron a la bestia, diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?” (Ap. 13:4; cp. vv. 12-15). El anticristo engañará al mundo **con todo engaño de iniquidad** a su disposición; él juntará todo el poder seductor, incontrolado y sin diluir del mal, para tentar al mundo a darle una influencia sobre este sin precedentes.

SU INFLUENCIA

para los que se pierden, (2:10*b*)

La influencia mortal, engañosa y malévola del anticristo se extenderá a **los que se pierden**. Solo los elegidos de Dios no serán parte de esto (Mt. 24:24). Los no regenerados, siendo hijos del gran mentiroso Satanás (Jn. 8:44), inevitablemente caerán en las mentiras de su emisario (cp. 1 Co. 2:14; 2 Co. 4:3-4). Satanás engañará a todo el mundo por medio de él, (Ap. 12:9); a todos los que “[recibirán] la marca de la bestia, y [adorarán] su imagen” (Ap. 19:20; cp. 2 Co. 4:4).

NO SER INCRÉDULOS

por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia. (2:10*c*-12)

Específicamente, los incrédulos serán engañados por el anticristo y perecerán porque **no recibieron el amor de la verdad para ser salvos**. La frase **el amor de la verdad** solo aparece aquí en el Nuevo Testamento y añade una idea persuasiva al argumento de Pablo. Los no regenerados no están perdidos eternamente por no haber oído o entendido la verdad, sino porque no la amaron. **La verdad** incluye “la palabra verdadera del evangelio” (Col. 1:5) y al Señor Jesucristo, quien es la verdad encarnada (Jn. 14:6; cp. 1:17; Ef. 4:21). Los incrédulos no reciben a Jesús ni al evangelio que Él proclamó. Su antipatía por la verdad no es intelectual sino moral, y su ceguera autoimpuesta deja a los irredentos bajo el nivel condenador del engaño satánico. Por lo tanto, no sorprende que el anticristo vaya a engañar a todo el mundo perdido.

La Biblia enseña claramente que quienes van al infierno lo hacen por haber rechazado la verdad. Jesús, hablando del rechazo de Jerusalén a la verdad, se lamentó así: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!” (Mt. 23:37). Juan 3:19-20 dice: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas”. Jesús declaró a los judíos incrédulos: “Ni tenéis su palabra morando en vosotros; porque a quien él envió, vosotros no creéis. Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y no queréis venir a mí para que tengáis vida (Jn. 5:38-40)”. Después reiteró esa verdad en el Evangelio de Juan:

> *Por eso os dije que moriréis en vuestros pecados; porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis… Y a mí, porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me redarguye de pecado? Pues si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios (Jn. 8:24, 45-47).*

Los no redimidos “no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts. 1:8) porque **no recibieron el amor de la verdad**. Escogieron voluntariamente amar su pecado, creer las mentiras de Satanás y odiar el evangelio y al Señor Jesucristo. Eran como los líderes judíos descritos en Juan 12:42-43, quienes “creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios”. En Mateo 10:37 Jesús enseñó que la salvación requiere amarlo sobre todas las cosas: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”.

La realidad aterradora es que Dios decidirá el destino de quienes odian el evangelio enviando **un poder engañoso, para que crean la mentira**. Como ya se indicó arriba, aunque el anticristo engañará a las personas con falsos milagros, señales y prodigios de poder satánico, su engaño solo tendrá éxito porque se ajusta al propósito soberano de Dios. Sentenciará a los incrédulos a aceptar el mal como si fuera bueno y las mentiras como si fueran la verdad. Quienes escogen continuamente la falsedad, quedarán completamente atrapados en ella. En palabras de Proverbios 5:22, “prenderán al impío sus propias iniquidades, y retenido será con las cuerdas de su pecado”. Serán abandonados por Dios a las consecuencias de su elección por haber rechazado el evangelio.

La historia del faraón es un recordatorio sombrío de que Dios endurece los corazones de quienes insisten en endurecer su corazón contra la verdad. Dios endureció el corazón del faraón porque él endureció su corazón (Éx. 8:15, 32; 9:34; 1 S. 6:6), y se quedó en un sendero del cual no pudo salir nunca (Éx. 4:21; 7:3; 9:12; 10:1, 20, 27; 11:10; 14:4, 8).

En Isaías 6:9-10, un pasaje que se suele citar en el Nuevo Testamento (Mt. 13:14-15; Mr. 4:12; Lc. 8:10; Jn. 12:40; Hch. 28:26-27; Ro. 11:8), Dios dijo a Isaías: “Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad”. Dios dijo a Isaías que, en su soberanía, Él evitaría que quienes rechazan la verdad con el corazón endurecido respondan a la predicación. Igualmente, Jesús no solo habló en parábolas para revelar la verdad espiritual a los creyentes, sino para esconderla en juicio a los incrédulos (Mt. 13:11-13; Lc. 8:10). Viene un día en que quienes rechazan con persistencia la verdad serán incapaces de creerla; Dios endurecerá sus corazones y se quedarán en el sendero que escogieron.

El uso de Satanás y el anticristo como instrumentos del juicio divino tiene un paralelo en el Antiguo Testamento. Dios pronunció juicio sobre el malvado rey Acab por medio del profeta Micaías:

> *—Por lo tanto, oiga usted la palabra del SEÑOR: Vi al SEÑOR sentado en su trono con todo el ejército del cielo*

alrededor de él, a su derecha y a su izquierda. Y el SEÑOR dijo: "¿Quién seducirá a Acab para que ataque a Ramot de Galaad y vaya a morir allí?". Uno sugería una cosa, y otro sugería otra. Por último, un espíritu se adelantó, se puso delante del SEÑOR y dijo: "Yo lo seduciré". "¿Por qué medios?", preguntó el SEÑOR. Y aquel espíritu respondió: "Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas". Entonces el SEÑOR ordenó: "Ve y hazlo así, que tendrás éxito en seducirlo". Así que ahora el SEÑOR ha puesto un espíritu mentiroso en la boca de todos esos profetas de Su Majestad. El SEÑOR ha decretado para usted la calamidad (1 R. 22:19-23, NVI).

Por la rebelión e infidelidad de Acab, Dios permitió que Satanás lo engañara por medio de falsos profetas. En el futuro, Dios usará de nuevo a Satanás como instrumento de su juicio, **para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia**. Por medio del anticristo y el falso profeta, Satanás engañará al mundo haciéndole creer la mentira de que el anticristo es Dios. Los incrédulos sostendrán esa creencia porque eligieron no amar la verdad, **sino que se complacieron en la injusticia**.

Como indicamos antes, Romanos 1 también ilustra el abandono de Dios en juicio a los pecadores no arrepentidos: "Habiendo conocido a Dios [vv. 19-20], no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido" (v. 21). Por esa causa, el pasaje declara tres veces que "Dios los entregó" (vv. 24, 26, 28) a las consecuencias de sus propias elecciones pecaminosas (vv. 24-28; cp. Gn. 6:3; Jue. 10:13; 2 Cr. 15:2; 24:20; Mt. 15:14; Hch. 7:38-42; 14:16).

NO SER INSEGUROS

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. (2:13-14)

La quinta exhortación de Pablo para eliminar el miedo al futuro es entender la gran doctrina de la salvación. Con pocas palabras, el apóstol lleva al lector a través de la inmensidad del plan redentor de Dios para afirmar la seguridad de los creyentes en ese plan. De nuevo, la intención de Pablo no es pedagógica sino pastoral. Los que rechazan la verdad de que los creyentes están eternamente seguros no pueden ver el futuro con la esperanza confiada en la venida de Cristo. Creer que los cristianos que tienen pecados no confesados cuando el Señor regrese irán al infierno solo puede generar temor y miedo; sobre todo porque la perfección sin pecado en esta vida no es alcanzable (1 R. 8:46; Sal. 143:2; Pr. 20:9; Ec. 7:20; 1 Jn. 1:8, 10).

Pero los tesalonicenses no necesitaban temer que habían perdido o podían perder la salvación, porque la elección de Dios por ellos era irrevocable. La salvación comenzó con la elección amorosa de Dios en el pasado eterno y continuará hasta la glorificación futura (Ro. 8:29-30). Jesús recalcó la imposibilidad completa de que alguno de los elegidos de Dios se perdiera alguna vez:

Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera… Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero… Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero (Jn. 6:37, 39-40, 44).

Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre (Jn. 10:27-29).

Tal verdad gloriosa hizo que Pablo diera **siempre gracias a Dios respecto a** los tesalonicenses, sabiendo que eran **hermanos amados por el Señor**. En contraste con los no redimidos, que rechazan el amor y la obediencia a la verdad, son quienes voluntariamente hacen estas dos cosas; en contraste con quienes Dios juzga, están los que Él redime; en contraste con los que creen las mentiras de Satanás, están quienes creen la verdad de Dios; en contraste con quienes siguen al anticristo, están quienes siguen a Cristo.

La obra de salvación de Dios comenzó con su amor soberano, inmerecido y no influenciable. Tal amor fue la base para su elección de los creyentes (Ef. 1:4-5). Su amor en la elección no está condicionado a ningún mérito de sus receptores, como recordó Moisés a Israel: "El SEÑOR se encariñó contigo y te eligió, aunque no eras el pueblo más numeroso sino el más insignificante de todos" (Dt. 7:7, NVI).

La elección soberana de los creyentes fluye del amor predeterminado de Dios, a quien Él ha **escogido desde el principio para salvación**. “Nos escogió en él antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4); Él “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti. 1:9). Los redimidos son aquellos cuyos nombres “estaban escritos en el libro de la vida del Cordero que fue inmolado” (Ap. 13:8; cp. 17:8). Por esa razón, el Nuevo Testamento se refiere comúnmente a los creyentes como los “escogidos” (Mt. 22:14; 24:22, 24, 31; Mr. 13:20, 22, 27; Lc. 18:7; Ro. 8:33; Ro. 11:7; Col. 3:12; 2 Ti. 2:10; Tit. 1:1; 1 P. 1:1).

La doctrina del amor soberano y elector de Dios tiene varios beneficios prácticos. Aplasta el orgullo humano (Tit. 3:5), pues Dios recibe todo el mérito por la salvación. Exalta a Dios (Sal. 115:1), por cuanto Él recibe alabanza por su amor. Produce gozo (1 P. 1:1-2, 6, 8), por cuanto los creyentes se regocijan en su salvación. Concede privilegios inimaginables (Ef. 1:3). Promueve la santidad en las vidas de los elegidos (Col. 3:12-13). Por último, lo más relevante para el propósito de Pablo, da seguridad (Fil. 1:6).

La elección soberana de Dios de los creyentes se hace vigente en sus vidas **mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad**. **Santificación** es la obra del **Espíritu** que separa a los creyentes del pecado y los une a la justicia (cp. Ro. 15:16; 1 Co. 6:11; 1 P. 1:2). Este milagro comienza con la salvación e incluye la transformación total, de forma tal que el creyente nace de nuevo (Jn. 3:3-8) y se convierte en una nueva criatura (2 Co. 5:17; Gá. 6:15). Por supuesto, **la santificación** que comienza en la regeneración no implica que los creyentes no pecan (véase la explicación anterior). Pero sí asegura que quienes fueron apartados del pecado para Dios llevarán vidas de santificación progresiva, de santidad creciente hacia la semejanza de Cristo (Jn. 17:17; Ro. 6:1-22; 2 Co. 3:18; Gá. 5:16-25; Fil. 3:12; Col. 3:9-20; 1 Ts. 4:3-4; 5:23; 1 P. 1:14-16; 1 Jn. 3:4-10).

El factor humano en la elección y la regeneración amorosas y soberanas de Dios es **la fe en la verdad**. La salvación es “por gracia… por medio de la fe” (Ef. 2:8). Quienes creen en el Señor Jesucristo serán salvos (Hch. 16:31). Pablo escribió a los romanos: “Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación” (Ro. 10:9-10). La verdad de la salvación por fe en el evangelio verdadero impregna todo el Nuevo Testamento (p. ej., Mr. 1:15; Jn. 1:12; 3:15-16, 36; 5:24; 6:40, 47; Hch. 10:43; Ro. 1:16; 1 Ti. 1:16; 2 Ti. 3:15; 1 P. 9; 1 Jn. 5:1). El Espíritu regenera a quienes oyen y creen la verdad concediéndoles arrepentimiento (Hch. 11:18; 2 Ti. 2:25) y el don de la fe (Ef. 2:8-9).

El elemento siguiente en el plan redentor de Dios es cronológicamente anterior al tercero. La declaración del apóstol “**a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio**” se refiere, como ocurre siempre con las epístolas neotestamentarias, al llamado eficaz de Dios para la salvación de los creyentes (p. ej., Ro. 1:6-7; 1 Co. 1:2, 9, 24, 26; Gá. 1:6; Ef. 4:1, 4). El llamado misericordioso del Espíritu Santo es irresistible (Ro. 8:30); el evangelio no son solo palabras, sino “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro. 1:16).

Todas esas realidades del evangelio llevan a la meta final del plan redentor de Dios: que los creyentes alcancen **la gloria de nuestro Señor Jesucristo** (cp. 1:10, 12). Esa declaración firme de la seguridad de la salvación revela que Dios amó, escogió, llamó y transformó a los creyentes con el propósito de reflejar eternamente la gloria de Cristo en ellos y por medio de ellos (cp. 1 Jn. 3:1-2; Ro. 8:29; 1 Co. 15:42-49; Fil. 3:21). Dado que ningún propósito de sus propósitos se puede frustrar (Job 42:2), nada puede separar a los creyentes de su amor salvador (Ro. 8:35-39).

Con base en este esquema soberano, no había necesidad de que los tesalonicenses estuvieran inseguros sobre la salvación, preocupados por el regreso del Señor o temerosos de estar en el día del juicio de los impíos. Ellos, como todos los creyentes, no estaban destinados al juicio, sino a la gloria, porque “no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Ts. 5:9).

NO SER DÉBILES

Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra. Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra. (2:15-17)

Pablo concluyó su explicación con una sexta exhortación a los tesalonicenses: estar **firmes, y** retener **la doctrina que** habían **aprendido, sea por palabra, o por carta** de Pablo y sus compañeros (cp. 1 Ts. 3:8). Dio exhortaciones similares a los corintios (1 Co. 15:58; 16:13), a los efesios (Ef. 6:11, 13-14) y a los filipenses (Fil. 4:1). No quería que los tesalonicenses fueran débiles o vacilantes, sino que conservaran su firmeza espiritual y mantuvieran su control sobre la verdad. Específicamente, el apóstol los urgió a retener **la doctrina que** habían **aprendido**. Con el paso de los siglos, el concepto de tradición se ha cargado con mucho bagaje cultural y eclesial. Pero Pablo no tenía en mente un cuerpo de tradición extra-bíblica que igualara la revelación de Dios en las Escrituras; de hecho, la Biblia condena esta tradición

humana (Is. 29:13; Mt. 15:3, 6; Mr. 7:8-9, 13; Col. 2:8). La palabra griega traducida **tradiciones** significa literalmente “cosas heredadas” y aquí se refiere a la revelación divina (cp. 3:6; 1 Co. 11:2), **sea** dada **por palabra, o por carta nuestra**. Los tesalonicenses debían retener lo que Dios les había legado, oralmente y por escrito, a través de Pablo y los otros apóstoles. Los creyentes deben aferrarse a “la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Jud. 3; cp. 1 Ti. 6:20; 2 Ti. 1:14).

Como hizo en su primera epístola (1 Ts. 3:11-13) y lo haría con frecuencia en sus epístolas posteriores a otras iglesias (p. ej., Ro. 16:25-27; 1 Co. 16:23), Pablo dio una bendición y oró pidiendo que Dios consolara y fortaleciera a la iglesia. Pablo entendía que ellos no podían obedecer su exhortación con sus propias fuerzas, sino que necesitaban depender del poder de Dios. Él expresó esa perspectiva equilibrada de la vida cristiana cuando escribió a los tesalonicenses: “Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (Col. 1:29; cp. 1 Co. 15:10).

El pronombre que se traduce **el mismo** está en posición enfática en el texto griego, que podría traducirse “Y que el mismísimo Señor Jesucristo nuestro y Dios nuestro Padre”. El pronombre gobierna tanto al **Señor Jesucristo** como a **Dios nuestro Padre**, luego los dos se consideran fuente de consuelo. Eso proporciona evidencia poderosa de la deidad de Cristo; es completamente igual con el Padre en su persona, poder y respeto.

Jesús y el Padre amaron a los creyentes por toda la eternidad. Por causa de ese amor, que concedió a los creyentes de forma permanente e irrevocable **consolación eterna y buena esperanza por gracia** en la salvación, el apóstol oró para que **Jesucristo** y **Dios Padre** confortaran los **corazones** de los tesalonicenses y los confirmaran **en toda buena palabra y obra** por la promesa inconmovible de la gloria futura.

Cuando los creyentes anticipan el regreso de Jesucristo por los suyos, no deben dejarse engañar, ser olvidadizos, ignorantes, incrédulos, inseguros o débiles. Ellos no experimentarán el juicio terrible del día del Señor, porque su salvación está asegurada. Dios los amó, los escogió, los redimió y los glorificará. Por eso, ellos deben ser fuertes y valientes, “aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13).

6. ¿Qué desea un pastor para su rebaño?

Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe. Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal. Y tenemos confianza respecto a vosotros en el Señor, en que hacéis y haréis lo que os hemos mandado. Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo. (3:1-5)

Ser un pastor es el llamamiento más alto para un hombre de Dios, no solo en privilegio, sino en obligación. Por eso, cualquiera que predique y enseñe la Palabra y se ofrezca para pastorear el rebaño de Dios debe satisfacer las más elevadas normas divinas. El deber de la iglesia es evaluar a sus pastores según esas normas, definidas con claridad y precisión en las Escrituras, y cuidar de que las cumplan. En un mandamiento que aplica a todos los pastores, Jesús dijo a Pedro: "Apacienta mis ovejas" (Jn. 21:17). En los primeros días de la iglesia, los doce apóstoles determinaron: "Nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra" (Hch. 6:4). Pablo, señalando su propio ejemplo, exhortó a los ancianos efesios con respecto a las serias y completas responsabilidades que tenían como pastores de la iglesia de Dios: "Porque no he rehuido anunciaros todo el consejo de Dios. Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre" (Hch. 20:27-28). Pablo y Pedro establecieron los requisitos de Dios para pastorear su rebaño (1 Ti. 3:1-7; 4:6-11; 2 Ti. 3:16—4:5; Tit. 1:5-9; 1 P. 5:1-4; cp. He. 13:7, 17).

Las Escrituras son igual de claras cuando determinan los deberes y responsabilidades de los cristianos para con sus pastores. En su primera carta a los tesalonicenses, Pablo los instruyó sobre estas cosas: "Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que trabajan entre vosotros, y os presiden en el Señor, y os amonestan; y que los tengáis en mucha estima y amor por causa de su obra. Tened paz entre vosotros" (5:12-13; véase la explicación de estos versículos en el capítulo 14 de *1 Tesalonicenses*, Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]). Los creyentes deben obedecer esta admonición de modo que sus pastores puedan hacer su obra "con alegría, y no quejándose, porque esto no os es provechoso [para el rebaño]" (He. 13:17*b*). Cuando pastor e iglesia cumplen el uno con el otro las responsabilidades mandadas en las Escrituras, Dios bendice la iglesia y la hace fuerte, eficaz y gozosa.

Este texto proporciona ideas adicionales, directamente del corazón de Pablo, sobre lo que cualquier pastor dedicado y fiel espera de su iglesia. El apóstol estableció cuatro deseos fundamentales y obvios que pedía a los tesalonicenses: que ellos oraran por él, que confiaran en el Señor, que obedecieran las enseñanzas de Pablo reveladas divinamente, y que crecieran espiritualmente.

LOS PASTORES DESEAN LAS ORACIONES DE SU IGLESIA

Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe. (3:1-2)

Pablo era inigualable como ministro de Dios eficaz y talentoso. Sus habilidades naturales eran inmensas: tenía la mejor educación rabínica; era un pensador y comunicador brillante, lógico y persuasivo; era perceptivo espiritualmente y poseía amplia experiencia en misiones y siembra de iglesias. Pero ninguna de esas cualidades era la razón de su eficacia. Pablo testificó a los colosenses: "Con este fin trabajo y lucho fortalecido por el poder de Cristo que obra en mí" (Col. 1:29, NVI). No se confiaba en la carne; sabía que cualquiera fuera el éxito del ministro, se debía al poder de Dios que obraba en su vida; poder que daba energía a su talento natural para tener impacto sobrenatural (cp. Gá. 2:20). Con frecuencia pedía a sus ovejas que oraran por él, pues dependía del Señor en cada aspecto de su ministerio (Ro. 15:20-32; Ef. 6:19-20; Col. 4:3; 1 Ts. 5:25; Flm. 22; cp. 2 Co. 1:11; Fil. 1:19).

Pablo oró fielmente por los tesalonicenses (1 Ts. 1:2; 2:13; 3:9-13; 5:23, 28; 2 Ts. 1:11; 2:16-17; 3:16, 18) y por todos los demás a los que ministró (Ro. 1:9-10; 10:1; 2 Co. 13:7, 9; Ef. 1:16, 18; Fil. 1:4, 9; Col. 1:3, 9; 2 Ti. 1:3; Flm. 4, 6), pero igualmente necesitaba sus oraciones. Con frecuencia enfrentaba dificultad, peligro y soledad en sus viajes (Hch. 9:23-25; 13:50; 14:4-6; 16:16-34; 17:1-9, 14; 19:13-41; 27:26-44; 28:1-10; 1 Co. 4:8-13; 2 Co. 4:8-12; 6:4-10; 11:22-33; 2 Ti. 3:11). Tenía que sostenerse solo (Hch. 20:33-35; 2 Co. 11:9; 2 Ts. 3:7-9) o bien dependía de la ayuda de otros (1 Co. 9:7-11; Gá. 6:6; cp. 1 Ti. 5:17-18). A menudo predicaba a audiencias que no querían oírlo y en lugares donde no lo

habían invitado (Hch. 17:16-34; 26:24-32). Dependía del poder de Dios para fortalecerlo y sustentarlo (1 Co. 2:1-16; 2 Co. 4:1-15; 6:3-10; 10:7-18; 12:7-10; Fil. 3:7-14; Col. 1:24-29; 1 Ti. 1:12-17; cp. Hch. 16:6-10; 18:9-11; 23:11; 27:22-26), y sabía que las oraciones de los creyentes ante el trono de Dios abrían ese poder divino por medio de él.

Por lo demás (*loipos*) puede tener el sentido de finalidad, pero literalmente quiere decir "en cuanto al resto" o "además de eso" (p. ej., 1 Co. 1:16). Pablo usó el mismo término en Filipenses 3:1 y 1 Tesalonicenses 4:1 y en ninguno de los casos estaba listo para concluir la epístola; simplemente estaba haciendo una transición ("además de eso… esto"). En varios usos de la palabra, marca la transición del contenido doctrinal al contenido práctico, como lo hace aquí. Con esta, Pablo marcó su cambio de tema de la escatología a los asuntos de santificación práctica.

Primero, invitó a los **hermanos** tesalonicenses a orar **por** sus compañeros de trabajo y por él (**nosotros**). **Orad** está en tiempo presente (*proseuchesthe*), lo cual quiere decir que pedía a los tesalonicenses "orar continuamente" o "hacer de la oración un hábito constante" en las vidas de ellos (cp. 1 Ts. 5:17 y la explicación de ese versículo en el capítulo 16 de *1 Tesalonicenses,* Comentario MacArthur del Nuevo Testamento [Grand Rapids: Portavoz, 2012]). Su uso de la preposición **por** (*peri,* en la frase **orad por nosotros**) en realidad quiere decir "al respecto", "sobre", "con referencia a"; así, Pablo pidió que ellos recordaran las necesidades de él en sus oraciones e intercesiones continuas. Aun con su influencia, éxito, respeto y fama, esta petición demostró su mansedumbre y humildad. El que sin lugar a discusión era el más fuerte de los líderes espirituales pedía oración de creyentes nuevos (cp. 1 Co. 2:1-5; 2 Co. 10:12-17; 1 Ti. 1:12-17). También mostró esto su confianza en el poder inherente de la oración (Ef. 3:14, 20; Fil. 4:6; 1 Ti. 2:8). La petición de Pablo es un buen recordatorio de que incluso los creyentes más nuevos tienen el privilegio, en el Espíritu, por medio de la oración, de participar en la liberación del poder de Dios (cp. Ef. 2:18; He. 10:19) para los siervos de Dios más experimentados y fuertes.

La primera petición específica de Pablo fue por el éxito de su mensaje, que identificó como **la palabra del Señor**. Los escritores inspirados del Antiguo y Nuevo Testamentos usaron la frase una y otra vez para referirse a la revelación divina (p. ej., Gn. 15:1, 4; Nm. 3:16; 36:5; Dt. 5:5; Jos. 8:8; 1 S. 3:7, 21; 1 R. 6:11; 12:24; 2 R. 7:1; 1 Cr. 11:3; Esd. 1:1; Sal. 18:30; Is. 1:10; Jer. 1:4; Dn. 9:2; Os. 4:1; Mal. 1:1; Hch. 11:16; 1 P. 1:25). Los escritores del Nuevo Testamento la asociaron más frecuentemente con el evangelio (cp. Hch. 8:14, 25; 13:5, 44, 46, 48-49; 15:35-36; 16:32; 19:10, 20). **La palabra del Señor** viene primero como las buenas noticias de la salvación, las cuales, cuando se creen, ofrecen más comprensión de la revelación divina mediante las Escrituras. La pasión de Pablo era que el evangelio de la salvación corriera y fuera glorificado. Que él escribiera esto a los tesalonicenses desde Corinto, donde había gran hostilidad y oposición manifiesta a la predicación de Pablo (cp. Hch. 18:4-6), revelaba su gran pasión por el evangelio.

Corra (*trechō*) significa literalmente "avanzar" o "progresar" (cp. Sal. 147:15; Hch. 19:20). Pablo quería que ellos oraran por que la Palabra avanzara como un corredor fuerte, que se adelanta sin obstáculos ni dificultades para llegar a nuevos terrenos. Esa preocupación siempre estuvo en su corazón porque vivió para la predicación exitosa del evangelio (Hch. 20:24; 26:19; Ro. 1:15-17; 10:1; 15:20-21; 1 Co. 1:17; 2 Co. 2:17; 5:18-20; Fil. 1:15-18; 2 Ti. 1:8-12; Tit. 1:1-3; cp. Gá. 6:14). Después escribiría a los efesios: "[Oren] por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio" (Ef. 6:19; cp. Col. 4:2-4).

Sea glorificada (*doxazō*), cuyo significado es "ser alabada, honrada y exaltada", expresa el deseo del apóstol de que el evangelio se reciba con el respeto apropiado, que el pueblo lo acepte y afirme como la verdad salvadora de Dios. La predicación de Pablo en Antioquía de Pisidia (Hch. 13:44-49) presenta una descripción de lo que él deseaba con respecto a la aceptación del evangelio:

> *El siguiente día de reposo se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos, y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando. Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna. Y la palabra del Señor se difundía por toda aquella provincia (cp. 16:11-15, 28-34; 17:11-12; 19:18-20).*

Pablo sabía que algunos como los judíos de Antioquía de Pisidia repudiarían y blasfemarían del evangelio. Pero también sabía que mucho más aceptarían la fe, como lo hicieron los gentiles y como lo hicieron los tesalonicenses y algunos judíos en Tesalónica (Hch. 17:1-4). Pablo quería que los tesalonicenses oraran para que lo mismo ocurriera otra vez, y como si quisiera alentarlos a que tal recepción del evangelio era posible de nuevo, añadió: "**así como lo fue entre vosotros**". En la predicación inicial del evangelio en Tesalónica creyeron tanto los judíos como los gentiles. Solo fue poco después, cuando más y más gentiles creyeron, que algunos judíos incrédulos se opusieron violentamente a lo que estaba sucediendo (vv. 5-9). Pero en general, los tesalonicenses habían tenido una respuesta positiva al evangelio (1 Ts.

1:5-9) y Pablo anhelaba que esto ocurriera entre los otros pueblos de otros lugares (cp. 1 Ti. 2:3-4).

Segundo, Pablo pidió a los tesalonicenses orar por la seguridad de los mensajeros del evangelio (cp. Ro. 15:30-31). Como ya observamos en el libro de Hechos (véase también 18:12-17), él enfrentaba hostilidad constante en su ministerio. Por eso, les pidió orar por librarse **de hombres perversos y malos**. El apóstol no se preocupaba tan solo por su propia preservación o comodidad y seguridad personal (2 Co. 4:7-12; 11:22-33; Fil. 1:19-30; 3:7-14; Col. 1:24-29); sino que deseaba que Dios lo protegiera cuando ministraba (cp. 2 Co. 1:8-10); de otra forma, las personas no oirían su mensaje.

Pablo identificó a los **hombres perversos y malos** como la fuente del peligro. **Perversos** (*atopos*) significa literalmente "fuera de lugar" y denota aquello que se vuelve inapropiado (cp. Lc. 23:41; Hch. 25:5; 28:6). Aquí se refiere a hombres que eran inapropiados, que estaban injustificadamente fuera de lugar, que eran injustos o, como los describió un autor, "moralmente locos". Como si Pablo quisiera subrayar cuán peligrosos eran, continuó su descripción llamándolos **malos** (*ponēros*), cuyo significado es "malignos" o "agresivamente impíos". Él deseaba liberación de las amenazas y del poder de tales enemigos del evangelio, a quienes Satanás usaba para evitar que sus compañeros y él predicaran el mensaje de la salvación (cp. 1 Ts. 2:18).

Es probable que los santos pensaran que, como ellos habían recibido el evangelio con tanta avidez, tal respuesta positiva era normal en todos los que oían el mensaje. Pero su aceptación estaba lejos del patrón de muchos (Hch. 14:4-6; 16:16-24, 37-40; cp. Mt. 19:16-22; Lc. 4:28-30; Jn. 6:60-66; 7:1-5, 40-44; 8:48-59:10:22-39; Hch. 4:1-21; 5:17-41; 7:54—8:3; 12:1-4), de modo que Pablo los previno **porque no es de todos la fe**. Algunos insertan el artículo definido, "**porque no es de todos *la* fe**" para hacer que **fe** se refiera al contenido de la fe cristiana. Pero, más probablemente, la frase signifique que no todos *creen* el evangelio. Sin embargo, en cualquier caso la idea de Pablo es la misma: **no es de todos** creer y quienes rechazan pueden ser hostiles al evangelio. Por ello, Pablo llamó a la oración a los tesalonicenses para que cuando él y sus compañeros predicaran **la palabra** del evangelio, esta avanzara triunfante, sin dificultades y se le creyera.

LOS PASTORES DESEAN QUE SU IGLESIA CONFÍE EN EL SEÑOR

Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal. (3:3)

Cuando Pablo escribió esta carta estaba en Corinto, de modo que él no podía asegurar de primera mano cuán fuerte permanecería la confianza de los tesalonicenses en Dios en medio de todas las pruebas y persecuciones. Pero, sin importar las dificultades que enfrentaran, Pablo sabía que **el Señor** sería **fiel** para lograr su propósito en ellos. Hacia el final de la vida del apóstol, testificó sobre la fidelidad de Dios:

> *En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon; no les sea tomado en cuenta. Pero el Señor estuvo a mi lado, y me dio fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles oyesen. Así fui librado de la boca del león. Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén (2 Ti. 4:16-18).*

Dios es tan fiel que, en la medida que los creyentes confían en la provisión espiritual divina, siempre podrán manejar los asaltos del sistema maligno del mundo: "Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar" (1 Co. 10:13). Las Escrituras están llenas de afirmaciones adicionales sobre la fidelidad de Dios (p. ej., Dt. 7:9; Sal. 36:5; 40:10; 89:1-2, 8, 24, 33; 92:2; 119:75, 90; Is. 49:7; Lm. 3:23; 1 Co. 1:9; 1 Ts. 5:24; He. 10:23; 1 P. 4:19; 1 Jn. 1:9).

Pablo continuó diciendo a los tesalonicenses cómo expresaría Dios su amor por ellos. **Afirmará y guardará** es sinónimo de "establecerá y protegerá". Dios establecerá a los creyentes en cuanto a lo interior y los protegerá **del mal** en cuanto a lo exterior (probablemente sea una referencia a Satanás; cp. Mt. 13:19, 38; Jn. 17:15; 1 Jn. 2:13-14; 3:12; 5:18-19). El Señor llena a sus hijos con fortaleza espiritual interna (2 Co. 4:16; Ef. 3:16) mientras los protege de los ataques externos (Ef. 6:16). Judas resumió este concepto cuando escribió que Dios "es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría" (Jud. 24).

LOS PASTORES DESEAN QUE SU IGLESIA OBEDEZCA LO QUE SE LE HA ENSEÑADO

Y tenemos confianza respecto a vosotros en el Señor, en que hacéis y haréis lo que os hemos mandado. (3:4)

El tercer deseo pastoral de Pablo para los tesalonicenses era que continuaran en su patrón de obediencia a Dios. Con

base **en** lo **que** ya estaban haciendo (1 Ts. 1:3, 6-8; 3:12-13; 4:1), Pablo tenía confianza en que continuarían haciendo **lo que** él les había enseñado. Como su pastor, él había pasado mucho tiempo explicando la Palabra de Dios y por ello tenía la autoridad para mandarles obedecerla (cp. 1 Ti. 4:11).

Las Escrituras están repletas de tales mandatos de obediencia. De hecho, David describió la totalidad de la Palabra de Dios como una orden: “El mandamiento del SEÑOR es claro: da luz a los ojos” (Sal. 19:8, NVI). En la Gran Comisión, Jesús definió como mandamientos muchas de las cosas que enseñó y esperaba que sus oyentes las obedecieran: “Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mt. 28:20). Incluso en el evangelio está el mandamiento doble de arrepentirse y creer (Mr. 1:15; cp. 6:12; Mt. 3:2; 4:17; Hch. 2:38; 3:19; 17:30; 26:20). Así las cosas, es deber de los creyentes, como lo fue para la iglesia de Tesalónica, seguir con obediencia los mandamientos divinos (las Escrituras) que su pastor les da; esté o no esté él presente (cp. 2 Co. 10:1, 11; 13:2, 10; Fil. 2:12).

LOS PASTORES DESEAN QUE SU IGLESIA CREZCA ESPIRITUALMENTE

Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo. (3:5)

Pablo esperaba lo mejor de los tesalonicenses por la confianza que tenían en la fidelidad de Dios para con sus elegidos y con base en el deleite de ellos por obedecerle a Dios (1 Ts. 1:3, 6-8; 2 Ts. 1:3-4). Pero deseaba que ellos continuaran en su crecimiento espiritual, de modo que pidió que **el Señor** encaminara sus **corazones** hacia ese objetivo. **Encamine**, “enderece”, es la misma palabra (*kateuthunō*) usada en 1 Tesalonicenses 3:11 para indicar la eliminación de todos los obstáculos y estorbos cuando alguien abre un camino o carretera. Pablo no quería que el progreso espiritual se detuviera, sino que **el Señor** allanara el camino para que sus **corazones**, sus seres interiores, se dirigieran **al amor de Dios**.

La frase **de Dios** en el griego puede ser un genitivo objetivo o subjetivo: **al amor de Dios** por el creyente o el **amor** del creyente hacia Dios. La gramática griega le proporcionó a Pablo cierta ambigüedad en la expresión de modo que pudiera conllevar el sentido completo y cabal de la verdad a los tesalonicenses. Por lo tanto, en este contexto, la frase probablemente es objetiva y subjetiva. J. B. Lightfoot señaló: “Los apóstoles se permitían… vaguedad o más bien amplitud en el lenguaje, para expresar una gran verdad espiritual” (citado en Leon Morris, *The First and Second Epistles to the Thessalonians* [Primera y segunda epístolas a los Tesalonicenses], The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento] [Grand Rapids: Eerdmans, 1989], p. 249). Pablo deseaba que sus lectores penetraran cada vez con más profundidad en el amor de Dios por ellos, lo cual, a su vez, les haría amarlo cada vez más.

Segundo, el apóstol deseaba que Dios encaminara los **corazones** de los tesalonicenses para que se hicieran más fuertes en **la paciencia de Cristo**. Tal frase también contiene algo de ambigüedad en el significado. Pablo podría estar refiriéndose a **la paciencia de Cristo** (*hupomonē*, también traducido “perseverancia”) hacia los creyentes o a la paciencia de los creyentes en el poder de Cristo, a través de la entereza de ellos. Pablo quería que los tesalonicenses entendieran cada vez más cuán paciente fue Cristo con sus pecados, problemas y luchas, y que entendieran mejor las luchas del Señor, así como su entereza en las pruebas (cp. Mt. 4:1-11; 26:59-68; Lc. 22:39-53; Jn. 18:33-38; 19:1-11), de modo que tuvieran mayor fortaleza espiritual (cp. He. 2:17-18; 4:15-16). Pablo deseaba que aprendieran del ejemplo de su Salvador y avanzaran en el amor y la paciencia bajo la persecución (cp. Mt. 5:10-12; Ro. 12:12; Gá. 6:9; Ef. 6:18; Col. 1:23; 2 Ti. 3:12; He. 3:6, 14; 6:10-11, 19; 12:2-3; 1 P. 4:13).

Por eso, en este pasaje, el apóstol Pablo aporta un ejemplo excelente de preocupación pastoral genuina para que su pueblo prospere espiritualmente y contribuya con ello a la edificación y glorificación de la iglesia de Cristo. Ningún pastor de una congregación local podría pedir más de su rebaño, que oren por él, confíen en el Señor, obedezcan lo que les enseñó en la Palabra y crezcan espiritualmente.

7. El trabajo: Un deber cristiano noble

Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros. Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis. Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan. Y vosotros, hermanos, no os canséis de hacer bien. Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano. (3:6-15)

Como suele hacer Pablo en sus epístolas, regresa de las cumbres elevadas de la instrucción teológica (caps. 1 y 2) a la vida cristiana práctica y básica. Para Pablo, la teología no era un simple razonamiento abstracto, sino una verdad práctica para afectar la vida a diario. En este pasaje, él explica el asunto universalmente práctico del trabajo.

La humanidad, desde la época de Pablo hasta el presente, ha tenido una perspectiva errónea del trabajo. De hecho, nuestra sociedad muestra con orgullo su perspectiva sesgada del trabajo en la parte trasera de sus autos. “Como debo y debo, al trabajo voy”, se lee en los adhesivos de los parachoques, reflejando la perspectiva de que el trabajo es un mal necesario; tan solo la forma de pagar las deudas y tener fondos para el estilo personal de vida. Otro, exaltando la virtud de la pereza, proclama: “El trabajo me fascina: puedo sentarme a mirarlo durante horas”. Los marcos de las placas anuncian que las personas preferirían estar de pesca, volar en avión, jugar al golf, esquiar, navegar en velero, acampar, pasear en auto, cualquier cosa, excepto trabajar. En nuestra sociedad egoísta y materialista, muchas personas juegan en su trabajo y trabajan en su juego. Otros solamente trabajan para alcanzar prosperidad, éxito, fama y una jubilación temprana.

Tales perspectivas despojan al trabajo de cualquier valor intrínseco. Cuando las personas hacen un trabajo con poco valor esencial, ellas muestran desdén por el esfuerzo, solo hacen lo suficiente para que no las despidan, hacen todas las trampas que pueden, consideran que las jornadas largas y el trabajo duro son contraproducentes, mantienen su fidelidad a la oportunidad y al empleador sólo hasta que ven una oportunidad mejor, más lucrativa, y, en general, son muy indiferentes a la calidad de su trabajo.

A lo largo de toda la historia, las culturas han denigrado el valor del trabajo. Incluso en el pensamiento judío, hacer labores menores era inferior a estudiar la ley de Dios. Un rabí expresó esa perspectiva en la siguiente oración:

> Te agradezco, oh Señor, mi Dios, porque tú me has dado la suerte de poder sentarme en una casa de estudios, no con quienes se sientan en las esquinas de las calles; porque yo trabajo desde temprano y ellos trabajan desde temprano; trabajo desde temprano en las palabras de la Torá y ellos trabajan desde temprano en cosas sin trascendencia. Porque yo me canso y ellos se cansan; yo me canso y obtengo beneficio por ello, pero ellos se cansan sin beneficio alguno. Yo corro y ellos corren; corro hacia la vida de la era venidera y ellos corren hacia el pozo de la destrucción (Citado en Leland Ryken, *Work and Leisure in Christian Perspective* [Trabajo y descanso en la perspectiva cristiana] [Portland: Multnomah, 1987], pp. 65-66).

Muchos griegos y romanos cultos también consideraban de poca dignidad el trabajo manual, apropiado solo para esclavos o clases inferiores. Aristóteles declaró que ser artesano o comerciante “carece de nobleza y es hostil para la perfección del carácter” (citado en Ryken, p. 64). En este mismo sentido, Cicerón, el autor romano, escribió: “El trabajo duro del empleado contratado, a quien se le paga por su trabajo duro y no por sus habilidades artísticas, no es digno de un hombre libre y es sórdido en carácter… El comercio al por menor también es sórdido” (citado en Ryken, p. 65).

La baja perspectiva del trabajo también se abrió paso en la iglesia. Eusebio, padre de la iglesia, escribió:

> Entonces hay dos formas de vida dadas por la ley de Cristo a su iglesia. Una que está sobre la naturaleza y más

allá de la vida humana común y corriente; separada total y completamente de la vida humana tradicional, dedicada solamente al servicio de Dios… Esa, pues, es la forma perfecta de la vida cristiana (*Demostratio evangelica*, I, 8).

Para Eusebio, los cristianos de primera clase solo sirven a Dios; los cristianos de segunda clase están en empleos seculares. Esa dicotomía entre las ocupaciones sagradas y seculares alcanzó su florecimiento máximo en el monaquismo de la Edad Media. No fue sino hasta la Reforma del siglo XVI que Lutero, Calvino y los otros reformadores restauraron el trabajo a su lugar de dignidad dado por Dios.

Como cualquier otro aspecto de la vida, el trabajo considerado sin la perspectiva divina parece tener poco valor. Salomón se preguntó en Eclesiastés:

¿Qué provecho tiene el hombre de todo su trabajo con que se afana debajo del sol? (1:3).

Porque ¿qué tiene el hombre de todo su trabajo, y de la fatiga de su corazón, con que se afana debajo del sol? (2:22).

¿Qué provecho tiene el que trabaja, de aquello en que se afana? (3:9).

Este también es un gran mal, que como vino, así haya de volver. ¿Y de qué le aprovechó trabajar en vano? (5:16).

Visto desde una perspectiva puramente humana, Salomón argumentó que el trabajo era vano:

Miré yo luego todas las obras que habían hecho mis manos, y el trabajo que tomé para hacerlas; y he aquí, todo era vanidad y aflicción de espíritu, y sin provecho debajo del sol… Asimismo aborrecí todo mi trabajo que había hecho debajo del sol, el cual tendré que dejar a otro que vendrá después de mí (2:11, 18).

He visto asimismo que todo trabajo y toda excelencia de obras despierta la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y aflicción de espíritu… Está un hombre solo y sin sucesor, que no tiene hijo ni hermano; pero nunca cesa de trabajar, ni sus ojos se sacian de sus riquezas, ni se pregunta: ¿Para quién trabajo yo, y defraudo mi alma del bien? También esto es vanidad, y duro trabajo (4:4, 8).

Como salió del vientre de su madre, desnudo, así vuelve, yéndose tal como vino; y nada tiene de su trabajo para llevar en su mano. Este también es un gran mal, que como vino, así haya de volver. ¿Y de qué le aprovechó trabajar en vano? (5:15-16).

Todo el trabajo del hombre es para su boca, y con todo eso su deseo no se sacia (6:7).

Solo cuando el trabajo se ve desde la perspectiva de Dios, puede verse su valor:

No hay cosa mejor para el hombre sino que coma y beba, y que su alma se alegre en su trabajo. También he visto que esto es de la mano de Dios (2:24).

Y también que es don de Dios que todo hombre coma y beba, y goce el bien de toda su labor (3:13).

Asimismo, a todo hombre a quien Dios da riquezas y bienes, y le da también facultad para que coma de ellas, y tome su parte, y goce de su trabajo, esto es don de Dios. Porque no se acordará mucho de los días de su vida; pues Dios le llenará de alegría el corazón (5:19-20).

Sin embargo, la fe cristiana no acepta ninguna ética utilitaria del trabajo. No hay tal cosa como un trabajo secular para un cristiano; todo trabajo es un deber espiritual a hacerse para dar gloria a Dios (1 Co. 10:31). La perspectiva cristiana del trabajo afirma varias verdades.

Primera, Dios exaltó el trabajo al ponerlo como mandamiento. Suele ignorarse que el cuarto mandamiento no solo prescribe el cumplimiento del día de reposo en el séptimo día, sino el trabajo en los otros seis (Éx. 20:9). El trabajo es tan mandamiento divino como el día de reposo. La importancia está clara, dada su inclusión en el Decálogo.

Segunda, Dios nos da el ejemplo del trabajo para que todos lo sigan. Dios trabaja en la creación (Gn. 1:1), preservación (He. 1:3), providencia (1 Cr. 29:11), juicio (Hch. 17:31) y redención (Gá. 4:4-5). El Señor Jesucristo también está trabajando: en la redención de las personas (Gá. 3:13), edificando su iglesia (Mt. 16:18), intercediendo por su pueblo (Ro. 8:34) y preparando un lugar en el cielo para este (Jn. 14:1-3). De igual forma, el Espíritu Santo obra convenciendo a los pecadores (Jn. 16:8), regenerándolos (Tit. 3:5) y habitando en ellos (2 Ti. 1:14).

Tercera, el trabajo es una característica del mandato de la creación y, por tanto, es una parte normal de la existencia humana. El salmista expresó esa verdad en el Salmo 104:14: “Él hace producir el heno para las bestias, y la hierba para el servicio del hombre, sacando el pan de la tierra”. El hecho de que el hombre deba trabajar para producir comida es parte del curso natural de los acontecimientos: “Sale el hombre a su labor, y a su labranza hasta la tarde” (v. 23). El trabajo no es resultado de la maldición, pues Dios le ordenó a Adán trabajar en el huerto antes de la caída (Gn. 2:15). La caída no es el comienzo del trabajo, sino su maldición (Gn. 3:17-19), haciéndolo laborioso y doloroso.

Cuarta, el trabajo es un regalo de Dios. La ocupación del hombre le permite desarrollar su habilidad y productividad, hacer contribuciones significativas, le da valor, significado y realización en la vida. También evita la ociosidad que, como se ve claramente en la indolencia de todas las sociedades, es debilitadora y destructiva. Bien dice el dicho: “Las manos ociosas son el taller del diablo”. Dios también dio el trabajo al hombre como un medio para demostrar su imagen en él, quien por medio del trabajo provee para las necesidades de quienes están bajo su cuidado. El don divino del trabajo otorga la satisfacción de servir a las necesidades de otras personas.

Por último, la ética bíblica del trabajo afirma que toda obra puede elevarse de lo mundano y hacerse para el Señor. En Efesios 6:5-7 Pablo ordenó:

> *Siervos [empleados], obedeced a vuestros amos terrenales [empleadores] con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres.*

Algunos de los creyentes tesalonicenses no estaban viviendo de acuerdo con esta perspectiva bíblica del trabajo. Estaban causando conflictos en la iglesia por negarse a trabajar y aprovecharse del resto de la congregación. Pablo no revela cuáles eran los motivos de esas personas. Podrían estar influenciados por las perspectivas griega y judía del trabajo, indicadas anteriormente, y sentir que este era poco digno para ellos. Tal vez creyeran que no tenía sentido puesto que Cristo podría regresar en cualquier momento. O quizás solo fuera pereza (la Biblia condena la pereza en pasajes como Pr. 10:26; 12:27; 15:19; 24:30-34). Pablo no mencionó los motivos para no trabajar porque ninguno de ellos era válido; no hay excusa para quien tiene la capacidad y la oportunidad de trabajar y no lo hace.

Puesto que esta era la tercera vez que Pablo tenía que referirse al asunto (3:10; 1 Ts. 4:11-12), él confrontó directa y tajantemente a quienes se negaban con terquedad a trabajar. Este pasaje contiene seis incentivos para motivar a los que pecan de esta forma a fin de que se arrepientan y se pongan a trabajar: separación, ejemplo, supervivencia, armonía, vergüenza y amor.

SEPARACIÓN

Pero os ordenamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente, y no según la enseñanza que recibisteis de nosotros. (3:6)

Puesto que quienes se negaban a trabajar habían despreciado obstinadamente la instrucción de Pablo cuando estuvo con ellos (3:10) y su exhortación en la primera carta (4:11-12; 5:14), el apóstol emitió un mandato severo con respecto a ellos. El verbo griego que se traduce **ordenamos** está en posición enfática en la frase; Pablo no estaba sugiriendo algo, sino dando una orden. Esta orden no tenía base en su autoridad, la de Silas o la de Timoteo; era **en el nombre** del **Señor Jesucristo** y llevaba todo el peso de su autoridad. Por lo tanto, debía obedecerse instantáneamente y sin cuestionamientos.

Cuando Pablo ordenó a los tesalonicenses **que** se apartaran **de todo hermano** que se negara a trabajar, estaba instruyéndolos a evitarlos. Y no debía haber excepciones. Como ya dijimos, no hay excusa válida para que una persona capaz y con la oportunidad de trabajar esté ociosa. El verbo traducido **apartéis** es una forma del verbo *stellō* que, cuando se usa en voz media, significa “evitar”, “rehuir” o “alejarse”. Pablo mandó que el resto de la congregación se apartara y alejara de **todo hermano** ocioso.

En el contexto de Mateo 18, este es el tercer paso en el proceso de la disciplina eclesial. El primer paso es confrontar al creyente pecador en privado, el segundo es confrontarlo con dos o tres testigos presentes; el tercero es contarlo a la iglesia y sacar al culpable de la vida congregacional normal. Para quienes insistan en el pecado después de esas tres etapas, el paso cuatro es expulsarle de la comunidad (tratarlos como a incrédulos: Mt. 18:17). Puesto que un pecador

disciplinado aún debía considerarse hermano (cp. 3:15), esta separación no era la excomunión total y final del paso cuatro (a menos que no hubiera arrepentimiento).

Quienes se negaban a trabajar quedaban en la categoría de quienes andaban **desordenadamente**. En sentido militar, *ataktōs* (**desordenadamente**) se refiere a “estar fuera de las filas”, “desalineado”, “sin orden”. También se usaba en los escritos griegos extrabíblicos para referirse a aprendices que faltaban al trabajo (William Barclay, *Comentario al Nuevo Testamento* [Barcelona: Clie, 2005], p. 795). Pablo describe lo que significa andar **desordenadamente** en el versículo 11 (la única otra vez en que la palabra aparece en el Nuevo Testamento) como “no [estar] trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno”.

Tal comportamiento ocioso, perezoso y desalineado definitivamente **no** era **según la enseñanza que** los tesalonicenses habían recibido. Como indicamos en la explicación de 2:15 en el capítulo 5, **enseñanza** (lit. “algo legado”) se refiere a la revelación divina a través de los apóstoles. El concepto de un cuerpo de tradición extrabíblico que tenga la misma autoridad que las Escrituras es ajeno al Nuevo Testamento (cp. 2 Ti. 3:16-17). La **enseñanza** inspirada que habían recibido de Pablo, tanto oralmente (3:10) como por escrito (1 Ts. 4:11-12), prohibía la ociosidad. Por lo tanto, quienes se negaban a trabajar eran culpables de rechazar la Palabra de Dios.

El hecho de que los creyentes indolentes enfrentaran la disciplina de la iglesia muestra la seriedad con que Dios ve no trabajar. Puesto que los creyentes verdaderos aprecian la comunión con los otros creyentes, quedar separados de esta debe ser lo suficientemente doloroso para efectuar un cambio en su comportamiento. El paso drástico de la disciplina eclesial también era necesario para proteger la reputación externa de la iglesia. El mundo también debía saber que Dios no tolera la indolencia y la pereza.

EJEMPLO

Porque vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos; pues nosotros no anduvimos desordenadamente entre vosotros, ni comimos de balde el pan de nadie, sino que trabajamos con afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; no porque no tuviésemos derecho, sino por daros nosotros mismos un ejemplo para que nos imitaseis. (3:7-9)

El apóstol Pablo habría estado en completo acuerdo con la declaración del puritano Thomas Brooks: “El ejemplo es la retórica más poderosa” (citado en I. D. E. Thomas, *A Puritan Golden Treasury* [Carlisle: Banner of Truth, 1977], p. 96). Por eso, agrupó esta sección con la frase **Porque vosotros… que nos imitaseis.** El verbo griego usado en los dos casos para *imitar* es una forma del verbo *mimeomai*; el sustantivo relacionado es la fuente de la palabra española *mímica*. Pablo era un ejemplo a imitar por los tesalonicenses porque él imitaba al Señor Jesucristo (1 Co. 11:1). Era un modelo de predicación del evangelio (1 Ts. 1:6), de soportar el sufrimiento (2:2), de honestidad e integridad (2:3-5), humildad (2:6), amabilidad (2:7), afecto (2:8), sacrificio propio (2:8), santidad (2:10) y oración (3:10). Así como en esas áreas los tesalonicenses seguían el ejemplo de Pablo, necesitaban seguirlo en el trabajo duro (2:9).

La frase **vosotros mismos sabéis** apela al conocimiento de primera mano de los tesalonicenses sobre el comportamiento ejemplar de los misioneros (cp. 1 Ts. 2:1; 3:3; 5:2; Hch. 20:18, 34), los cuales no andaban **desordenadamente entre** la iglesia. El verbo griego traducido **ande desordenadamente** está relacionado con la palabra traducida “desordenadamente” en el versículo 6 y en el versículo 11. La laboriosidad de los misioneros estaba en contraste marcado con la indolencia perezosa de los miembros ociosos de la congregación. Para marcar ese contraste, Pablo declaró: “**Ni comimos de balde el pan de nadie**”. La frase **comimos… el pan** se refiere, en sentido metafórico, a la comida y el sustento (Gn. 3:19; 43:32; Am. 7:12; Mt. 15:2; Lc. 14:15). Aunque al parecer los misioneros se quedaron en casa de Jasón (Hch. 17:7), no comieron a expensas de él. Insistieron en pagar su propia comida y quizá su hospedaje; trabajaron **con** grande **afán y fatiga día y noche, para no ser gravosos a ninguno de** los tesalonicenses; algo que el apóstol también les había recordado en su primera epístola (1 Ts. 2:9; cp. Hch. 20:34; 1 Co. 4:12).

Pablo dejó claro que su razón para hacer trabajos manuales no era **porque** Silas, Timoteo y él **no** tuvieran **derecho** a recibir compensación por su labor intensa de predicación y enseñanza. No siempre rechazó él la ayuda de las iglesias en las que ministró. De hecho, los filipenses le enviaron dos veces una ofrenda durante su estadía en Tesalónica (cp. Fil. 4:16), y también recibió respaldo de otras iglesias cuando estaba ministrando en Corinto (2 Co. 11:8-9). En Tesalónica particularmente, escogió trabajar para que quienes se negaban a hacerlo no pudieran justificar su ociosidad señalando que él no trabajaba. En su lugar, los misioneros dignificaron el trabajo ofreciéndose como **ejemplo para que** los creyentes los imitaran.

Pablo enseñó claramente que, como apóstol y predicador, tenía el derecho a apoyo financiero completo. En Gálatas 6:6 escribió: “El que es enseñado en la palabra, haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye”. A Timoteo dio esta instrucción: “Los ancianos que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, mayormente los que trabajan en predicar y enseñar” (1 Ti. 5:17). Pero su exposición más detallada de ese principio está en 1 Corintios 9:3-14:

Contra los que me acusan, esta es mi defensa: ¿Acaso no tenemos derecho de comer y beber? ¿No tenemos derecho de traer con nosotros una hermana por mujer como también los otros apóstoles, y los hermanos del Señor, y Cefas? ¿O solo yo y Bernabé no tenemos derecho de no trabajar? ¿Quién fue jamás soldado a sus propias expensas? ¿Quién planta viña y no come de su fruto? ¿O quién apacienta el rebaño y no toma de la leche del rebaño? ¿Digo esto solo como hombre? ¿No dice esto también la ley? Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado de los bueyes, o lo dice enteramente por nosotros? Pues por nosotros se escribió; porque con esperanza debe arar el que ara, y el que trilla, con esperanza de recibir el fruto. Si nosotros sembramos entre vosotros lo espiritual, ¿es gran cosa si segáremos entre vosotros lo material? Si otros participan de este derecho sobre vosotros, ¿cuánto más nosotros? Pero no hemos usado de este derecho, sino que lo soportamos todo, por no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo. ¿No sabéis que los que trabajan en las cosas sagradas, comen del templo, y que los que sirven al altar, del altar participan? Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio.

Pablo comenzó haciendo una serie de preguntas retóricas, cada una exigía una respuesta afirmativa. Tal como él tenía el derecho a comer y beber (v. 4), a casarse (v. 5), también tenía el derecho a abstenerse de labores físicas y entregarse de lleno a la tarea difícil del ministerio (v. 6). Entonces el apóstol presentó una serie de analogías para demostrar aun más este punto (v. 7). Los soldados tienen derecho a tener sus gastos pagados; quienes plantan viñas tienen el derecho a comer del fruto que producen; quienes cuidan rebaños tienen derecho a lo que estos producen. Usando la ilustración proverbial del buey que trilla, la ley enseña que debe atenderse a quienes ministran (vv. 8-10). Quienes entregan sus vidas al ministerio, enseñanza y crecimiento de los demás tienen derecho a esperar apoyo financiero (vv. 11-14).

Puesto que Pablo, además de su ministerio, trabajó humildemente para satisfacer sus necesidades, ¿cómo podrían los demás justificar no hacerlo? Pero a pesar de todo el trabajo duro de Pablo por ser un buen ejemplo para ellos, algunos aún se resistían a trabajar. Para ellos, hacían falta unas medidas extremas.

SUPERVIVENCIA

Porque también cuando estábamos con vosotros, os ordenábamos esto: Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. (3:10)

Además del ejemplo de los misioneros, Pablo añadió una orden directa. La verdad axiomática, autoritativa y revelada divinamente de que no comieran quienes **no** quisieran **trabajar** no era nueva para los santos. El problema de ellos no era la ignorancia, **porque también cuando** los misioneros estuvieron **con** ellos, así les ordenaron. Pablo también habló sobre esto en su primera epístola (4:11; 5:14). Su argumento era simple: si las personas tienen suficiente hambre, trabajarán por la comida. En palabras de Salomón: “El alma del que trabaja, trabaja para sí, porque su boca lo estimula” (Pr. 16:26). Los creyentes que tienen la oportunidad y la capacidad de trabajar por su propia comida deben hacerlo. Quienes no lo hacen son peores que los incrédulos (1 Ti. 5:8).

Es importante señalar que Pablo se dirigió aquí a quien **no quiere trabajar**, no a quien no puede. Los creyentes individuales y la iglesia como un todo tienen la responsabilidad de ocuparse de los pobres (Mt. 6:2-3; Gá. 2:10; 1 Ti. 5:4; He. 13:16; Stg. 2:15-16; 1 Jn. 3:17). Pero ni el mundo ni la iglesia deben nada a quienes son demasiado perezosos para trabajar. Estamos acostumbrados a las “ayudas” en nuestra sociedad. Es la idea de que quienes no quieren trabajar duro tienen derecho a recibir dinero tomado de quienes sí lo hacen. Los resultados de esta cultura de quienes no quieren trabajar, sino vivir de los subsidios son visibles para todos: rupturas de familias, inmoralidad, crimen, desesperanza, carencia de sentido y amargura.

ARMONÍA

Porque oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno. A los tales mandamos y exhortamos por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan. Y vosotros, hermanos, no os canséis de hacer bien. (3:11-13)

A Pablo le había llegado la noticia de que a pesar de sus exhortaciones, en persona (3:10) y por escrito (1 Ts. 4:11-12), algunos en la congregación no estaban dispuestos a trabajar. No se sabe cómo oyó que **algunos de entre** los tesalonicenses andaban **desordenadamente**, pero de alguna forma la noticia del problema continuo, llegó a Corinto desde Tesalónica. *Ataktōs* (**desordenadamente**) es la misma palabra del versículo 6. Quienes andaban **desordenadamente, no** estaban **trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno**. Hay un juego de palabras en el griego; Pablo dice que no estaban *ergazomenous,* sino *periergazomenous*; “no ocupados, sino ocupados en la vida de los demás”. No contentos con negarse a trabajar productivamente, usaban su tiempo desocupado para ir por ahí

interfiriendo en las vidas de las demás personas de la iglesia (cp. 1 Ti. 5:13). Quienes no trabajaban eran irritantes, generando falta de unidad y discordia por ser una carga para quienes sí trabajaban. Tal cosa estaba comenzando a afectar la armonía amorosa y el testimonio eficaz de la asamblea de fe.

"**A los tales** —escribe Pablo— **mandamos** fuertemente **y exhortamos** amablemente **por nuestro Señor Jesucristo, que trabajando sosegadamente, coman su propio pan**". Un corolario del conocido concepto paulino de estar en el **Señor Jesucristo** (cp. Ro. 8:1; 16:3, 7; 1 Co. 1:30; 2 Co. 5:17) es la unidad de quienes están unidos a Él (Ro. 12:5; 1 Ts. 2:14). Para preservar esa unidad preciosa, a los miembros indolentes del rebaño se les ordenaba trabajar **sosegadamente** y comer **su propio pan**. Debían asentarse, dejar de interferir en los asuntos de los demás y comenzar a llevar vidas de trabajo constante y callado. Al hacerlo, dejarían de ser una carga y se volverían una bendición, promoviendo con ello la armonía en la iglesia.

Pablo alentó al resto de los **hermanos**, quienes estaban trabajando con fidelidad a **no** cansarse **de hacer bien** (cp. Gá. 6:9). El peligro era que se cansaran de los vagos y se volvieran indiferentes a las necesidades reales. Como indicamos arriba, el pueblo de Dios no debe ignorar su responsabilidad de cuidar a quienes están en necesidad. David escribió: "El justo tiene misericordia, y da… En todo tiempo tiene misericordia, y presta" (Sal. 37:21, 26). En el Salmo 41:1 añadió: "Bienaventurado el que piensa en el pobre" (cp. Sal. 112:9). Salomón también fue consciente de la necesidad de cuidar de los pobres: "El que da al pobre no tendrá pobreza; mas el que aparta sus ojos tendrá muchas maldiciones" (Pr. 28:27). En Isaías 58:7, Dios elogia a quienes parten su "pan con el hambriento, y a los pobres errantes [albergan] en casa". En Lucas 14:12-14 Jesús dijo:

> *Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos; no sea que ellos a su vez te vuelvan a convidar, y seas recompensado. Mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.*

Pablo recordó a los ancianos de Éfeso esto: "En todo os he enseñado que, trabajando así, se debe ayudar a los necesitados, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: Más bienaventurado es dar que recibir" (Hch. 20:35). La prescripción por la unidad de la iglesia era para que quienes no estaban trabajando, lo hicieran, y para que toda la congregación cuidara de quienes estaban en necesidad genuina. Obviamente, estaba dirigida a los hombres que tenían la responsabilidad de proveer para sus familias, mientras las mujeres estaban en la casa (cp. Tit. 2:3-5). Incluso las viudas jóvenes debían casarse con esposos que las rescataran de ser entrometidas (cp. 1 Ti. 5:11-14).

VERGÜENZA

Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ése señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. (3:14)

Como esta era la tercera vez que Pablo hablaba del asunto, si alguien se negaba a obedecer **lo que** Pablo decía en **esta carta**, estaba siendo pecaminosamente obstinado. Por eso, ordenó al resto de la asamblea a señalar a tal persona especial. Debía separarse para atender su caso con seriedad: el resto de la congregación **no** debía juntarse **con él**. El verbo compuesto doble y fuerte *sunanamignumi* (**juntéis con**) significa literalmente "mezclar con". Individual y colectivamente la iglesia debía retirar la comunión a este tipo de personas y evitarlas. Probablemente, debía negárseles el privilegio de tomar parte en la Cena del Señor. Seguramente, no se les permitiría participar de la fiesta del amor, pues alimentarlos habría aprobado y perpetuado su comportamiento indolente. La presión del aislamiento debía llevarlos al arrepentimiento.

El propósito de este tercer paso en el proceso de la disciplina eclesial (véase arriba la explicación del versículo 6) es que quienes se niegan a trabajar, se avergüencen. El verbo traducido **avergüence** es una forma del verbo *entrepō*, que literalmente significa "dejar a alguien por su cuenta". La idea es que el aislamiento de la comunidad hará que el creyente pecador reflexione sobre su condición, que vea cuán pecador recalcitrante e inicuo fue, se avergüence y cambie su comportamiento. El arrepentimiento y la restauración del miembro pecador siempre es la función de la disciplina de la iglesia.

AMOR

Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano. (3:15)

Puesto que esta no es aún la cuarta etapa (y la final) en el proceso de disciplina, los miembros fieles de la asamblea **no** deben tener al disciplinado **por enemigo** (cp. Mt. 18:17). Puesto que aún no se le había negado la comunión con los

hermanos (1 Co. 5:2), ni se le había entregado a Satanás (1 Co. 5:5; 1 Ti. 1:20), la congregación no debía tratarlo aún cual “gentil y publicano” (Mt. 18:17), sino amonestarlo **como a hermano**.

Este paso añade un equilibrio muy necesario al proceso disciplinario, notando que el motivo para disciplinar a los creyentes es el amor. Gálatas 6:1 enseña la actitud apropiada para quienes están involucrados en el proceso de disciplinar: “Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado”.

La ética de trabajo de nuestra cultura se ha erosionado, pero la ética bíblica del trabajo sigue siendo constante. Cuando los cristianos van diligentemente en pos de la vocación a la cual Dios los llamó, Él recibe honra. Por lo tanto, “todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina” (1 Ti. 6:1).

8. Oración por capacitación divina

Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera. El Señor sea con todos vosotros. La salutación es de mi propia mano, de Pablo, que es el signo en toda carta mía; así escribo. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén. (3:16-18)

Esta carta corta ha estado llena de drama. Sus tres cortos capítulos han descrito la retribución de Dios sobre los inicuos que rechazan al Señor Jesucristo y su destrucción eterna en el infierno (1:6-10). Ha explicado el juicio de Dios al mundo pecador en el día del Señor (2:1-2). También ha predicho la llegada final del anticristo, la abominación desoladora y blasfema que él cometerá y su destrucción última en el regreso de Jesucristo (2:3-12). Ha advertido sobre el engaño de los lobos disfrazados de ovejas (2:2-3) y ha reprendido a los cristianos perezosos (3:6-15). En resumen, hasta este punto ha sido una carta tempestuosa. Pero este pasaje de conclusión es como el mar en calma después de una tormenta violenta.

La iglesia de Tesalónica, tan fuerte en muchos aspectos, había estado atormentada por la persecución, las falsas doctrinas, el miedo y el pecado. En la parte principal de esta carta, Pablo dio instrucciones detalladas para lidiar con estas situaciones. Pero sabía que sin importar cuán bien entendieran ellos la información que él les había dado, no podían implementarla en sus propias fuerzas. Por eso, puntuaba periódicamente las instrucciones en esta carta con peticiones para que Dios permitiera que los creyentes la aplicaran. Después de que Pablo los instruyó sobre la venida de Cristo en juicio para destruir eternamente a los malvados (1:5-10), escribió:

> *Por lo cual asimismo oramos siempre por vosotros, para que nuestro Dios os tenga por dignos de su llamamiento, y cumpla todo propósito de bondad y toda obra de fe con su poder, para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, por la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo (1:11-12).*

Después de haber explicado el día del Señor y el auge y la caída del anticristo final (2:1-15), Pablo volvió a cerrar la sección de exhortación con una oración: "Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra" (2:16-17).

En el capítulo 3, Pablo pidió a los tesalonicenses que oraran por la eficacia de su ministerio y por protección de sus enemigos (vv. 1-2). Después los instruyó sobre la fidelidad de Dios y les urgió a continuar obedeciendo lo que les había enseñado (vv. 3-4). La sección cerró con una oración: "Y el Señor encamine vuestros corazones al amor de Dios, y a la paciencia de Cristo" (v. 5).

Los versículos 6-15 trataban el problema de quienes se negaban a trabajar y detallaban la responsabilidad de la iglesia para disciplinarlos. Luego, por cuarta vez en esta epístola, el apóstol expresó el deseo de su corazón en una oración a Dios por ellos (vv. 16-18) para que Dios fortalezca su madurez espiritual.

De (**Y**) marca la transición, en la cual Pablo pasa del mandato y la exhortación (vv. 6-15) a la bendición y la oración (vv. 16-18). Este pasaje no registra una oración, sino el deseo de su corazón que surge constantemente como un clamor por la bendición de Dios. Pide a Dios que conceda cuatro bendiciones esenciales para la madurez espiritual: paz, fortaleza, verdad y gracia.

PAZ

Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera. (3:16*a*)

La primera petición de Pablo aquí, como en sus otras cartas (cp. 2 Co. 13:11; Ef. 6:23), es por esa realidad altamente valorada, pero elusiva: la **paz**. El mundo define **paz** en el sentido de calma, tranquilidad, silencio, contentamiento y bienestar que se produce cuando todo está saliendo bien. Pero, francamente, esa definición es superficial. Un sentimiento de tranquilidad y calma se puede producir mediante mentiras, autoengaños, buena fortuna inesperada, ausencia de conflictos y problemas, biorretroalimentación, drogas y alcohol e incluso dormir bien en las noches. Tal paz es fugaz y

se destruye fácilmente. Puede hacerse añicos con la llegada de los conflictos y problemas, así como por el fracaso, la duda, el miedo, la amargura, la ira, el orgullo, las dificultades, la culpa, los lamentos, los pesares, la ansiedad por las circunstancias fuera de control, la desilusión o el maltrato de otros, las malas decisiones; en resumen, por cualquier amenaza a la seguridad personal.

Pero la verdadera **paz** espiritual es completamente diferente de la paz humana frágil, efímera y superficial. Es la confianza profunda y asentada de que entre el alma y Dios todo está bien porque Él controla soberana y amorosamente nuestra vida en el tiempo y en la eternidad. La tranquilidad calmada está basada en el conocimiento de que los pecados son perdonados, la bendición está presente, el bien es abundante incluso en los problemas y el cielo nos espera. La paz que Dios da a sus hijos amados como posesión y privilegio nada tiene que ver con las circunstancias de la vida.

Esa clase de paz tiene varias características. Primera, es divina, se deriva del **mismo Señor de paz**. El pronombre *autos* (**el mismo**) está en la primera posición enfática del texto griego. El Dios que es paz concede paz a los creyentes. Es la esencia misma de su naturaleza, uno de sus atributos. En todas las ocasiones Dios es paz perfecta, sin ninguna discordancia dentro de Él. Nunca está estresado, preocupado, ansioso, temeroso, inseguro o amenazado. Siempre está perfectamente calmado, tranquilo y contento. Debido a su omnisciencia, no hay sorpresas; debido a su inmutabilidad, no cambia; nada amenaza su soberanía, no hay dudas que hagan sombra a su sabiduría, no hay pecados que manchen su santidad. Incluso su ira es clara, controlada, calmada y confiada.

Las Escrituras dejan claro que la paz caracteriza y fluye de cada miembro de la Trinidad. “Dios de paz” es un título común para el Padre (p. ej., Jue. 6:24; Ro. 15:33; 16:20; 1 Co. 14:33; 2 Co. 13:11; Fil. 4:9; 1 Ts. 5:23; He. 13:20). En 1 Tesalonicenses 5:23 se llama al Padre “Dios de paz”; Jesucristo se llama aquí **Señor de paz**. Tomados en conjunto, los dos pasajes revelan la deidad e igualdad de Cristo con el Padre, pues los dos son la fuente de la paz. Isaías 9:6 le da el título de “Príncipe de Paz”; hablando de Cristo, Efesios 2:14 dice: “Él es nuestra paz”. El Espíritu Santo también es fuente de paz. La paz es uno de los frutos del Espíritu (Gá. 5:22); Pablo escribió en Romanos 14:17: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”.

En la obra perfectamente armoniosa de la Trinidad, el Padre decretó la paz, el Hijo la compró (cp. Hch. 10:36; Ro. 5:1; Col. 1:20) y el Espíritu Santo la entrega.

Segunda, la paz divina es un don de Dios. Le place buenamente darla a quienes le pertenecen. La bendición sacerdotal de Israel dice en parte: “El SEÑOR te muestre su favor y te conceda la paz” (Nm. 6:26, NVI). En el Salmo 29:11, David declaró: “El SEÑOR bendice a su pueblo con la paz” (NVI), mientras que el Salmo 85:8 añade que Él “hablará paz a su pueblo y a sus santos”. En Isaías 57:19 Dios promete: “Paz, paz al que está lejos y al cercano” (cp. Is. 26:3, 12). Pablo oró: “Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer” (Ro. 15:13). La paz también proviene del Señor Jesucristo, quien prometió: “La paz os dejo, mi paz os doy” (Jn. 14:27; cp. 16:33; 20:19, 21, 26). La paz es una parte tan integral del Nuevo Testamento que aparece en los saludos de todas las epístolas paulinas, así como en 1 Pedro, 2 Pedro, 2 Juan, 3 Juan, Judas y Apocalipsis.

Dios no da paz espiritual verdadera a los incrédulos, porque esta es una característica de la salvación (Ro. 15:13). Isaías 48:22 declara rotundamente: “‘No hay paz para el malvado’, dice el SEÑOR” (cp. 57:21; Jer. 6:14; 8:11; Ez. 13:10, 16). La paz que experimentan los malvados es la paz falsa de un engaño. Thomas Watson, pastor puritano, escribió:

> La paz fluye de la santificación, pero al no estar ellos regenerados, no tienen nada que ver con la paz… Pueden tener una tregua, pero no paz. Dios puede mostrar paciencia con el malvado por un tiempo, y parar el sonido de sus cañones; pero aunque haya una tregua, aun así no hay paz. El malvado puede tener algo que se parezca a la paz, pero no lo es. Pueden ser osados y estúpidos; pero hay una diferencia grande entre la consciencia estupefacta y la consciencia pacificada… Esta es la paz del diablo; mece a los hombres en la cuna de la seguridad; clama “paz, paz” cuando los hombres están en el precipicio del infierno. La paz aparente del pecador no proviene del conocimiento de su felicidad, sino de la ignorancia de su peligro (*Body of Divinity* [El cuerpo de la divinidad] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1979], p. 182).

La también tiene varios componentes. Es la paz de la presunción. Se basa en el orgullo, no en la verdad, y se deriva de pensar que se tiene algún valor ante Dios. Quienes la tienen están bajo la noción errada que Dios los aceptará porque son buenas personas. Adormila a quienes van camino al infierno en el sentido falso de que todo estará bien.

Además, la paz falsa de los enemigos de Dios separa la paz de la santidad, dos realidades que Dios ha unido. Salmo 85:10 afirma que la paz verdadera está inseparablemente ligada a la santidad cuando declara: “La justicia y la paz se besaron”. Isaías 32:17 añade: “El efecto de la justicia será paz”. Solo un tonto y engañado podría jactarse así: “Tendré paz, aunque ande en la dureza de mi corazón” (Dt. 29:19). Watson dice: “Se podría extraer tanta salud de un veneno como paz del pecado” (*Body of Divinity* [El cuerpo de la divinidad], p. 183).

Más aún, a diferencia de la paz verdadera, que se hace más fuerte con las pruebas, la paz falsa no puede sobrevivir las pruebas de la vida. Los problemas la agitan con severidad y la vuelven desespero. La paz falsa que disfrutan los incrédulos no los consolará cuando llegue el día del Señor: "Cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán" (1 Ts. 5:3).

La tercera característica de la paz divina que Dios da a los creyentes es que **siempre** está disponible. Entonces, ¿por qué ora Pablo para que los creyentes la obtengan? Porque aunque la verdadera paz siempre está disponible, puede interrumpirse. Los cristianos desobedientes o débiles pueden encontrarse con que su paz se ha perturbado por los mismos pecados, dudas, miedos, y ansiedades que destruyen la paz falsa de los no redimidos.

¿Cómo puede restaurarse la paz interrumpida de un creyente? Primero, por la confianza en Dios. En el Salmo 42:11 el salmista se preguntó: "¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío" (cp. v. 5; 43:5).

Segundo, la paz que se ha perdido por el pecado se puede restaurar por la obediencia arrepentida. Dios prometió a Israel: "Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra… yo daré paz en la tierra" (Lv. 26:3, 6). Pablo escribió a los romanos que habrá "gloria y honra y paz a todo el que hace lo bueno" (Ro. 2:10). "Si usted tiene la paz —aconsejó Thomas Watson—, hágale la guerra al pecado" (*Body of Divinity* [El cuerpo de la divinidad], p. 185).

Tercero, la paz se puede restaurar aceptando el castigo de Dios:

> *He aquí, bienaventurado es el hombre a quien Dios castiga; por tanto, no menosprecies la corrección del Todopoderoso. Porque él es quien hace la llaga, y él la vendará; Él hiere, y sus manos curan. En seis tribulaciones te librará, y en la séptima no te tocará el mal. En el hambre te salvará de la muerte, y del poder de la espada en la guerra. Del azote de la lengua serás encubierto; no temerás la destrucción cuando viniere. De la destrucción y del hambre te reirás, y no temerás de las fieras del campo; Pues aun con las piedras del campo tendrás tu pacto, y las fieras del campo estarán en paz contigo. Sabrás que hay paz en tu tienda; visitarás tu morada, y nada te faltará (Job 5:17-24).*

Cuarto, la paz se puede restaurar al caminar en el Espíritu, pues la paz es un elemento del fruto del Espíritu (Gá. 5:22).

Quinto, la paz se puede restaurar con el amor de corazón a Dios y evitando el legalismo. En Gálatas 6:26 Pablo escribió: "Y a todos los que anden conforme a esta regla [por la fe en el poder del Espíritu], paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios".

Sexto, aquellos cuya paz se ha interrumpido necesitan orar para que el Dios de paz y el Príncipe de Paz la restaure.

Un cuarto elemento de la paz divina que Dios da continuamente a los redimidos es que existe **en toda manera**. Nada en la esfera del mundo la afecta porque tiene su base en la promesa de la salvación eterna (He. 5:9), hecha por el Dios que no puede mentir (Tit. 1:2). Está anclada en que "el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo" (Fil. 1:6). Esta paz trascendente, irrompible e inexpugnable, tan completamente diferente a la paz del mundo (Jn. 14:27), estabiliza al cristiano en toda situación (cp. Fil. 4:7).

Pablo anhelaba que Dios le concediera la paz a los tesalonicenses de modo que, sin importar en qué circunstancias estuvieran, experimentaran confianza calmada y gozo inamovible en medio de las tormentas de la vida.

FORTALEZA

El Señor sea con todos vosotros. (3:16*b*)

A primera vista, esta declaración parece desconcertante: si Dios es omnipresente (cp. Sal. 139:7-12), ¿cómo no podría estar **con todos** ellos? Pero Pablo no tenía aquí en mente un sentido benigno de la presencia de Dios, sino la presencia de Dios que da el poder a los creyentes de vivir para su gloria. En el Salmo 46:1, el salmista se regocijó con esa presencia fortalecedora: "Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones". El Señor Jesucristo habló de esta presencia habilitadora en Mateo 28:20 cuando dijo: "Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". A los doce apóstoles, sorprendidos y entristecidos cuando les reveló que pronto los dejaría, les prometió:

> *Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros (Jn. 14:16-18; cp. Hch. 1:8).*

Los creyentes necesitan la presencia fortalecedora de Dios por varias razones. Primera, les permite resistir la tentación. En 1 Corintios 10:13 leemos la promesa: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar”. La fuerza de Cristo despejará el camino para que los creyentes huyan de la tentación.

Segunda, los creyentes necesitan la fortaleza de Dios para enfrentar a Satanás y sus huestes demoníacas. En Efesios 6:10-13 Pablo instruyó a los cristianos a prepararse para la guerra espiritual:

> *Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes.*

Tercera, los creyentes necesitan la fortaleza de Dios para servirle con eficacia. Pablo escribió: “Yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la operación de su poder” (Ef. 3:7). A los colosenses añadió: “Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí” (Col. 1:29). Alabó a “Cristo Jesús nuestro Señor, porque [lo] tuvo por fiel, [poniéndole] en el ministerio”. El escritor de Hebreos expresó a sus lectores el deseo de que “el Dios de paz… [los hiciera] aptos en toda obra buena para que [hicieran] su voluntad, haciendo él en [ellos] lo que es agradable delante de él” (He. 13:20-21).

Cuarta, los creyentes necesitan la fortaleza de Dios para perseverar. Pablo escribió confiadamente a Timoteo: “El Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial. A él sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (2 Ti. 4:18). Judas recordó a sus lectores que Dios “es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Jud. 24).

Quinta, los creyentes necesitan la fortaleza de Dios para soportar las pruebas. Pablo escribió en 2 Corintios 12:9-10:

> *Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo. Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.*

Sexta, los creyentes necesitan la fortaleza de Dios para evangelizar con eficiencia al mundo perdido. Jesús dijo en Hechos 1:8: “Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (cp. Mt. 28:18-20). Después de su conversión, Pablo “más se esforzaba, y confundía a los judíos que moraban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo” (Hch. 9:22; cp. 18:9-10; 2 Ti. 4:17).

La oración de Pablo en Efesios 3:16-19 resume la necesidad del poder de Dios en cada aspecto de la vida de los creyentes. Oró así:

> *Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.*

Filipenses 4:13 declara sucintamente: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Dios provee toda la fuerza necesaria para que todos los que confían en Él, le obedecen, aceptan su disciplina, caminan en el Espíritu, lo aman de corazón, viven por su Palabra y oran fielmente, le sirvan y le glorifiquen.

VERDAD

La salutación es de mi propia mano, de Pablo, que es el signo en toda carta mía; así escribo. (3:17)

Pablo interrumpe su bendición para la iglesia y la retoma en el versículo 18, para tratar otro asunto vital. Estaba profundamente preocupado con que ellos tuvieran la verdad de Dios. Puesto que él era el agente de esa verdad, no los quería confundidos con cuáles eran sus escritos auténticos; por lo tanto, decidió escribir esta **salutación** final **de** su **propia mano**.

Como indicamos en la explicación de 2:2 en el capítulo 4, los falsos maestros habían ido a Tesalónica afirmando que el día del Señor había llegado. Mostraron una carta falsa, supuestamente de Pablo, para respaldar sus mentiras. También podrían haber negado la autenticidad de su primera epístola, pues contradecía las enseñanzas falsas de ellos. Pablo dictaba normalmente sus cartas a un amanuense (cp. Ro. 16:22), de modo muy similar al que un supervisor moderno dicta una carta a su secretaria. Pero para evitar las falsificaciones y afirmar su autenticidad, al parecer firmaba personalmente cada una de ellas (1 Co. 16:21; Gá. 6:11; Col. 4:18; Flm. 19); su firma distintiva se volvió **el signo en toda carta** que él escribía.

Como ocurría con el apóstol Juan (2 Jn. 4; 3 Jn. 4), a Pablo le preocupaba profundamente la verdad. En 2 Corintios 4:2 escribió: "Antes bien renunciamos a lo oculto y vergonzoso, no andando con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino por la manifestación de la verdad recomendándonos a toda conciencia humana delante de Dios" (cp. 7:14; 12:6; 13:8). Pablo afirmó repetidamente que decía la verdad, porque sus múltiples enemigos lo solían tachar de mentiroso: "Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo" (Ro. 9:1). "Por la verdad de Cristo que está en mí, que no se me impedirá esta mi gloria en las regiones de Acaya" (2 Co. 11:10). "Para esto yo fui constituido predicador y apóstol (digo verdad en Cristo, no miento), y maestro de los gentiles en fe y verdad" (1 Ti. 2:7).

Tal como Dios es el Dios de paz y de fortaleza, también es el Dios de la verdad (Sal. 31:5; Is. 65:16; cp. 2 Cr. 15:3; Jer. 10:10; Jn. 7:28; 17:3; 1 Ts. 1:9; 1 Jn. 5:20; Ap. 6:10). Sus palabras son verdad (2 S. 7:28), es abundante en verdad (Sal. 86:15), Él es veraz aun cuando todos los hombres sean mentirosos (Ro. 3:4) y no puede mentir (Nm. 23:19; 1 S. 15:29; Tit. 1:2; He. 6:18).

El Señor Jesucristo, siendo Dios, también es la verdad. Juan 1:14 lo describe así: "Lleno de gracia y de verdad"; el versículo 17 dice: "La gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo"; en Juan 7:18 Él habló de sí mismo como "el que… es verdadero"; en las conocidas palabras de Juan 14:6, Él es "el camino, y la verdad, y la vida"; Efesios 4:21 declara que "la verdad… está en Jesús"; Apocalipsis 3:7 lo describe como "el Santo, el Verdadero"; el versículo 14 como "el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios"; y Apocalipsis 19:11 dice que Él es "Fiel y Verdadero".

El Espíritu Santo, el tercer miembro de la Trinidad, también es verdad. Juan lo llama tres veces "el Espíritu de verdad" (14:17; 15:26; 16:13), mientras que en 1 Juan 5:6 afirma que "el Espíritu es la verdad".

Pablo quería que la iglesia fuera la "columna y baluarte de la verdad" (1 Ti. 3:15). Pero para serlo debía ser capaz de diferenciar entre "el espíritu de verdad y el espíritu de error" (1 Jn. 4:6). El único punto de referencia para hacerlo es "la palabra verdadera" (Col. 1:5; 2 Ti. 2:15; Stg. 1:18), que es la razón por la cual a Pablo le preocupaba tanto guardar, proteger y asegurar la autenticidad de la revelación que Dios le dio.

GRACIA

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén. (3:18)

Pablo concluye su deseo de oración y la epístola expresando su deseo por que **todos** los que han puesto su fe en el Señor Jesucristo continúen experimentando su **gracia**. **La gracia** es la bondad y benevolencia inmerecida concedida a quienes no la merecían de ninguna manera. La gracia salvadora fue decretada por Dios (Sal. 84:11) y entregada por medio de **nuestro Señor Jesucristo** (cp. Jn. 1:17; Ro. 5:15; 1 Co. 1:4; Tit. 2:11). **La gracia** es esencial, no solo para la salvación (Hch. 15:11; 18:27; 20:24; Ro. 3:24; Gá. 1:6, 15; Ef. 1:7; 2:5, 8; 2 Ti. 1:9; Tit. 3:7), sino para la permanencia (2 Co. 12:9; cp. Pr. 3:34), servicio (Ro. 12:6; Ef. 4:7; 1 Ti. 1:12-14; 1 P. 4:10), crecimiento (Hch. 20:32; He. 13:9; 2 P. 3:18) y para ofrendar (2 Co. 8:1). Los creyentes experimentan la gracia santificadora y capacitadora de Dios obedeciendo su Palabra, soportando la disciplina, haciendo el bien, caminando en el Espíritu y orando.

Hay un misterio maravilloso en vivir la vida cristiana para la gloria de Dios. Hacerlo requiere toda la comprensión, obediencia, compromiso, dedicación y esfuerzo que los redimidos puedan dar. Pero todo eso sería inútil si no fuera por la paz, fortaleza, verdad y gracia que solo Dios otorga. Pablo muestra este equilibrio cuando escribió: "Para lo cual también trabajo, luchando según la potencia de él, la cual actúa poderosamente en mí" (Col. 1:29).

Bibliografía

Arndt, William F. y F. Wilbur Gingrich, A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature [Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y de otra literatura cristiana temprana]. Chicago: Univ. of Chicago, 1957.

Best Ernest, The First and Second Epistles to the Thessalonians [Primera y Segunda epístolas a los Tesalonicenses]. Black's New Testament Commentary [Comentario de Black al Nuevo Testamento]. Peabody: Hendrickson, 1988.

Bruce F. F. 1 & 2 Thessalonians [1 y 2 Tesalonicenses]. Word Biblical Commentary [Comentario bíblico Word]; vol. 45. Waco, Word, 1982.

Carson, D. A., Douglas J. Moo y Morris, Leon. Una introducción al Nuevo Testamento. Barcelona: Clie, 2008.

Findlay, G. G. The Epistles of Paul the Apostle to the Thessalonians [Las epístolas del apóstol Pablo a los tesalonicenses] [Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1982].

Gromacki, Robert G. New Testament Survey [Revisión del Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Baker, 1974.

Guthrie, Donald. New Testament Introduction [Introducción al Nuevo Testamento], edición revisada. Downers Grove: Intervarsity, 1990.

Harrison, Everett F. Introducción al Nuevo Testamento. Grand Rapids: Desafío, 1980.

Hendriksen, William. New Testament Commentary: Exposition of Thessalonians, Timothy, and Titus [Comentario al Nuevo Testamento: Exposición de Tesalonicenses, Timoteo y Tito]. Grand Rapids: Baker, 1981.

Hiebert, D. Edmond. An Introduction to the New Testament Volume Two: The Pauline Epistles [Introducción al Nuevo Testamento volumen dos: Las epístolas paulinas]. Chicago, Moody, 1977.

________. The Thessalonian Epistles: A Call to Readiness [Las epístolas a los tesalonicenses: Un llamado a estar listos]. Chicago, Moody, 1977.

Marshall, I. Howard. 1 and 2 Thessalonians [1 y 2 Tesalonicenses]. The New Century Bible Commentary [Comentario bíblico del nuevo siglo]. Grand Rapids: Eerdmans, 1983.

Morris Leon. The First and Second Epistles to the Thessalonians [Primera y segunda epístolas a los tesalonicenses]. The New International Commentary on the New Testament [Nuevo comentario internacional al Nuevo Testamento]. Grand Rapids: Eerdmans, 1989.

Pfeiffer, Charles F. y Howard F. Vos The Wycliffe Historical Geography of Bible Lands [La geografía histórica Wycliffe de las tierra bíblicas]. Chicago: Moody, 1967.

Ramsay, Sir William M. St. Paul the Traveler and Roman Citizen [San Pablo el viajero y el ciudadano romano] Reimpresión; Grand Rapids: Baker, 1975.

Smith, T. W. What the Bible Teaches: 2 Thessalonians [Qué enseña la Biblia: 2 Tesalonicenses]. Kilmarnock: John Ritchie, 1983.

Thomas Robert L. "1, 2 Thessalonians" [1, 2 Tesalonicenses] en The Expositor's Bible Commentary [Comentario bíblico del expositor], vol. 11. Editado por Frank E. Gaebelein. Grand Rapids: Zondervan, 1979.

Wanamaker, Charles A. The Epistles to the Thessalonians [Las epístolas a los tesalonicenses]. The New International Greek New Testament Commentary [Nuevo comentario internacional del Nuevo Testamento griego]. Grand Rapids: Eerdmans, 1990.

Wilson, Geoffrey B. 1 & 2 Thessalonians [1 y 2 Tesalonicenses]. Edimburgo: Banner of Truth, 1975.

Wilson, T. E. What the Bible Teaches: 1 and 2 Thessalonians [Qué enseña la Biblia: 1 y 2 Tesalonicenses]. Kilmarnock, Scotland: John Ritchie, 1983.

Índice de palabras griegas

Índice de temas